
Jazmin™
Primer amor
Allison
LEIGH
Regreso a casa
HARLEQUIN

Regreso a casa

Allison Leigh

Argumento:

Había vuelto al pueblo solo para demostrar cuánto había cambiado… no a quedarse…

Todos en Lucius, Montana, creyeron que Laurel Runyan se había vuelto loca cuando sufrió aquel ataque de nervios después de que, supuestamente, su padre asesinara a su madre. Ahora, tras doce años de ausencia, había vuelto a enterrar a su padre… y su pasado. Pero descubrir que su gran amor de juventud, el sheriff Shane Golightly, era su vecino, no iba a ayudarla a conseguirlo. Solo con oír su voz le recordaba la única vez que habían hecho el amor… y abría viejas heridas. Laurel se decía que debía olvidarse de todo y seguir adelante con su vida, pero el sheriff parecía empeñado en que ella diera a Lucius… y a él mismo una segunda oportunidad.

Prólogo

—¿Qué quieres decir con que te vas?

Laurel se sentó y se tapó el pecho con su vestido de algodón. La espalda desnuda le escocía por el roce con la paja que media hora antes le había parecido el colchón más cómodo del mundo. Y en su interior comenzaba a abrirse un enorme vacío.

Shane se puso la camiseta sin mirar a Laurel. Su pelo, que ella había estado acariciando hasta hacía unos momentos, parecía más rubio en la tenue luz del viejo granero.

—Tengo que ir a clase —dijo él tenso.

—¿Comienzan mañana? —preguntó ella sin poder ocultar su incredulidad.

El día anterior, Shane le había dicho que sus clases no comenzarían hasta dentro de algunas semanas.

Por fin él la miró. Se acuclilló junto a ella y buscó sus calcetines, los sacudió de paja y se los puso. Luego se calzó sus deportivas.

Laurel deseó que él no estuviera diciendo en serio que iba a marcharse, sobre todo después de que ellos hubieran… Las lágrimas la quemaban en los ojos.

—¿He hecho algo mal?

Él ahogó un gruñido y se peinó el pelo con las manos.

—Laurel…

«Vuelve a llamarme Laurel, ya no soy su *pajarito*», pensó ella. En las últimas semanas siempre la llamaba por ese mote cariñoso.

Había sido su primera vez. Pero no la de él.

—No he llorado porque me doliera, Shane. Yo…

—Por Dios, Laurel, ya está bien —la interrumpió él y golpeó tan

fuertemente las balas de heno que la de encima cayó al suelo, levantando una nube de polvo y ramitas.

Laurel entrecerró los ojos tanto para protegerlos del heno como para contener las lágrimas. Shane nunca maldecía, era algo inusual en él.

—No debería haberte tocado. Tengo veintitrés años y tú solo dieciocho —dijo él.

—Pero ya soy mayor de edad —replicó ella a punto de echarse a llorar, justo lo que no deseaba.

Se levantó y se puso el vestido torpemente, intentando abrochar los botones, que iban desde el cuello hasta las rodillas. Estaba tan nerviosa que al final optó por sujetárselo cruzándose de brazos.

—Y además tú y yo nos amamos —añadió.

¿No era cierto?

Él pareció abatido. No apartaba la mirada de sus puños, que tenían los nudillos blancos de tanto apretarlos. Dio un paso hacia ella, luego otro.

Laurel contuvo el aliento.

Él tomó las manos de ella entre las suyas, las soltó lentamente del vestido y las contempló en silencio. El vestido se abrió ligeramente.

Laurel lo vio tragar saliva. Luego él apretó levemente sus manos, las soltó y comenzó a abrocharle los botones del vestido. Laurel, que aún estaba abrumada por lo que acababan de compartir, creyó que iba a derretirse.

Las manos de él eran grandes, de dedos largos, y tenían callos. Quizá él fuera el hijo del predicador, pero había estado todo el verano trabajando para el viejo Hal Calhoun en su granja.

Laurel pronunció su nombre en voz baja. Shane le gustaba tanto…

—No debería haberte tocado —repitió él mientras continuaba

abrochándole el vestido—. Lo siento mucho, ha sido un error. Y ha sido culpa mía. Ódiame todo lo que quieras.

Cuando él llegó al último botón, a la altura de las rodillas de ella, Laurel tenía las mejillas inundadas de lágrimas. La herida de su corazón no era tan visible.

—Te llevo a tu casa —anunció él poniéndose en pie.

Ella no quería ir a ningún lado, quería quedarse allí con Shane. Quería volver a abrazarlo, a besarlo, a creer que la vida tenía sentido.

Solo habían estado juntos ese verano, pero había sido el mejor verano de la vida de Laurel.

—Prefiero ir caminando —se disculpó ella.

—Laurel, no voy a dejarte aquí.

—Sí que vas a hacerlo —lo cortó ella sintiendo crecer la rabia en su interior.

Él se metió las manos en los bolsillos del pantalón y Laurel vio que apretaba los puños.

—Nunca te he ocultado que seguiría estudiando —dijo él con la vista perdida a lo lejos—. Maldición, tú también vas a empezar las clases en la universidad dentro de poco.

—Los predicadores no maldicen —murmuró ella.

Él resopló y la miró, luego miró la cama de paja y la ropa interior de ella, que estaba tirada en una esquina.

—No tengo intención de ser predicador.

—No digas eso, Shane —dijo ella.

A pesar de que él le había roto el corazón, ella seguía amándolo.

Él tenía planes, planes admirables. Quería ser como su padre, ayudar a la gente lo mejor que pudiera. Para otra persona, ese plan hubiera sido un sueño inalcanzable; pero Shane lo convertiría en

realidad. Él era capaz de hacerlo.

—Recoge tus cosas. No puedes ir caminando a tu casa, es casi de noche —dijo él saliendo por la puerta del granero.

Un momento después, Laurel oyó el motor de su vieja camioneta. Se puso las bragas, se guardó el sujetador en un bolsillo y se calzó las sandalias.

Se sentó en la camioneta sin mirar a Shane y, cuando él le quitó un trozo de paja del pelo, tuvo que cerrar los ojos para contener su tristeza.

Luego él puso la camioneta en marcha y llevó a Laurel a su casa.

Capítulo 1

¿Quién estaba en la casa de los Runyan?

Shane había pasado por delante esa mañana y todo estaba como siempre. Sin embargo, desde por la tarde había un coche que él no conocía aparcado a la puerta.

Podría haber pasado de largo, pero en lugar de eso aparcó detrás del vehículo azul oscuro.

Había una luz encendida en la planta baja. El viejo Roger Runyan había muerto hacía cinco días. Por lo tanto, ¿quién estaba en la casa y encendía la luz como si fuera su terreno? Roger no tenía más familia que su hija Laurel, y ella no pisaba el pueblo desde hacía doce años.

Doce años, pensó. Suspiró y se bajó de su todoterreno. Observó los escalones de acceso al porche, que estaban casi podridos. Esperaba con impaciencia el día en que pudiera comprar aquel lugar y derribarlo. Solo de pensarlo se le ponía una sonrisa en la cara.

Saltó los tres escalones y pisó directamente en el suelo del porche. Llegó a la puerta, se echó hacia atrás el sombrero vaquero y llamó con los nudillos. Esperó unos momentos y miró por la ventana del salón.

Lo sorprendía que la casa siguiera igual que siempre. Teniendo en cuenta que Roger Runyan había asesinado a su esposa, Violet, doce años antes, Shane no comprendía por qué no había cambiado los toques femeninos que ella había dado a la casa: lámparas de cristal, fuentes con frutas de plástico, jarrones con flores de tela…

Shane supuso que dentro de la casa había alguien de la agencia inmobiliaria. Pero le extrañaba no conocer el coche. Él conocía todos los coches del pueblo, era parte de su trabajo.

Llamó de nuevo a la puerta.

—¡Ya voy! —contestó una voz femenina, joven y cálida.

Shane se puso tenso de la sorpresa. Reconocía esa voz, y no pertenecía a nadie de la agencia inmobiliaria.

La mujer se acercó a la puerta y la luz del porche se encendió. Luego, la puerta se abrió con un chirrido.

—Lo siento —comenzó ella—. Estaba en la parte de atrás y no he oído…

Ella se calló al darse cuenta de quién estaba en su puerta. Lo miró a los ojos y se ruborizó ligeramente, pero se recompuso después de unos instantes.

Estaba claro que lo había reconocido.

—Hola, Laurel —saludó Shane.

Ella vestía una blusa blanca y una falda beige. Llevaba pendientes de aro en las orejas y el pelo recogido en un moño apretado. Tenía un aspecto aseado y de tener todo bajo control. Todo lo contrario de la última vez que él la había visto, cuando la había despojado de su tesoro más íntimo.

Solo los ojos de ella revelaron su impacto ante el reencuentro.

Shane se sintió torpe y fuera de lugar.

Entonces ella cerró los ojos un instante y, cuando los abrió de nuevo, había recuperado el control de sí misma. Sus ojos ya no revelaban sorpresa, ni impacto, solo una distancia educada.

—Hola, Shane. ¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó ella, no muy acogedora.

Al menos se acordaba de él, pensó Shane, eso era bueno. Prefería que ella lo odiara, al vacío emocional que la había poseído durante meses, después de aquel verano lejano, cuando su familia se había desintegrado delante de sus ojos.

—He visto la luz encendida —respondió él y miró hacia el interior de la casa.

No logró ver a nadie más. ¿Estaría ella sola en Lucius? ¿Estaría casada? ¿Tendría su propia familia? Shane deseó que esas preguntas

fueran por simple curiosidad. Pero nada relacionado con Laurel había sido nunca simple.

—He querido saber qué sucedía —añadió él.

Ella frunció ligeramente el ceño y esbozó una sonrisa.

—¿Saber qué sucedía? ¿Por si podían ser nuevos miembros para tu iglesia? —preguntó y dejó caer los brazos a sus costados.

Shane se fijó en que no llevaba anillo de casada, aunque tenía la marca del sol de haber llevado uno. Y parecía reciente.

—Lo siento, dejé de acudir a la iglesia hace años —añadió ella ignorando su mirada.

Él también había dejado de acudir durante un tiempo.

—Creía que serías alguien de la inmobiliaria —admitió él.

—Pues ya ves que no lo soy —respondió ella distante aunque con cierta curiosidad—. No creía que siguieras estando en Lucius. He visto el cartel en la iglesia de tu padre. Él sigue siendo el pastor y debajo ponía otro nombre como pastor asociado, Morrison o algo así.

—Morrisey.

Ella asintió y se apoyó contra el marco de la puerta. Estaba claro que no iba a invitarlo a entrar.

Pero seguía sintiendo curiosidad.

Maldición, él también. Si hubiera sabido dónde estaba ella, o cómo contactar con ella, le hubiera notificado él mismo la muerte de su padre.

—Siento lo de tu padre.

Shane se reprendió por no haber dicho eso lo primero. Con razón no se había convertido en pastor. Al contrario que su padre, sus habilidades sociales dejaban mucho que desear. Él se ocupaba de velar por la seguridad de la gente del pueblo. Y le dejaba a su padre la tarea de ocuparse de sus sentimientos.

Ella ladeó la cabeza y un mechón se soltó del moño y le rozó el cuello. Tenía el pelo más oscuro de lo que él recordaba, pero seguía pareciendo tan suave como la seda.

—¿Estás dándome el pésame? Sé lo que opinabas de él. Lo que todo el pueblo opinaba de él.

—Era tu padre.

Shane no lamentaba que Roger Runyan hubiera fallecido, pero sí que Laurel sufriera por ello. No le gustaba que nada ni nadie la hiciera sufrir.

Ella frunció los labios y bajó la mirada.

—Sí —dijo después de un momento—. Lo era. Gracias.

—Si necesitas ayuda para organizar el funeral, dímelo.

Ella se colocó el pelo detrás de la oreja. Abrió la puerta completamente y salió al porche. A Shane lo sorprendió que, aunque ella llevaba zapatos de tacón, no sobrepasaba la altura de su hombro. ¿Cómo se le había podido olvidar lo pequeña que era en relación a él?

—No estoy segura de que mi padre hubiera deseado un funeral religioso —comentó ella—. Su abogado, el señor Newsome, que yo no sabía ni que era abogado de mi padre, me dijo que no dejó testamento. Y parece que tampoco dejó instrucciones sobre su entierro y su funeral. Solo dispuso que el señor Newsome me notificara su fallecimiento —dijo ella y la voz le tembló un poco—. Y yo… aún no he tenido tiempo de revisar los documentos que mi padre tiene aquí.

No parecía una labor que le hiciera mucha ilusión. Shane la comprendía. Incluso en las mejores circunstancias, sería una tarea difícil.

—Quizá el abogado no lo sabía, pero tu padre acudía a la iglesia todas las semanas. Hablaba con Beau. Seguro que él te ayuda a saber qué despedida deseaba tu padre.

—¿Mi padre acudía a la iglesia? —preguntó ella con

escepticismo.

—Con total regularidad —le aseguró él.

Roger nunca había pisado la iglesia hasta la muerte de su esposa. Sin embargo, Laurel en tiempos había sido una presencia constante en la parroquia de Lucius. Su abuela Lucille iba con ella todos los domingos y, cuando murió, Laurel siguió yendo sola.

Hasta el verano en que cumplió los dieciocho. Hacía doce años.

Ese verano habían cambiado muchas cosas para la familia Runyan.

Y también para Shane.

—Y dime —comenzó Laurel queriendo cambiar de conversación —, tu nombre no aparece junto al de tu padre en el cartel. Supongo que tienes asignada otra iglesia.

—No me convertí en predicador. Ni siquiera sé cómo me lo planteé alguna vez.

Ella lo miró perpleja.

—Pero si lo llevabas planeando toda tu vida…

—Planearlo no significa sentir la llamada.

Ella descruzó los brazos y apoyó una mano en el marco de la puerta. La luz del interior de la casa se filtró a través de su blusa y Shane pudo apreciar el contorno de su torso.

—Estás aquí, en Lucius. ¿A qué te dedicas entonces? —preguntó ella.

«A mirarte y a desearte», pensó él sin poder evitarlo.

—Soy el sheriff —contestó.

Ella se agarró a la puerta con fuerza. Su actitud suave, casi acogedora, se desvaneció.

—Ahora comprendo que quisieras saber qué sucedía en la casa.

Pero, como bien sabes, mi padre ha muerto. Ya no hay nadie aquí a quien la ley pueda perseguir —dijo ella y, sin mirarlo, entró en la casa y cerró la puerta mosquitera y la de madera de un portazo.

Y después Shane escuchó el cerrojo y los pasos de aquella mujer internándose en la casa en la que su padre, Roger Runyan, había asesinado a su esposa.

Laurel estaba temblando.

En cuanto cerró la puerta, llegó como pudo hasta el sofá del salón y se sentó antes de que las piernas dejaran de obedecerla. Cerró los ojos y se llevó la mano al pecho para calmar su corazón acelerado.

Shane Golightly.

Ella sabía que regresar a Lucius y a esa casa removería muchos recuerdos en su interior. Ella podía manejar los recuerdos. O al menos la mayoría de ellos. Pero no se había preparado para encontrarse con él… Ella creía que él habría seguido adelante con sus planes, sin dejarse influir por la vida.

El Shane que ella conocía nunca se salía del camino que había escogido.

Solo se había desviado por ella. Con ella, sí que había dejado de lado su vida de siempre.

—Eres una tonta, Laurel —se dijo en voz baja.

De pronto una insistente llamada a la puerta le hizo dar un respingo.

—Laurel, abre la maldita puerta.

A Laurel se le disparó el corazón. Miró hacia la puerta. Aunque había echado el cerrojo, no estaba segura de que fuera a resistir los golpes.

—Laurel —repitió él moviéndose a la ventana junto a la puerta y mirando a través de las cortinas—. No voy a marcharme de aquí

hasta que abras.

No tuvo ni que levantar la voz. Las paredes de aquella casa eran tan finas que se oía todo. Sobre todo las peleas.

Laurel no quería abrir la puerta, no quería ver a Shane. Pero se obligó a sí misma a levantarse del sofá. Abrió la puerta y se apoyó en el marco, en parte para bloquear la entrada a la casa y en parte para sostenerse.

¿No se suponía que los sheriff llevaban uniformes color caqui y e identificaciones de su cargo a la vista? Shane vestía una cala gris sin corbata y unos pantalones vaqueros que le sentaban demasiado bien.

—Estoy ocupada, sheriff.

—Ya lo he visto a través de la ventana —comentó él con cierta ironía.

Su voz era grave. Todo en él parecía más intenso que años antes: sus ojos grises, su pelo rubio, su atractivo…

—¿Dónde te alojas? —preguntó él.

Era lo último que ella esperaba que le preguntara. De hecho, no había esperado ni encontrarse con él.

—Aquí —respondió.

Él apretó la mandíbula. Luego, haciendo un evidente esfuerzo, suavizó la expresión.

—¿Crees que es una buena idea? —le preguntó calmadamente.

Ella se puso rígida.

—No me hables como si estuviera loca, sheriff.

—No lo estaba haciendo —replicó él suavemente.

Ella comprendía y odiaba el motivo por el cual él estaba tratándola así.

—Sí, lo hacías. Lo haces.

Laurel también odiaba estar a la defensiva. Tragó saliva e intentó recuperar la compostura. Ella era una mujer tranquila, siempre lo había sido.

Excepto el tiempo en que ya no era una niña pero tampoco una mujer y había pasado horas y horas en una habitación vacía y acolchada.

—Esta es… era… la casa de mi padre. Voy a quedarme aquí. A menos que haya alguna ley que lo prohíba…

A él no pareció gustarle aquello.

—¿Vas a quedarte tú sola?

—Sí —contestó ella con tranquilidad.

Él pareció aún más disconforme. De pronto sacó una tarjeta de visita de un bolsillo.

—Toma. Llámame si necesitas cualquier cosa —le dijo dándosela.

Ella la asió teniendo cuidado de no rozar su mano.

—No voy a necesitar nada —afirmó con rigidez—. Pero gracias.

—Pasaré mañana por la mañana a ver cómo estás.

—No necesito que lo hagas. Soy perfectamente capaz de quedarme sola en la casa en la que crecí —aseguró ella cruzándose de brazos—. No estoy loca, sheriff.

«Ya no», pensó ella.

—Nadie ha dicho que lo estuvieras, Laurel… —contestó él recalcando su nombre de pila.

Su tono era tan suave y cálido que podrían haber estado diciéndose zalamerías en las escaleras de la iglesia.

—… pero este lugar está a punto de venirse abajo —añadió él.

Era cierto.

El muro defensivo que ella había levantado se resquebrajó.

—Estaré bien.

—La caldera dejó de funcionar el año pasado. Roger nunca la arregló.

—Estamos a mediados de junio. No voy a necesitar calefacción todavía.

—¿Todavía? —repitió él.

Ella se cruzó de brazos. Llevaba planteándose la idea de quedarse allí desde que había entrado en el pueblo. No tenía muchos más lugares adonde ir. No, desde que dos semanas antes había cancelado su boda en el último minuto.

El hecho de que Shane siguiera viviendo en Lucius no cambiaba sus planes, o más bien su falta de planes. ¿O sí?

—Faltan todavía muchos meses para que haga frío, tendré tiempo de arreglar la caldera —dijo ella con más seguridad en sí misma de la que realmente sentía.

Tiempo tenía, sí, pero ¿dinero? Ese era otro asunto, un asunto que no iba a compartir con él.

—No puedes estar pensando en quedarte aquí —dijo él horrorizado.

—¿Por qué no?

Él se puso el sombrero.

—Esta casa no está en condiciones, no es habitable.

—¿Cómo lo sabes? —lo desafió ella.

—Porque mi trabajo es saber lo que sucede en mi pueblo.

—Y eso incluye saber si la casa de mi padre es habitable o no…

qué profesional de tu parte.

—Parece que en estos años te has vuelto una insolente.

Laurel sonrió levemente. Sabía que no era una insolente. Lo único fuera de lugar que había hecho en su vida adulta había sido cancelar su boda con un hombre decente y formal.

—Quizá se me ha pegado algo de los colegiales a los que enseño. Tercer curso, nueve años. Tú cambiaste de servir a Dios a servir a la ley —comentó ella—. El tiempo hace transformarse a las personas.

—El tiempo no lo cambia todo —señaló él en tono neutro.

Laurel no supo cómo interpretar aquello, sobre todo cuando los dos eran una prueba viviente de lo contrario.

El silencio entre ellos fue volviéndose más tenso. Ella intentaba encontrar algún argumento para romperlo cuando sonó un teléfono móvil.

—Lo siento —se disculpó Shane y se llevó el teléfono a la oreja —. Golightly.

Laurel agradeció la interrupción y respiró hondo.

Shane atendió la llamada en su papel de sheriff. Terminó y guardó el teléfono.

—Luego me paso por aquí —anunció sin dejarle ocasión a protestar.

Ella tampoco tenía intención de protestar, sobre todo cuando él presentaba tanta autoridad. Lo observó darse media vuelta, saltar por encima de los escalones del porche y dirigirse a un todoterreno con la inscripción Sheriff.

Shane era el sheriff, se repitió Laurel una vez más.

Había sido un sheriff quien había arrestado a su padre una calurosa noche de verano por algo que él no había hecho. Algo que ella nunca creyó que hubiera hecho.

Cuando vio desaparecer las luces del coche del sheriff, Laurel

respiró tranquila. Aunque seguía temblando por dentro.

Ella había regresado al pueblo para enterrar a su padre. Una vez que lo hubiera hecho y que se hubiera deshecho de sus cosas y de la casa, ya nada la retendría allí.

Tampoco la retenía nada en Colorado, pensó mientras se metía en la casa. Allí ya no tenía ni trabajo, ni casa, ni novio.

Quizá sí que estaba tan loca como Shane creía.

Capítulo 2

—He oído que habías vuelto, pero quería verlo por mí mismo —dijo una voz grave y suave.

Laurel estaba en la tienda de bricolaje y jardinería de Lucius. Dejó la pesada bolsa de herbicida en el carro de la compra y se giró hacia la voz con una sonrisa.

—¡Reverendo Golightly! Iba a llamarlo más tarde —saludó ella tendiéndole la mano—. Me alegro de verlo.

Era la primera vez en semanas que sentía una alegría sincera por algo, y desde luego era la primera alegría que sentía desde que había llegado a Lucius el día anterior.

Él se acercó y la abrazó, casi levantándola del suelo.

—Eres la viva imagen de tu abuela, ¿lo sabías?

—Lo consideraré un cumplido —dijo ella riendo.

—Desde luego. En su época, Lucille era la mujer más guapa de cinco condados. Hasta que mi Holly llegó al pueblo, quiero decir —dijo él riendo y la dejó en el suelo—. Lamento que hayas regresado por esta causa, Laurel.

Ella sintió un nudo en la garganta.

—Yo también —dijo, y tragó saliva antes de mirarlo a los ojos—. No ha cambiado usted nada, reverendo Golightly. ¿Cómo está su familia?

Él sonrió de nuevo.

—Llámame Beau. Y todos están bien. Stu está rebosante de salud. Sigue soltero y tiene un terreno a las afueras del pueblo, la granja de Hal Calhoun, no sé si la recuerdas; además, tiene un taller de coches en la calle principal. Evie lleva Tiff's, la casa de huéspedes. Tiene tres hijos, que se están espabilando mucho desde que su marido y ella se divorciaron.

Laurel preferiría no recordar la granja Calhoun, y menos aún su granero.

—¿Su mujer ya no se ocupa de Tiff's?

Laurel recordaba la casa de huéspedes porque su madre había trabajado en ella como limpiadora.

—Holly falleció hace algún tiempo —respondió el hombre en voz baja.

Laurel se quedó atónita.

—Lo siento mucho, no lo sabía.

Su encuentro del día anterior con Shane no había ofrecido ocasión para una charla profunda. Y ella no había hablado con nadie más del pueblo desde su llegada.

—No tenías por qué, pequeña —le aseguró él amablemente—. A ella le gustaría mucho verte de regreso en Lucius. Mi hija Hadley se ocupó de Tiff's cuando su madre murió, pero se ha casado y se ha ido del pueblo, y ahora es Evie la que intenta sacar el negocio adelante. Y luego está Shane. Es el sheriff, ¿puedes creerlo?

Laurel notó que se le encendían las mejillas.

—Lo sé. Pasó ayer por mi casa. Me contó que mi padre acudía a la iglesia los últimos años.

—¿Y tú cómo estás? Tu padre me dijo que te habías convertido en maestra infantil.

Laurel asintió. La sorprendió que su padre hubiera hablado de ella, casi tanto como descubrir que acudía a la iglesia.

—Educación primaria. He estado trabajando en un colegio de Denver, con alumnos de tercer grado.

—Me sorprende que no des clases de música.

Ella negó con la cabeza. No había vuelto a cantar en público desde la muerte de su madre. Afortunadamente, Beau no continuó con el tema. Contempló el carro de Laurel, lleno de pintura,

brochas, bolsas de basura y otros artículos para lavarle la cara a su casa.

—Parece que vas a hacer un poco de ejercicio —comentó él.

—Voy a quedarme en la casa de mi padre. Necesita limpieza y reparaciones —dijo ella, aunque seguramente él ya lo sabía.

—Si en algún momento decides que prefieres alojarte en otro lado, avisa a Evie. Te dará gustosa una de las habitaciones de Tiff's.

Aunque lo deseara, Laurel no podría pagarla. Ni siquiera si los precios seguían como hacía diez años.

—Lo tendré en cuenta, gracias.

Beau le sonrió con ternura.

—Qué alegría que hayas regresado, Laurel. Todo va a ir bien —dijo y le dio un apretón amistoso en el hombro—. Tenemos que hablar del entierro y del funeral de tu padre. Ahora tú estás muy ocupada y yo voy al hospital para mis visitas vespertinas. Así que avísame cuando quieras que lo comentemos, estoy a tu disposición. Y si me necesitas por cualquier cosa, llámame también.

¿Por qué le resultaba mucho más fácil aceptar ese ofrecimiento del pastor que de su hijo? Laurel le dio un abrazo.

—Lo haré. Gracias.

Él se despidió y se alejó por el pasillo.

Laurel cargó en el carro todo lo que necesitaba. Apreciaba que Beau abordara la despedida de su padre de forma tan práctica. Y le agradecía su ayuda: la funeraria estaba esperando que les dijera cuándo y cómo enterrarlo y organizar el funeral. Y se sentía desbordada.

De momento, se había concentrado en la realidad más inmediata: la casa de su padre era una pocilga. Tenía que limpiar el desorden y la suciedad de años antes de empezar a fijarse en las obras que necesitaba la casa. Y después quizá llamara a alguna agencia inmobiliaria.

Pagó sus compras y se fue a casa. Aparcó en la entrada, llena de maleza, césped amarillento y suciedad. El garaje que había junto a la casa estaba lleno a rebosar de miles de periódicos atrasados y además la camioneta de su padre estaba aparcada dentro, pero como no tenía motor, el vehículo no podía moverse de ahí.

Laurel descargó su compra y la dejó en el porche, cerca de la puerta. Un gato apareció de la nada y pasó corriendo a sus pies. Seguramente pertenecía al dueño de la maravillosa casa en la colina detrás de la casa de su padre. El edificio no estaba ahí cuando Laurel era pequeña, y además parecía lo más nuevo de la zona.

Laurel contempló la casa donde había nacido. Estaba desvencijada y descuidada. Nadie la compraría en aquel estado cuando al otro extremo del pueblo había viviendas recién construidas.

Quien quisiera aquella casa debía de estar desesperado.

Apartó aquel pensamiento de su mente. Ella no estaba desesperada… simplemente no tenía otra opción.

Saltó por encima de los escalones para subir al porche. Antes, había pisado uno demasiado fuerte, y se había partido en dos. Tenía que cambiar las tablas antes de que alguien se hiciera daño.

¿Cómo había podido su padre vivir en esas condiciones? Era como si hubiera renunciado hacía mucho tiempo a vivir en una casa en buen estado.

Laurel agarró las bolsas de basura que había comprado y entró en la casa. Comenzaría tirando cosas por el piso de arriba e iría bajando. El mero hecho de tener un plan la hizo sentirse mejor.

Subió la estrecha escalera y se detuvo delante del dormitorio de sus padres. No había entrado allí desde su llegada. Acercó la mano al pomo de la puerta, pero se le encogió el estómago.

Más tarde. Limpiaría esa habitación más tarde.

Entró en el otro dormitorio, el suyo. Sobre la cama aún estaba el cobertor que le había regalado su abuela en su octavo cumpleaños. El viejo escritorio en el que ella hacía la tarea de la escuela seguía estando delante de la única ventana, que daba al jardín delantero.

No había cambiado nada de cuando ella era una niña. Pero todo, igual que en el resto de la casa, llevaba descuidado muchos años.

Laurel abrió una de las enormes bolsas de basura. Sacó un cajón del escritorio y vertió su contenido en la bolsa, que se llenó de manualidades de cuando era pequeña. Luego abrió otro cajón, que guardaba revistas, y lo vertió en la bolsa también.

Cayeron varios cuadernos que estaban al fondo del cajón. Laurel los rescató. De pronto, toda la prisa que tenía se disipó.

Eran sus diarios. Seleccionó uno que tenía una flor pintada en la portada y suspiró. Miró por la ventana, luego recorrió la habitación con la vista y volvió a centrarse en el diario. Lo abrió al azar. Las páginas estaban rígidas después de tanto tiempo, pero la escritura era clara, su escritura, llena de bucles. La escritura de una niña.

Querida abuela:

¿Te ha pasado alguna vez que estás haciendo algo que haces todos los días, como sacar la basura o lavar el coche, y de pronto una de esas veces el tiempo parece detenerse?

Eso es lo que me ha sucedido esta mañana. Estaba lavando la camioneta de papá porque él la había llenado de barro y mamá se había puesto a chillar por eso y los dos estaban peleándose. Se pelean muy a menudo, abuela, pero supongo que tú lo ves desde allí arriba.

Ahí estaba yo, lavando la camioneta, cuando Shane Golightly ha aparecido en el coche de su padre. Se ha parado delante mi casa y ha dicho algo. Abuela, ni siquiera recuerdo lo que ha dicho, ¿no te parece una locura? Él llevaba una camiseta blanca y tenía el brazo por fuera de la ventanilla. Ha dicho algo, quizá sobre el trabajo de mamá en Tiff's, pero no lo recuerdo.

No había vuelto a ver a Shane desde que se marchó al seminario hace años. Y no sabía que había regresado.

Él me ha saludado con la mano y entonces ha sido como si el sol brillara más y desapareciera todo: el barro, los gritos, el agua… y no existiera nada más que él.

Es Shane Golightly, abuela. Lo conozco de toda la vida, como a Stu, a Evie y a Hadley. Pero ese momento ha sido… muy especial.

He sabido que lo recordaría el resto de mi vida.

Laurel cerró cuidadosamente el diario, pero aquellas ideas de su adolescencia se quedaron en su mente.

Ojalá los recuerdos del final de ese verano fueran tan claros como los de comienzos del mismo. Su vida hubiera sido diferente.

Suspiró y guardó los diarios en el cajón inferior.

Estaba sudando cuando terminó de limpiar el dormitorio y el baño que había junto a él. De pronto, vio que el coche del sheriff aparcaba delante de su casa y Shane curioseaba lo que ella había comprado en la tienda de bricolaje.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó ella.

—Mejor dime qué estás haciendo tú aquí —replicó él.

Laurel hizo un gesto hacia las bolsas de basura que había ido dejando delante de su casa.

—¿A ti qué te parece?

Él no parecía muy contento.

—No deberías quedarte en esta casa.

Ella se cruzó de brazos y lo miró desde su posición elevada en el porche.

—¿Lo dices porque antes tengo que limpiar toda la basura que tiene dentro? —preguntó ella.

Él agarró una de las bolsas y la tiró sobre los escalones del porche. La madera se partió con el peso de la bolsa. Laurel se quedó mirando fijamente la bolsa medio enterrada.

—Muy bien, ya puedes sacarla.

—Ése no es el asunto —replicó él tirando de la bolsa sin esfuerzo —. Podrías haber sido tú y hundirte en los escalones.

—En lugar de eso, ha sido una inocente bolsa de basura. Voy a quedarme aquí. Si ésa es la única razón por la que has venido, ya puedes marcharte.

Él se la quedó mirando e hizo ademán de agarrar el resto de bolsas de basura. Laurel se interpuso en su camino.

—Puedo hacerlo yo sola.

—Deja que las lleve yo, Laurel.

Ella puso mala cara y le dejó pasar. Él rozó su mano al pasar junto a ella, agarró las bolsas y las llevó a los cubos de basura junto al garaje.

Laurel se dio cuenta de que el tacto de Shane Golightly seguía teniendo la habilidad de dejarla sin poder reaccionar. Ella confiaba en que él se marcharía enseguida, pero en lugar de eso él subió al porche y se sentó en una de las sillas.

Laurel se apoyó contra la pared.

—¿Qué quieres, sheriff?

Él se quitó el sombrero. Su pelo era más oscuro que antes. Sobre todo en la nuca, donde lo llevaba muy corto.

La última vez que ella había contemplado a Shane tan de cerca, sus hombros no eran tan anchos, su pecho era menos poderoso y sus brazos no tan musculosos. Y ella entrelazaba sus dedos en el pelo largo de su nuca.

Laurel tragó saliva y desvió la mirada. Sus ojos se detuvieron en el todoterreno. Él era el sheriff.

—He visto a tu padre esta mañana. Siento mucho lo de tu madre.

Holly Golightly había sido su madrastra, pero para Shane había sido su única madre, ya que la que le había dado a luz los había abandonado cuando él era un bebé.

—Fue un cáncer, algo muy rápido. Y además hace mucho tiempo de eso —explicó él.

—¿Las cosas duelen menos así, con el paso del tiempo?

Él se encogió de hombros.

—Sí. Pero eso no evita que la echemos de menos. Yo me trasladé a Lucius cuando ella empezó el declive serio y decidí seguir aquí mientras ella viviera —contó él y golpeó el suelo con el pie—. Este lugar no es seguro para ti.

Ella suspiró con impaciencia.

—Soy adulta. Creo que sabré evitar los escalones peligrosos hasta que los arregle.

Él enarcó las cejas.

—¿Quieres arreglarlos tú? ¿De veras?

—Sí, de veras. Las mujeres somos perfectamente capaces de…

Él se puso en pie y la hizo callar con un gesto.

—Espera. No voy a tener esta discusión contigo. Conozco a muchas mujeres que reparan sus casas mejor que muchos hombres. Pero lo que yo digo es que tú eres…

—¿Que soy qué?

—Una maestra de escuela —dijo él girando las palmas de las manos de ella hacia arriba—. No tienes ni un callo en estas hermosas manos tuyas, lo cual indica que no estás acostumbrada a este tipo de trabajo.

Ella cerró las manos en puños. Él no estaba siendo machista, simplemente hablaba basándose en lo que conocía, o creía que conocía, de ella.

—Soy perfectamente capaz de aprender —aseguró ella.

¿Acaso no había aprendido la lección respecto a Shane

Golightly?

Él le acarició los nudillos con sus dedos, suavemente.

—Pues claro que eres capaz de aprender, ése no es el asunto.

—Esta casa es lo único que me queda de mi padre. Quizá no quiero abandonarla como él me abandonó a mí —replicó ella soltándose—. Y ahora, si me perdonas, tengo muchas cosas que hacer esta tarde. Y una de ella es preparar un funeral.

Laurel se dio la vuelta y abrió la puerta de la casa.

—Laurel, espera…

¿Por qué cada vez que él pronunciaba su nombre, el corazón le daba un vuelco? Ella no quería dudar, pero lo hizo.

—¿Qué?

Como él no respondía, Laurel se dio la vuelta. Él tenía una mirada impenetrable. ¿Conocía ella a aquel hombre, o ya no?

—Ten cuidado —dijo él por fin.

—Eso pretendo —respondió ella.

Y entró en la casa.

Capítulo 3

El funeral del padre de Laurel fue el viernes por la mañana, tres días después de que ella llegara a Lucius.

Beau Golightly se ocupó de casi todos los detalles. Roger Runyan le había dejado un plan con los himnos y escrituras que quería en su despedida. Laurel se quedó atónita con el hecho de que su padre hubiera dejado algún tipo de instrucciones. Él incluso había pagado por adelantado un arreglo floral, el entierro y prácticamente todo lo demás.

Lo único que ella tuvo que hacer fue comprarle un traje. Como no sabía la talla de su padre, tuvo que pedir ayuda al director de la funeraria. Podría haberse ahorrado la vergüenza si se hubiera atrevido a entrar en el dormitorio de su padre… pero aún no había sido capaz.

Comprar el traje azul marino, la cala blanca y la corbata a rayas granate en los grandes almacenes del pueblo fue la tarea más familiar que ella había hecho por su padre en doce años. Y eso sucedía porque él había fallecido.

Ese viernes, Laurel llevó las compras a la funeraria y luego regresó a su casa para prepararse para la ceremonia.

Se sentía culpable por no ser capaz de llorar. ¿Acaso no lamentaba la muerte de su padre? Pero sentada en la primera fila de la iglesia, mientras sonaba *Amazing Grace* y Beau Golightly presidía el acto, Laurel no era capaz de llorar. Ni aunque el féretro de su padre estuviera a unos metros de ella.

Quizá ella tenía algún problema, después de todo.

No había nadie más en la capilla. Ella tampoco esperaba que lo hubiera, a pesar de que su padre había trabajado en el pueblo toda su vida. Incluso cuando habían desestimado los cargos contra él respecto a la muerte de su esposa, él había mantenido su empleo. Su padre nunca había querido dejar Lucius e irse con ella a Colorado, aunque Laurel se lo había propuesto.

Sus compañeros de trabajo habían mandado un ramo de flores,

pero nadie había deseado interrumpir su actividad cotidiana para despedirlo. Incluso el director de la funeraria, que debía transportar el féretro al cementerio, había decidido esperar fuera.

Nadie había amado a Roger Runyan. A la mayoría de la gente ni siquiera les gustaba. Incluso antes de aquel maldito verano, había sido hosco y había dejado muy claro que no le gustaban los demás, igual que él no les gustaba a ellos.

Quizá había comenzado a acudir a la iglesia cuando Laurel se marchó de Lucius, pero parecía lo único acerca de él que había cambiado.

El himno terminó. Beau miró a Laurel con una enorme ternura, abrió su Biblia y empezó a leer.

Laurel cerró los ojos y pidió clemencia. Ella sí había amado a su padre, aunque él no la amara a ella. Entonces, ¿por qué no podía llorar por él?

Durante un instante de debilidad, deseó haberle pedido a Martin que acudiera a su lado. A pesar de que ella lo había dejado plantado pocas semanas antes, él habría respondido a su llamada.

Y eso habría sido un error, igual que lo hubiera sido seguir adelante con la boda.

Algo sonó a su espalda y Laurel se volvió. Dos personas estaban entrando en la capilla.

Eran Evie y Stu Golightly, los hubiera reconocido entre miles: Evie, con su pelo rubio y sus ojos azules, y Stu, de pelo moreno y ojos castaños. Era gemelo de Shane, pero su parecido se limitaba a los rasgos del rostro.

Evie colocó una mano en el hombro de Laurel a modo de saludo.

—La niñera ha tardado en venir —susurró—, por eso no hemos llegado a tiempo.

—No esperaba que viniera nadie —le contestó Laurel.

Aquello tenía que ser cosa de Beau.

—Quizá no, pero aquí estamos —dijo Evie con una sonrisa.

Cuando el pastor terminó de leer, la organista tocó de nuevo y el reducido grupo cantó los dos himnos que Roger había pedido.

Y eso fue todo. Por expreso deseo de su padre, no habría comitiva al entierro.

Laurel se levantó de su asiento conforme Beau se aproximaba a ella.

—Gracias —dijo ella, tendiéndole las manos.

Él la abrazó.

—Tu padre estaría muy orgulloso de ti, Laurel.

Los trabajadores de la funeraria comenzaron a preparar el féretro para el entierro. Laurel sintió un vacío en su interior, más doloroso que el que la había hecho cancelar la boda.

—¿Orgulloso? No sé de qué.

—Él me contó que eras profesora, dijo que incluso tenías un máster en educación infantil por la universidad de Colorado. Estaba orgulloso de ti —le aseguró el pastor—. Y ahora, tenemos mesa reservada en Luscious. Evie y Stu también vienen.

Evie se agarró del brazo de Laurel y salieron de la iglesia. A los pocos minutos llegaron al restaurante. Los condujeron a su mesa y la camarera les llevó los menús y unos vasos de agua.

—¿Sabes, Laurel? —comenzó Evie en cuanto la camarera se marchó—, el colegio del distrito necesita profesores desde hace más de un año.

Stu gruñó.

—Evie, por Dios, déjale que se instale primero —dijo y miró a Laurel—. ¿Por cuánto tiempo has alquilado el coche?

—Por el fin de semana —respondió Laurel.

—Si piensas comprarte uno, dímelo. Te conseguiré una buena

oferta.

Laurel sintió la boca seca. Ella tenía un coche en Colorado, aparcado debajo de su apartamento. También allí, en un trastero, estaban almacenadas todas sus posesiones. Nada de eso se llevaría ya a casa de Martin, como habían planeado hacer cuando regresaran de su luna de miel.

—Gracias —dijo Laurel.

No sabía cómo explicar que todavía no sabía cuánto tiempo se quedaría en Lucius.

Las lágrimas que había echado en falta antes acudieron en masa a sus ojos. Bajó la vista hacia el menú y parpadeó con fuerza. Aquella familia la dejaba ser como era, habían aceptado que no se hubiera derrumbado en la ceremonia.

Después de unos momentos, Laurel consiguió prestar atención a lo que ponía en el menú. Salvo algunos pequeños cambios, todo seguía como siempre.

—¿El pollo frito sigue estando bueno?

—Mejor que nunca —respondió Beau—. Mira, ahí está Shane. Esperaba que pudiera acompañarnos.

Laurel levantó nerviosa la mirada del menú. Sintió que se ruborizaba.

—Lamento no haber podido acudir al funeral —se disculpó Shane mientras se sentaba a su lado y sus muslos se rozaban—. Me han retenido en los juzgados.

Laurel se separó ligeramente de él. Se ponía menos nerviosa si se concentraba en los demás miembros de la familia Golightly.

—La verdad es que yo no esperaba a nadie —admitió—. Habéis sido muy amables al acudir.

Evie sonrió.

—Si te encuentras a gusto en el pueblo, a lo mejor decides quedarte y solicitar una plaza de maestra en el colegio. Julie va a

pasar a tercer grado en otoño y preferiríamos que no tuviera que soportar a la señora Cuthwater.

—¿La señora Cuthwater sigue dando clase? —preguntó Laurel perpleja.

Recordaba perfectamente a la mujer. Todos los estudiantes de tercer grado temían sus castigos por no sentarse lo suficientemente erguidos o no sujetar bien el bolígrafo.

—Está cubriendo el puesto porque no queda otra opción —explicó Shane.

Evie se inclinó hacia delante y miró a Laurel con picardía.

—Piensa en mi pobre niña inocente, Laurel.

—Yo puedo ser peor que la señora Cuthwater —le advirtió ella.

Evie, Stu y Beau rompieron a reír y Laurel sintió que la tensión se desvanecía de nuevo. La camarera apuntó lo que querían comer y se marchó.

—Tengo que darte las gracias por el tablón —le dijo Laurel a Shane—. Supongo que ha sido cosa tuya.

Cuando Laurel había llegado a su casa el día anterior, una enorme tabla de madera había sido colocada a modo de rampa sobre los escalones del porche. Laurel había agradecido el detalle, aunque la molestó que él lo hubiera hecho sin consultarla.

—¿Qué tablón? —preguntó Beau.

Shane sacó la rodaja de limón de su vaso de agua y la echó en el vaso de Laurel. Por las semanas que habían compartido hacía años, recordaba que a ella le encantaba el limón en las bebidas.

—El que he colocado sobre los escalones de la casa antes de que se rompa una pierna al pisarlos —respondió Shane sin alterarse.

Laurel notó que se le encendían las mejillas. Nadie preguntó a qué casa se refería, como si la de Roger Runyan fuera la única en todo Lucius que estuviera en tan mal estado.

—No está tan mal —se defendió Laurel.

—Podrías alojarte en Tiff's —sugirió Stu y miró a su hermana.

—Ahora mismo tengo una habitación vacía —comentó Evie—. La de la torre. Es la mejor de toda la casa.

Laurel la recordaba de alguna vez que había acompañado a su madre al trabajo.

—Estoy bien donde estoy, de veras —dijo, sabiendo que se oponía a toda la familia Golightly.

—Ella cree que va a poder reparar la casa ella sola —apuntó Shane.

—«Ella» está sentada a tu lado —lo interrumpió Laurel—, y puede hablar por sí misma. Necesito repararla si quiero venderla.

—¿Aún no estás segura de venderla? —preguntó Shane con suavidad.

—La señora Cuthwater necesita un descanso —contestó ella y vio la mirada triunfal entre Evie y Stu.

—¿No te das cuenta de que sin esa razón de vivir, la señora Cuthwater acabaría pronto en el cementerio?

—Shane… —le advirtió su padre.

—Ella no debería quedarse en esa casa, y menos gastar tiempo y energía en repararla. Todos lo sabemos —protestó Shane.

Laurel le dio ligeramente de lado a Shane.

—Has dejado muy clara tu opinión sobre esa casa. No tengo necesidad de volver a escucharla.

—Claro que sí, porque sigues en ella. No tienes que arreglarla para venderla.

Laurel enarcó las cejas.

—¿Y quién demonios la compraría en su estado actual?

Entonces llegó la camarera con su comida. A Laurel se le había quitado el apetito, pero al ver la mirada preocupada de Beau, comenzó a comer su plato de pollo frito.

—Deberías hacer que un constructor la revisara —comentó Stu —. Jack Finn es el mejor de la zona. Seguramente él no te haría la reforma pero podría encaminarte en la dirección adecuada.

Stu ignoró la mirada irritada de Shane. Laurel estuvo a punto de besarle para agradecerle su ayuda.

—Es el padre de Freddie Finn, ¿no? —preguntó ella, sorprendida de la facilidad con la que recordaba viejos nombres y viejas caras.

Stu asintió. Laurel sabía que debería dejarse aconsejar por un profesional, pero tenía que plantearse si podría pagarlo. Miró a Evie.

—Freddie estaba en tu curso en el colegio, ¿no? ¿Sigue viviendo en Lucius?

—Sí —respondió Evie—. Tiene un negocio de asistencia en carretera con su hermano Gordon.

—Yo estoy de acuerdo con Stu, Laurel. Podrías llamar a Jack Finn —dijo Beau.

Laurel fue la única que oyó maldecir a Shane en voz baja.

—Laurel no debería alojarse en esa casa y todos lo sabemos — afirmó él.

Se produjo un silencio tenso y Laurel deseó estar en cualquier otro lugar salvo allí.

—Bueno, papá, ¿sabes algo de Nancy? —preguntó Evie al fin con una alegría exagerada.

—Se refiere a Nancy Thayer —explicó Beau a Laurel—. Dirigía nuestro coro infantil, niños de once a catorce años. Se fugó la semana pasada para casarse. Y no, no sé nada de ella.

—No deseo interponerme en el camino del amor verdadero, pero

ella no podía haber elegido peor momento —comentó Evie y se dirigió a Laurel—. El coro infantil recauda cada año dinero para viajar a Spokane y participar en el concurso de coros que organizan allí. Y ahora, no podrán ir.

Laurel no comprendía el problema.

—Si tienen el dinero, ¿por qué no pueden ir?

—Sin alguien que les dirija no pueden cantar —respondió Evie —. Son las reglas.

—¿Y no podéis contratar a otra persona? O quizá que un padre o madre ocupe el puesto temporalmente…

Evie enarcó las cejas.

—El otro padre que querría hacerlo, aparte de mí, es Tony Shoemaker, el ayudante de Shane, y no sabe cantar ni una nota.

—Ni tú tampoco —gruñó Shane.

—No hace falta cantar maravillosamente para dirigir un coro. Seguro que podéis encontrar a alguien —aseguró Laurel y se ruborizó al darse cuenta de que Beau la miraba fijamente.

—El festival es la semana que viene —comentó el pastor.

—¿Y no podrían ir usted o su pastor asociado?

—Jon está en un curso fuera todo el mes. Y yo no tengo sustituto para el oficio del domingo —respondió Beau—. Créeme, si se me ocurriera una forma de no decepcionar a esos muchachos, la pondría en marcha. Pero bueno, algunas cosas no pueden evitarse. Tendrán que esperar al año siguiente.

Laurel sintió un nudo en el estómago. Comprendía perfectamente hacia dónde se encaminaba aquella conversación. La mirada esperanzada de Evie lo decía todo.

Tragó saliva.

—Tal vez yo podría… dirigir el coro. Solo para que pudieran acudir al festival.

—No —dijo Shane.

—¿Por qué no? —preguntó Laurel irritada.

—Joey Halloran está en ese grupo. Es un pequeño demonio. La semana pasada lo pillaron intentando robar del cepillo de la iglesia.

—Razón de más para que tenga actividades positivas en las que emplear su tiempo y su energía —replicó Laurel—. Aunque supongo que, siendo el sheriff, crees que todo el mundo que se salta un poco la ley debería ser castigado, antes que intentar resolver la raíz del problema.

Él la miró igualmente irritado.

—Yo no he dicho eso.

Laurel se giró hacia Beau.

—Hace mucho tiempo que no canto… pero seguramente podré lograr que los chicos entonen.

Shane se reclinó hacia atrás. Todos a su alrededor querían ignorar la realidad. Laurel no tenía por qué reemplazar a la frívola que se había fugado en mitad del curso para casarse con su novio, y menos aún tenía por qué reparar una casa desvencijada.

—Tengo que regresar a mi oficina —dijo él.

Dejó unas monedas sobre la mesa e ignoró la mirada de desaprobación de su padre. Sin embargo, el dolor en la expresión de Laurel se le quedó grabado todo el camino hasta su oficina. Allí, saludó a su secretaria, Carla, y recogió los mensajes de las llamadas telefónicas.

—¿Qué tal le ha ido en los juzgados? —preguntó ella.

—Ha sido demasiado largo —respondió él secamente.

Carla era una de las chismosas del pueblo y a él no le gustaban los chismes. Ni escucharlos y mucho menos provocarlos.

De pronto, alguien irrumpió en su oficina.

—Quiero presentar una queja —dijo una voz femenina.

Shane se quedó inmóvil y se giró lentamente.

Laurel estaba en la puerta. Tenía las mejillas encendidas y sus ojos echaban chispas.

—¿Cómo dices? —preguntó él.

—Tengo una queja —dijo ella tensa.

Shane advirtió que Carla los miraba atentamente.

—Hablemos en mi despacho.

—No quiero hablar en tu despacho.

Él la asió del brazo y la condujo a su despacho. Nada más entrar, la soltó. El contacto con ella había sido como una descarga eléctrica por todo su cuerpo.

—Muy bien, ¿cuál es tu queja? —le preguntó mientras se sentaba detrás de su escritorio.

Ella prefirió quedarse de pie. Se cruzó de brazos y lo fulminó con la mirada. Seguramente a sus alumnos de nueve años los asustaba con esa mirada, pero en Shane, a sus treinta y cinco años, no le provocó ese efecto.

—¡Solo porque odiaras a mi padre y porque me plantaras nada más desvirgarme, no tienes derecho a acosarme sobre lo que decido hacer o no hacer con su casa, y menos a decirme qué debo hacer con mi vida!

—Yo no te planté —replicó él en voz baja.

Su conciencia, sin embargo, gritaba lo contrario en su interior. Shane sabía que se había comportado como un insensible. Un insensible que tenía edad suficiente para saber que debía mantenerse alejado de ella. A pesar de sus dieciocho años, ella era entonces demasiado joven e inocente. Pero en aquel momento nada de eso lo detuvo.

Shane esperaba haber aprendido en los años desde entonces.

Ella le dirigió una mirada gélida. Él deseó que ella se sentara, que paseara o algo así. Lo que fuera, menos quedarse inmóvil y rígida como un témpano de hielo. Un témpano que podía partirse en dos con facilidad.

—Quizá no recuerde lo que vi la noche que mi madre murió —comenzó ella tensa—. Pero eso no significa que no recuerde tampoco cada detalle de cómo rompiste conmigo una hora antes de que sucediera.

Laurel elevó la barbilla.

—La terapia logra maravillas para que las personas sepan identificar los… hechos desagradables de sus vidas. Y en este caso el hecho desagradable es que no quieres que yo esté en Lucius. Seguramente creías que, muerto mi padre, tu pueblo por fin se quedaba libre de Runyans.

Él se reclinó en su silla, que chirrió ligeramente.

—No dudo de que la terapia te haya hecho bien, pero en lo relativo a mí estás completamente equivocada.

—¿No me digas? Estás deseando que venda la casa de mi padre. Te has puesto enfermo cuando Evie ha planteado que yo podía sustituir a la señora Cuthwater. ¿Y qué problema tienes con lo del festival? ¿Temes que una Runyan acabe con los inocentes niños de Lucius?

—No, lo que temo es que Lucius acabe contigo.

Shane suspiró pesadamente y deseó no haber dicho nada. ¿Por qué no lograba contenerse cuando estaba cerca de ella?

Laurel palideció y lo miró boquiabierta.

Él se acercó a ella y la tomó de los brazos.

—Ven, siéntate.

Ella se soltó.

—No necesito sentarme.

Era como un témpano que podía partirse en dos con demasiada facilidad.

—Laurel, por favor, no quería hacerte enfadar.

—Por supuesto que no. Será mejor que no hagas enfadar a la loca, o volverá a tener un ataque.

—Yo nunca he dicho que estés loca.

Quizá era él quien lo estaba, pensó Shane. Quizá por eso todavía, algunas veces, se despertaba en medio de la noche sudando al recordarla a ella en la clínica psiquiátrica, balanceándose de un pie al otro, mientras de sus ojos salía un río inagotable de lágrimas.

—No hace falta que lo digas —dijo ella con un hilo de voz—. Tus acciones hablan por ti.

Y entonces ella se dio media vuelta y se marchó de allí.

Capítulo 4

Al día siguiente, Laurel regresó a Lucius en autobús después de devolver el coche de alquiler en el cercano Billings. No podía permitirse seguir con un coche de alquiler.

En la estación de autobuses, Laurel estuvo a punto de cambiar de idea. ¿No sería mejor que regresara a Colorado en lugar de a Lucius?

No tendría problemas para encontrar trabajo como maestra, tenía buenos informes y había dejado el colegio en buenos términos. Incluso había buscado a su sustituía. Lo había planeado todo porque iba a casarse con Martin.

Él quería viajar por el mundo. Tenía cuarenta y cinco años y suficiente dinero como para poder permitirse no volver a trabajar el resto de su vida. A Laurel le había parecido natural dejar ella también su empleo.

Así que no había ninguna razón por la que tuviera que volver a Lucius. El coro infantil saldría adelante sin ella. La señora Cuthwater podría seguir enseñando a los del tercer grado. Laurel podría pedirle al abogado de su padre, el señor Newsome, que se deshiciera de la casa y de los efectos personales de su padre.

Ella no tenía por qué regresar. Sus peores recuerdos estaban asociados a Lucius.

Pero también los mejores.

Cuando subió por la rampa que conducía a su porche, tuvo que admitir que estaba allí por propia voluntad. Y no tenía nada que ver con Shane, se dijo. Ese hombre creía que ella estaba loca, o que necesitaba vigilancia para no volverse loca.

Entró en la casa y dejó la puerta abierta para dejar pasar la brisa veraniega. Aunque la casa solo había estado cerrada medio día, el ambiente estaba cargado. Laurel había realizado maratonianas sesiones de limpieza antes del funeral y había logrado eliminar la gruesa capa de polvo que lo cubría todo. Pero eso había hecho más evidente el estado ruinoso de la casa. Se veían más las grietas, la

necesidad de pintura…

Laurel dejó su maleta sobre el sofá. Ya había dudado suficiente, tenía que ponerse a arreglar esa casa. Bien fuera para quedarse en ella o para venderla, tenía mucho trabajo que hacer.

En Billings había telefoneado a Martin y le había pedido que vendiera su coche. Aunque le tenía cariño, no era un gran coche y le hubiera costado más esfuerzo y dinero ir a buscarlo a Denver de lo que en verdad valía. Al colgar, se había sentido bien porque había tomado una decisión productiva. Pero también se había sentido mal porque Martin era demasiado bueno, no se merecía la forma en que ella lo había tratado.

Pero no podría haber llevado a cabo una boda que le había provocado el peor ataque de pánico desde que había estado ingresada en la clínica en Fernwood.

Ella se había marchado de Denver sin intención de regresar. No había nada, aparte de Martin, que la retuviera allí. Y ya ni eso. Él le mandaría el dinero de su coche y ella compraría otro en Lucius.

El lunes abriría una cuenta en un banco del pueblo y haría que le transfirieran su dinero desde Colorado. Tendría lo suficiente para pasar el verano, y con suerte podría hacer todas las reparaciones necesarias en la casa. Y luego… bueno, luego ya vería.

Necesitaba planes concretos, objetivos que pudiera alcanzar. Así era como había salido adelante los últimos años. Podía hacerlo. Y lo haría.

—¿Laurel?

Ella dio un respingo y se giró hacia la puerta. No había vuelto a ver a Shane desde el episodio en su oficina.

—¿Qué quieres, sheriff?

Por la forma en que él abrió la puerta y entró en la casa, Laurel supo que estaba irritado.

—¿Cómo es que estás aquí? —preguntó él quitándose el sombrero.

—¿Y dónde iba a estar?

—Has salido del pueblo esta mañana.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—La información sigue circulando tan rápido por el pueblo como cuando te fuiste. Ahora más, con los teléfonos móviles. Te has ido en el coche y se ha extendido el rumor.

—¿Y no puedo regresar?

—No seas ridícula.

Laurel se dio cuenta de que no lograba apartar la mirada de las piernas de él, enfundadas en unos vaqueros que las hacían muy atractivas, y se ruborizó.

—Tenía que devolver el coche de alquiler en Billings.

—¿Y cómo has vuelto a Lucius?

—En autobús —respondió ella elevando su mirada hacia el jersey azul marino de él, pero tampoco la ayudó porque el tejido dibujaba un pecho ancho y musculoso.

Laurel concentró la mirada en el hoyuelo que él tenía en la barbilla.

Él lanzó el sombrero sobre la mesa del salón.

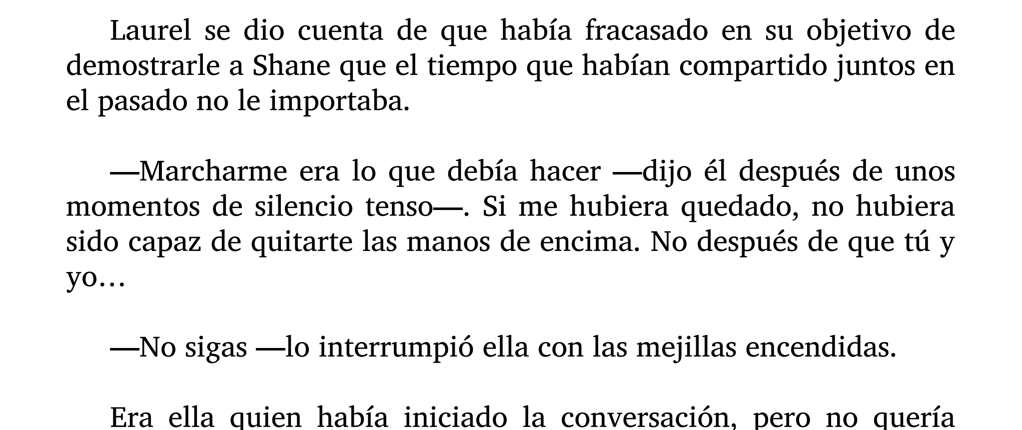
—Por todos los santos, Laurel, podías haber llamado a alguien.

Ella se mordió la lengua mientras intentaba tranquilizarse. Pero no pudo contenerse.

—¿Lo que no te gusta es que haya vuelto en autobús, o simplemente que haya vuelto?

—Yo nunca deseé que te marcharas del pueblo.

—Ya, marcharte era algo más propio de ti —dijo ella y sus palabras quedaron suspendidas en el aire.



Laurel se dio cuenta de que había fracasado en su objetivo de demostrarle a Shane que el tiempo que habían compartido juntos en el pasado no le importaba.

—Marcharme era lo que debía hacer —dijo él después de unos momentos de silencio tenso—. Si me hubiera quedado, no hubiera sido capaz de quitarte las manos de encima. No después de que tú y yo…

—No sigas —lo interrumpió ella con las mejillas encendidas.

Era ella quien había iniciado la conversación, pero no quería volver a escuchar esos detalles.

—Eso fue hace mucho tiempo, no hay por qué removerlo ahora —añadió ella.

—Quizá tú sí lo necesites. Siempre quise decirte que lo sentía —dijo él frunciendo el ceño.

Era como si tuviera mucho más que decir, pero se quedó callado. Después de unos momentos, se llevó la mano al pelo.

—Así que dices en serio lo de quedarte y arreglar esta casa.

Ella se puso tensa.

—Sí.

—A pesar de lo que sucedió aquí.

—Holly murió en casa de tu padre, ¿no? —contraatacó ella—. ¿Y se deshizo él de la casa después de eso?

—No —respondió él apretando la mandíbula—. Pero no es igual. Mi padre no… ¡Dios! ¿Por qué siempre me sacas de quicio?

Ella se cruzó de brazos, profundamente herida.

—¿Por qué no terminas la frase, sheriff? Tu padre no mató a tu madre. Pero tú crees, igual que tu predecesor el sheriff Wicks, que mi padre asesinó a la mía. Bueno, pues no lo hizo. Su muerte fue un accidente —dijo ella acercándose a él—. Puede que yo estuviera con una camisa de fuerza a ochocientos kilómetros de aquí, pero incluso

yo me enteré de que se había sobreseído el caso de mi padre. El sheriff Wicks cambió de idea, ¿por qué no puedes hacerlo tú también?

—Nunca llevaste camisa de fuerza.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—Porque te visité mientras estabas allí.

El impacto dejó paralizada a Laurel.

—¿Cómo dices?

Shane pasó a su lado y se colocó detrás del sofá.

—Parece que no tengo que preguntarte si recuerdas eso.

Ella se lo quedó mirando perpleja. Él estaba apoyado en el respaldo del sofá. Lo apretaba con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos.

—Tú me viste allí… en la clínica.

—Tres veces a la semana durante tres meses.

Laurel sintió que no podía respirar. Se sentó en la mecedora y se pasó la mano por la frente. Todo lo que había creído de él durante tantos años se estaba haciendo añicos.

Por fin recuperó un poco la compostura.

—No lo sabía.

—Había un jardín de invierno con muchas ventanas y muchas palmeras de plástico en tiestos. Daba al aparcamiento. Las enfermeras intentaban animarlo con las plantas.

Laurel recordaba perfectamente la estancia, recordaba muchas cosas de la clínica… pero no las visitas de él. Lo cual indicaba que él solo había acudido allí al principio. Laurel sabía, porque se lo habían dicho, que la habían ingresado en la clínica un mes después de la muerte de su madre. Y entre ese momento y el día en que su cerebro volvió a reaccionar habían transcurrido casi seis meses.

—Supongo que tu padre te diría que me habían ingresado —dijo ella.

Laurel no sabía qué sentir al respecto. Sabía que el reverendo Golightly había tenido mucho que ver en que la admitieran en Fernwood, una clínica psiquiátrica privada a las afueras de Denver donde la cuidarían más que en el hospital de Lucius.

—Me lo contó Holly. Vino a verme al seminario. De hecho, vino a regañarme porque llevaba varias semanas sin hablar con ellos. Fue entonces cuando me enteré de lo que había hecho tu padre. Y de lo que te había sucedido a ti. Cuando te dejé en casa aquella noche, continué el viaje directamente hacia el seminario. No supe nada hasta que Holly fue a visitarme.

Laurel se masajeó las sienes.

—Mi padre no hizo nada.

—Entonces, ¿recuerdas ese momento? Recuerdas lo que sucedió ese día, pero no las horas que pasamos juntos sentados en ese condenado jardín de invierno en Fernwood…

—¡Recuerdo lo suficiente! —lo interrumpió ella fulminándolo con la mirada.

¿Por qué seguía doliéndole tanto, después de tanto tiempo?

—Te acostaste conmigo en el granero de la granja Calhoun y luego me abandonaste —añadió ella—. Me llevaste a casa en coche, a pesar de que yo no quería, y llegué justo a tiempo para ver cómo mi madre se caía accidentalmente por las escaleras. No me importa lo que todo el mundo diga, mi padre no la empujó.

—¿Dices eso porque lo recuerdas?

Laurel sintió las lágrimas quemándola en los ojos. La verdad era que no recordaba más que la imagen de Shane marchándose en su vieja camioneta mientras ella lo observaba alejarse entre lágrimas.

—Mi padre nunca haría daño a mi madre.

—¿Volviste a hablar con él después de marcharte de Lucius?

La pregunta fue como una bofetada.

—Sí.

Habían hablado a menudo al poco de salir ella de la clínica, pero con el paso de los años habían reducido su contacto a una vez al año, por el cumpleaños de él. Laurel sabía que debería haberlo llamado más, pero le resultaba muy dura la desilusión cada vez que hablaba con él.

—¿Y qué te dijo él?

—¿Eso a ti qué te importa? No fue una confesión, eso sí te lo digo.

Quizá su padre fuera un mal hombre, pero nunca había sido un maltratador, a pesar de lo que dijeran los rumores. Ella había vivido bajo el mismo techo que él, lo hubiera sabido. Él levantaba la voz a menudo, pero nunca la mano.

Eso era dominio exclusivo de su madre.

—Laurel —comenzó él con suavidad—. Solo intento…

Tratarla con condescendencia, y Laurel odiaba eso.

—Me dijo que no regresara a Lucius —lo interrumpió ella—. Y eso fue lo que hice. Él nunca me visitó. Sus acciones fueron muy claras: él no quería estar cerca de mí. Pero ahora ya no está y lo que él quisiera ya no importa. Yo estoy aquí tanto si te gusta como si no.

—No quiero que vuelvan a hacerte daño.

—En esta casa no hay nada que pueda hacerme daño.

—La herida no tiene por qué ser física.

Ella lo sabía mejor que nadie. Seguía conmocionada por el descubrimiento de que él la había visitado en la clínica.

—Estaré bien.

Una nube de preocupación cruzó la mirada de él.

—Supongo que estaré lo suficientemente cerca para asegurarme de que así es.

—¿Qué quieres decir con eso?

Él salió de detrás del sofá y le tendió una mano a Laurel.

—Ven conmigo, quiero que veas una cosa.

Ella lo miró con reticencia. Contempló aquella mano, con callos de un hombre acostumbrado al trabajo físico, a pesar de su cargo de sheriff. Eran unas manos grandes y hermosas. Laurel tragó saliva y colocó su mano sobre la de él.

Aunque se había acorazado, el contacto fue como una descarga eléctrica. Si él lo percibió, escondió su reacción mucho mejor que ella.

Laurel se puso en pie y salió de la casa con él. La rampa vibró con sus pisadas. No había rastro del todoterreno de Shane, pero sí había un pequeño sedán aparcado delante de la casa. No parecía un coche típico de él, pero ¿ella qué sabía?, se dijo Laurel.

Una brisa suavizó el calor de la tarde y también el calor que le subía a Laurel por la mano y le encendía todo el cuerpo.

Rodearon el edificio hasta llegar a la parte de atrás.

—Estaré cerca porque somos vecinos —dijo él soltándole la mano y señalando la colina.

Aquella casa tan hermosa era suya… Laurel la había contemplado muchas noches a la luz de la luna, cuando no lograba conciliar el sueño. Había admirado las ventanas brillantes, las chimeneas de piedra, el acogedor porche. Era un edificio de una belleza eterna.

—¡Tú vivías detrás de mi padre!

—Sí.

Laurel no sabía qué hacer con las manos. Una todavía le

temblaba, la otra estaba helada. Se sentía culpable porque le gustara la casa de Shane, como si eso fuera una traición a su padre.

—¿Quién construyó la casa?

—Yo —respondió él y al ver la mirada incrédula de ella, añadió con voz seca—: Yo también soy capaz de hacerlo.

Ella ignoró la pulla. No dudaba de las capacidades de él en absoluto. Aunque él fuera el sheriff. Y aunque hubiera vivido detrás de su padre.

Por fin identificó el sentimiento que la estaba minando por dentro: decepción.

—¿Tan preocupado estabas vigilando a mi padre que elegiste vivir detrás de él?

Y a su padre, ¿lo había molestado tener al sheriff tan cerca? ¿Se había sentido acosado? ¿O le había importado tan poco como le importaba su hija?

Shane frunció el ceño y la boca.

—Escogí ese lugar por las vistas.

«¿Qué vistas, el tejado de la casa de mi padre?», pensó ella. El agujero en su interior crecía cada vez más. ¿Qué maldad esperaba Shane que hiciera su padre? Cuando su madre murió y ella se marchó, su padre se quedó solo en la casa. Sobreseyeron su caso y siguió trabajando en Lucius, pero siempre estuvo solo.

A Laurel le dolía la sensación de que su padre siempre había estado vigilado, como si todo el mundo esperara que fallara de nuevo.

«Ojalá me hubiera dejado regresar a casa», pensó. De pronto se dio cuenta que lo había dicho en voz alta.

—Podrías haber vuelto a casa si hubieras querido —comentó él.

—Yo no tenía nada que hacer aquí.

Su padre se lo había dejado muy claro: «No vuelvas», le había

dicho tajante.

—Pero tenías amigos —replicó Shane.

Ella se frotó las palmas de las manos. Aún le cosquilleaba la que le había dado a él.

—Jenny Travis se trasladó a la universidad aquel año.

Aquel año, como si solo un año de su vida fuera importante.

—No me refería a Jenny.

Laurel sabía a qué se refería él.

—Tú también te marchaste.

Shane apretó la mandíbula, pero no podía cambiar el pasado. Él se había marchado, era cierto. Y solo había regresado a Lucius cuando su madrastra había enfermado de cáncer.

—Mira, no quiero remover el pasado —dijo Laurel de pronto.

Lo decía en serio. Le hubiera gustado poder olvidarse del pasado durante un par de minutos. Pero cada vez que miraba a Shane, lo único que podía recordar eran aquellos días de verano cuando todo era nuevo, hermoso y prometedor. Cuando ella se levantaba cada mañana entusiasmada y esperanzada.

Hasta que todo había terminado un domingo negro.

—Estoy de acuerdo. El presente ya es suficientemente interesante. ¿Qué vas a hacer con lo del coche?

—Había pensado hablarlo con Stu.

Shane se sacó algo del bolsillo y se lo ofreció. Era una llave.

—Mientras tanto puedes usar esto —le dijo.

—No necesito favores.

—Considéralo un gesto de buen vecino —respondió él suavemente.

—No es necesario. En pocos días tendré dinero para comprarme un coche de segunda mano.

—Es el coche extra de Beau y está aparcado delante de tu casa. Te lo habría traído él mismo, pero hoy tenía muchos compromisos ineludibles.

Ella respiró hondo. Él le había ganado la partida, y con ventaja. Shane sabía que ella sentía debilidad por su padre, que no podía negarle prácticamente nada.

Laurel agarró la llave. Shane cerró su mano alrededor de la de ella antes de que pudiera apartarla. Laurel se quedó inmóvil y lo fulminó con la mirada.

—Llámame si necesitas algo —dijo él y le acarició los nudillos con el pulgar.

Con el paso de los años, los dos estaban algo cambiados, pensó Laurel. Pero él seguía teniendo los mismos ojos grises que inundaban sus recuerdos.

—Lo digo en serio, Laurel. Prométeme que me llamarás si necesitas algo.

Ella dudó y recordó que él la había visitado cuando estaba en la clínica. Laurel se soltó de la mano de él, pero sujetó la llave.

—Te lo prometo —susurró ella casi inaudible, pero él lo oyó y sonrió.

Y entonces ella olvidó su vacío interior.

Estaba claro que algunas cosas no cambiaban nunca. Y el efecto que le provocaba Shane Golightly era una de ellas.

Capítulo 5

La mañana siguiente, Laurel no fue a la iglesia, a pesar de que todos los miembros de la familia Golightly se ofrecieron a pasar a buscarla. Estaba demasiado cansada. No había logrado dormir más de veinte minutos en toda la noche.

Si no empezaba a dormir bien pronto, no iba a ser capaz de sujetar ni una brocha para pintar su casa, y mucho menos llevar de viaje a un coro infantil que apenas conocía al final de esa semana.

Había intentado dormir en su antigua habitación, en el sofá del salón, en el sótano, en el porche… hasta se había planteado dormir en la bañera. Al final, había terminado sobre una sábana en el suelo del salón, contemplando la hermosa casa de piedra y madera de la colina.

Cuando Laurel supuso que toda la familia Golightly estaría atareada con las labores dominicales, se duchó, se puso un vestido y se acercó al pueblo. Había cambiado bastante, como consecuencia del aumento de la población. Hasta el cementerio había crecido y mejorado, le costó un poco guiarse en su interior.

Pero la tumba de su abuela seguía siendo reconocible. Habían colocado la lápida familiar cuando su abuelo murió, mucho antes de que naciera Laurel. No lo recordaba bien, pero la primera vez que visitó la tumba con su abuela debía de tener tres o cuatro años.

Era uno de sus primeros recuerdos: su abuela y ella limpiando la tumba de hojas y polvo. Junto a su abuela, Laurel no había tenido miedo de aquel lugar.

Junto a su abuela, Laurel no había tenido miedo de nada. Ella había sido su roca, su mayor apoyo.

Laurel se sentó en el césped, que estaba húmedo todavía del riego matinal. Hacía mucho tiempo que no acudía allí. Pensó que debería haber llevado algunas flores o algo, pero sabía que a su abuela no le importaría. La llevaba siempre en su corazón, no necesitaba visitar su tumba para sentirse unida a ella.

Había sido Beau Golightly quien se lo había enseñado. Y

también quien le había sugerido que le escribiera a su abuela, aunque hubiera fallecido, cada vez que necesitara consuelo.

Laurel acarició el diario que había llevado con ella.

—No debería haber dejado de escribirte, abuela. La vida me parecía más sencilla cuando lo hacía. En cinco años te escribí a menudo y nunca había releído los diarios. Recuerdo cada momento que los escribí, lo que sentía en esos momentos. Pero sigo sin poder recordar aquella noche, abuela, ni las noches posteriores. Todavía no lo consigo.

Al lado de su abuela estaba la madre de Laurel. Y a su lado, tierra recién removida: la tumba de su padre. Laurel no había estado presente en su entierro, nadie lo había hecho. Había sido una petición expresa de él. A Laurel le parecía otra manera más de alejarla de su lado.

Apartó la vista y la fijó en la lejanía.

—Iba a casarme, abuela. Bueno, tú ya lo sabes. Y también sabes lo que sucedió —comenzó y se acercó las piernas al pecho—. Lo intenté, de veras. Martin es… un buen hombre. Éramos amigos desde hacía años. Hace unos meses, él me propuso matrimonio. Y yo acepté. Pero al final no pude hacerlo.

—¿Por qué no?

La voz era grave y muy masculina.

Laurel no se movió y continuó llorando. Por fin, junto a la tumba de su abuela, lograba soltar su dolor.

—¿Me estás siguiendo, sheriff?

Él se acercó. Llevaba vaqueros limpios y las botas brillantes, pulidas por ser domingo.

—Yo también tengo a gente querida en este lugar —contestó él.

Se refería a Holly, su madrastra, que había sido la única madre que a él le había importado.

Laurel lo miró, pero continuó abrazada a sus piernas.

—¿No deberías estar en la iglesia, o en tu oficina o algo?

—Incluso el sheriff descansa algún día de vez en cuando —dijo él y se acuclilló junto a ella—. El suelo está húmedo, vas a empaparte el trasero.

—Se secará.

Shane no discutió al respecto y permaneció en la misma postura.

—Lucille era una gran mujer —dijo después de un rato.

La recordaba bien, aunque había fallecido cuando él era un adolescente.

—Siempre tenía una palabra amable para todo el mundo, aunque también dejaba muy clara su opinión, ya fuera positiva o negativa, sobre las travesuras de los chicos del pueblo.

—Como hace tu padre —comentó Laurel y por fin levantó la cabeza de sus manos y contempló la tumba de su padre—. Tienes suerte de tener un padre como él.

Shane se quitó el sombrero y jugueteó con él. Tenía que mantener sus manos ocupadas. El pelo sedoso de ella seguía siendo tan tentador como su cuello largo y de piel suave.

—Ser el hijo del pastor no es tan fácil. Todo el mundo lo sube en un pedestal y esperan que sus familias también sean unas santas. Pero somos humanos, igual que los demás. Nos equivocamos tanto como el resto.

—Y también sois buenas personas —dijo ella de forma casi inaudible.

Shane la miró de reojo y vio que ella tenía las mejillas húmedas. Imaginó que hacer algún comentario al respecto no sería muy acertado.

Estaba confundido. No solía verse en situaciones donde no sabía cómo reaccionar. La ley era algo bastante sencillo: se cumplía o no se cumplía. A él le gustaba ese universo de cosas claras, definidas. Incluso cuando había roto su compromiso de boda con Denise, se

había sentido bien. Había sido un corte limpio; no fácil, pero al menos limpio.

Laurel Runyan, por el contrario, era un universo indefinido.

Y él ya no era tan joven como antes. Le dolían las rodillas de estar en cuclillas. Se sentó y rápidamente sintió el suelo húmedo.

—Te vas a empapar los pantalones —dijo ella.

—Ya se secarán —respondió él.

Ella sacudió ligeramente la cabeza y volvió a apoyar su mejilla sobre sus manos. Miró de reojo a Shane.

Él sabía que ella tenía treinta años, pero en aquel momento parecía una adolescente.

—No tienes que cuidar de mí como si fuera una niña, Shane. Estoy segura de que tienes cosas mejores que hacer.

Bien, por fin lo llamaba Shane en lugar de «sheriff». Y por primera vez había hablado sin estar tensa ni a la defensiva.

—No tengo nada que hacer por ahora. Pero si quieres estar sola, me iré.

Eso sí se lo concedería. Por lo menos de momento y por ser aquel lugar.

—No. No quiero estar sola —respondió ella y se sorprendió con sus propias palabras.

Miró a lo lejos y suspiró. Shane observó sus hombros elevarse y descender, aquellos hombros desnudos de piel suave… Tuvo que cerrar los dedos para no tocarla.

—¿Cuándo decidiste que querías ser sheriff? —preguntó ella después de un rato.

—El mismo año que dejé el seminario. El año después de aquel verano —explicó él.

Ella apoyó las manos en el césped a su espalda y estiró las

piernas. El vestido terminaba suavemente a la altura de sus pantorrillas.

—¿Tu padre se decepcionó con tu decisión?

—Se hubiera sentido más decepcionado si hubiera continuado en el seminario sin sentir la llamada.

Aquel verano hacía años habían estado sentados casi en la misma posición. Entonces estaban en el terreno del colegio y comían pollo frito, mazorcas de maíz y melón. Por la noche habían contemplado los fuegos artificiales.

Y él había besado a la joven Laurel Runyan por primera vez.

—¿Y por qué decidiste dedicarte a hacer cumplir la ley? ¿Tú no habías estudiado Psicología?

Él asintió, pero no le pareció buena idea hablar de su repentino cambio de profesión. No quería volver a discutir con Laurel sobre si su padre había o no cometido asesinato. Precisamente él se había convertido en sheriff para que no volvieran a repetirse confusiones como aquélla.

—Evie ha preparado asado de carne para comer —dijo él—. Estará todo el mes dándome la lata si no te llevo allí.

—No sabía que llevaba tanto tiempo aquí sentada —comentó Laurel con preocupación.

—No es ningún crimen, Laurel. No existe límite de tiempo para estar sentada sobre césped mojado.

El rostro de ella se relajó. Miró a Shane.

—Mi vestido es de algodón, se secará al poco de ponerme de pie. Pero tú llevas vaqueros, no vas a tener tanta suerte como yo.

La sonrisa de ella lo encendió de tal modo que Shane creyó que sus pantalones se secarían al instante.

—Me he visto en peores situaciones —señaló él.

Ella esbozó una medio sonrisa.

—Desde luego. ¿Recuerdas cuando tu camioneta se estropeó junto al río?

No se había estropeado. Se había quedado sin gasolina porque él había estado demasiado atento a mantener sus manos alejadas de la preciosa chica que iba a su lado. Como no quería admitir la verdad, se había inventado que el motor tenía un problema.

Aquel verano él estaba trabajando en la granja Calhoun y todo su tiempo libre lo pasaba con ella. Reían, hablaban, iban de pesca… A veces simplemente se sentaban el uno junto al otro en silencio mientras observaban pasar las nubes de verano. Aparte de algún que otro beso, él no la había tocado.

—No me hubiera caído al río de no ser por ti —aseguró él.

Ella enarcó las cejas.

—No es así como yo lo recuerdo. Estabas metido bajo el capó comprobando qué le pasaba al motor y, cuando te erguiste y diste un paso atrás para cerrarlo, te caíste al río.

—No sabía que llevabas un biquini debajo del vestido.

Verla tumbada en el suelo tomando el sol con aquel minúsculo biquini había sido un impacto.

Laurel se puso en pie de pronto y se alisó el vestido.

—El biquini era de Jenny. Ella era un poco más… menuda que yo.

—¿Y se lo devolviste? Porque tengo buenos recuerdos de ese biquini…

Ella se ruborizó, igual que ese día cuando él le había soltado la parte de arriba del biquini y ella le había dejado hacer.

Laurel se agarró a su vestido con fuerza.

—Esto… tengo cosas que hacer. Y a ti te esperan para comer.

—Nos esperan a los dos.

Ella parpadeó confundida.

—No creo que sea una buena…

—Beau se sentirá muy decepcionado si no acudes.

—¿Siempre usas a tu padre para conseguir lo que deseas?

Él se puso en pie y sonrió ligeramente.

—Hago lo que sea necesario, *pajarito*.

Ella abrió mucho los ojos al oírlo pronunciar su mote y luego parpadeó con fuerza, como si saliera de un hechizo.

—Lo siento, tendrás que disculparme ante Beau. De verdad que tengo muchas cosas que hacer —se disculpó.

Shane advirtió que ella se había puesto de nuevo a la defensiva.

—¿Qué cosas?

Ella se puso tensa.

—Si tan importante es para ti saberlo, sheriff, te diré que he quedado con el señor Finn esta tarde.

—¿A qué hora?

—A las seis —respondió ella entre dientes.

—Eso te permite comer tranquilamente, charlar un rato con mi padre e incluso echarte una siesta.

—¡No soy un bebé, no necesito una siesta!

Sus ojeras contradecían esa afirmación. Además, Shane había visto las luces encendidas toda la noche en casa de ella. Unas se apagaban y otras se encendían, lo que le indicaba que ella estaba despierta y moviéndose por la casa. Él sabía que ella estaba durmiendo muy poco, quizá nada. Se encogió de hombros.

—Como tú quieras. Pero que sepas que Evie se ha convertido en

una estupenda cocinera.

—No voy a morirme de hambre por no comer a tu lado. Soy perfectamente capaz de prepararme una buena comida.

—¿Sabes cocinar?

Ella dejó caer las manos a los lados de su cuerpo y caminó hacia la salida del cementerio.

—Por supuesto.

Él la alcanzó enseguida.

—¿Y qué cocinas?

—¡Yo qué sé! —exclamó ella y lo fulminó con la mirada—. ¿Quieres una prueba de que no miento?

—¿Estás invitándome a comer?

Ella se detuvo junto a su coche. Soltó una carcajada y elevó la vista al cielo.

—No necesitas que yo te invite, sheriff. Te esperan en casa de Evie. Y no sé por qué tengo la impresión de que en este pueblo no te morirías de hambre aunque Evie no fuera una buena cocinera.

Él sonrió, aquello era cierto. La gente de Lucius siempre le regalaba comida.

Los dos extendieron la mano a la vez hacia la puerta del coche y se rozaron. Laurel apartó la suya inmediatamente y evitó mirar a Shane.

Él abrió la puerta, la observó sentarse y se apoyó en la ventanilla después de cerrar la puerta.

—Va a ser en Tiff's —le dijo—. Por si cambias de idea.

Laurel se mordió el labio inferior, asintió y puso el coche en marcha. El motor rugió un poco y luego se paró. Ella volvió a girar la llave en el contacto, pero esa vez el motor no se encendió.

—Abre el capó —dijo Shane y se acercó a la parte delantera del coche—. ¿Esta vez no llevarás un biquini debajo del vestido, por casualidad?

Ella soltó una carcajada y negó con la cabeza.

Shane sonrió y se concentró en el motor. Pero el sonido de la risa cantarina de ella se quedó grabado en su cabeza.

Después de tocar algunos cables, Shane se apartó del capó.

—Inténtalo de nuevo.

Laurel lo hizo, pero no sucedió nada. Miró a Shane preocupada.

—El coche tiene diez años —dijo él mientras abría la puerta del conductor—. No te preocupes por estas pequeñas cosas, no es culpa tuya. Levanta la ventanilla y deja la llave en el cenicero.

Ella lo miró atónita.

—Todos saben que éste es el coche de Beau, nadie va a robarlo antes de que la grúa lo lleve al taller de Stu —añadió él.

Ella hizo lo que él había dicho y luego lo acompañó a su todoterreno. Estaba tan nerviosa que se felicitó por no tropezarse ni una vez.

Él abrió la puerta del copiloto y la ayudó a subir. Laurel dio un respingo cuando él la agarró del codo: su tacto le provocó una descarga eléctrica.

Shane cerró la puerta con fuerza y luego se sentó en su asiento.

Atravesaron el pueblo y pasaron por delante de Tiff's. Shane advirtió la sorpresa de ella al ver que él no se detenía allí, pero Laurel no dijo nada. Se dirigieron hacia la casa Runyan pero, en lugar de detenerse en ella, Shane continuó el camino hacia su propia casa. Entonces ella sí que lo miró con dureza y con las cejas enarcadas.

—He decidido que no quiero estar toda la comida con los vaqueros húmedos pegados a mi trasero —explicó él.

El rostro de ella se relajó y ella se echó a reír.

Shane aparcó el coche en la parte trasera de su casa. Laurel no esperó a que él le abriera la puerta, se bajó sola y observó la casa, que en esa parte tenía grandes ventanales. Luego se giró y contempló el paisaje al que daban las ventanas.

—Esta era la vista que decías… —murmuró abrumada.

El río discurría a lo lejos, entre terrenos de cultivo y arboledas. Era un paisaje idílico.

—Sí. Los amaneceres son espectaculares —dijo él y la tomó del brazo—. Entremos.

Ella lo miró afligida.

—Yo creía…

—Lo sé —contestó él.

Sabía que ella creía que había erigido allí su casa para vigilar a su padre. Y quizá era cierto.

—Olvídalo —añadió.

Ella no parecía dispuesta a olvidarlo, pero lo acompañó al porche.

—¿Tienes una mascota? —preguntó ella al ver un cuenco de comida para animales.

—Tengo un gato que viene por aquí cuando quiere —respondió él—. *Speck* no pertenece a nadie más que a sí mismo.

—Creo que *Speck* y yo ya nos conocemos —dijo ella recordando el gato que se le había cruzado por delante nada más llegar a la casa de su padre—. ¿Quién ha diseñado la casa?

—Yo —contestó él—. Ponte cómoda.

Shane dejó las llaves en la encimera que separaba la cocina del enorme salón, donde pasaba la mayor parte del tiempo que estaba en casa. En la habitación solo había un sillón y un enorme televisor.

Después de cambiarse de pantalones, Shane regresó junto a Laurel. Ella estaba apoyada en un brazo del sillón. Él se sentó en uno de los taburetes de la cocina para calzarse las botas.

—¿Cuánto tiempo necesitaste para construirla?

—Unos tres años. Me mudé hace unos pocos años.

La casa no estaba terminada del todo, aún quería hacer más cosas.

—¿Y has decidido decorarla de forma minimalista?

Él terminó de calzarse y se puso en pie.

—Estoy esperando encontrar lo que quiero que haya en su interior —dijo, y no se refería solamente a los muebles.

Laurel bajó la vista al suelo.

—Ya te has cambiado de ropa, así que…

Él se acercó a la puerta principal y la abrió. Laurel se giró y observó todo como si quisiera memorizarlo antes de marcharse. Luego se subieron al todoterreno y llegaron a la casa Runyan.

—¿Vas a ayudar en serio a los chicos del coro? —le preguntó Shane.

—Le he prometido a tu padre que lo haría. Mañana comenzamos los ensayos —respondió ella y abrió la puerta del coche—. Dile a Beau que siento mucho lo de su coche.

A Shane no lo sorprendió que ella siguiera sin aceptar la invitación a comer.

—No es culpa tuya —le aseguró—. Si necesitas que alguien te acerque a algún sitio mientras Stu arregla el coche, avisa.

Ella asintió, pero Shane sabía que no pediría ayuda a menos que estuviera muy desesperada.

Él esperó a que ella entrara en la casa. Le llamaba la atención

que ella no hubiera protestado cuando habían pasado por delante de la casa de su padre camino de la casa de la colina.

Quizá ella había sentido tanta curiosidad de ver dónde vivía él, como él de verla a ella en su casa.

Capítulo 6

Querida abuela:

Las fiestas del Día de la Independencia son dentro de poco. Habrá una orquesta, fuegos artificiales y todo eso, como siempre. Papá ha dicho que puedo ir con Jenny y con su familia. Los Golightly también van a ir, mamá ha estado ayudando a cocinar lo que van a vender en su puesto. Ojalá Shane también esté allí. Me lo encontré ayer en la cafetería, es tan guapo…

Me dijo que le había gustado el solo que canté en la iglesia el domingo. Era un solo muy sencillo, pero me gustó mucho que lo apreciara. Echo de menos ir a la iglesia contigo, abuela. Mamá siempre trabaja los domingos, y si no los pasa durmiendo; y las dos sabemos que papá no pondría nunca un pie en la iglesia.

Total, que espero ver a Shane allí. ¿Qué crees que debería ponerme? ¿Mis shorts vaqueros o el vestido rojo? El vestido se me está quedando pequeño. Mamá dice que he crecido al menos un centímetro en el último mes, y creo que tiene razón.

Dentro de poco tendré que preparar la maleta para ir a la universidad. No puedo creer que haya pasado tan rápido el tiempo. El otro día me llegó una carta del conservatorio de música anunciando un curso especial de verano. Este año no puedo ir porque es muy caro, pero me gustaría asistir algún año.

Ahora tengo que irme, abuela. Te quiero. Laurel.

Laurel se reprendió a sí misma. Si no hubiera pasado tanto tiempo leyendo sobre su pasado, habría terminado sus reparaciones de ese día antes de que Shane se presentara en su casa.

Lo vio acercarse desde lejos, porque estaba subida en el tejado. De hecho, deseó que él no la viera y se marchara. Pero no fue así.

Laurel se acomodó lo que pudo sobre las tejas y hundió la pala en la masa densa y pegajosa que le habían asegurado que taparía las goteras del techo. No tenía dinero para cambiar todo el tejado, así que al menos cubriría las goteras con esa plasta.

Vio que Shane aparcaba su todoterreno delante de la casa, en lo que sería césped si no estuviera seco. Luego hundió la pala en la masa y trató de calmar las mariposas que revoloteaban en su estómago. Sintió un río de sudor bajándole por el cuello desde la nuca. La tarde era calurosa, no se movía ni la más ligera brisa.

Era martes y no veía a Shane desde el domingo.

—¿Qué demonios estás haciendo ahí arriba?

Ella miró hacia abajo. Shane la miraba desde el suelo, con las manos en las caderas.

—Arreglar el tejado —respondió ella como si fuera evidente.

—¡No tienes por qué ocuparte tú misma de hacerlo! —dijo él y comenzó a subir por la escalera de mano.

—Estoy perfectamente bien —aseguró ella cuando le vio asomar la cabeza por encima del tejado—. He recibido todas las instrucciones que necesito para hacer esto. Por un lado, de Jack Finn, que estuvo aquí el otro día, y por otro, de la tienda de bricolaje.

Laurel sentía cada vez más encogido el estómago. Tragó saliva.

—No soy ninguna incompetente, ¿sabes? —añadió.

Él se plantó en el tejado y lo estudió con la mirada.

—Lo que deberías hacer es derribarlo en lugar de intentar arreglarlo. Jack Finn debería habértelo dicho.

Lo había hecho, pero Laurel no iba a decírselo a Shane.

—Solo tiene unas cuantas goteras. Los expertos me han dicho que esta plasta las cubrirá —dijo ella y extendió la masa sobre el tejado.

Menos mal que llevaba unos gruesos guantes, porque si esa cosa le caía en las manos seguramente no podría quitársela nunca.

—¿Plasta? ¿Es un nuevo término técnico? —preguntó él

agachándose junto a ella.

Laurel no quería ilusionarse por tenerlo tan cerca.

—No te acerques más. Podrías mancharte y esta cosa es letal.

—Exacto. ¿Por qué te empeñas en hacer esto por tu cuenta?

Ella suspiró ruidosamente.

—No puedo permitirme contratar a nadie, ¿de acuerdo?

—¿Contratar? Tienes a gente alrededor deseando ayudarte. Ya que eres tan testaruda que vas a reparar la casa a pesar de que es algo irracional, ¿por qué al menos no aceptas la ayuda que se te ofrece?

—Stu va a ayudarme con la instalación eléctrica de la cocina —respondió ella a la defensiva—. Va a venir en cuanto pueda. Ha sido muy generoso al ofrecerse a ayudarme. Él no me dice lo que tengo que hacer.

—Apuesto a que no.

—¿Y eso qué significa?

—No te ilusiones mucho con mi hermano. Sus relaciones con las mujeres no duran mucho.

Laurel no podía creerse lo que acababa de escuchar.

—¿Cómo dices?

—No me gustaría que te hiciera daño.

Laurel soltó la paleta, que se hundió en la plasta y se quedó allí clavada.

—¿Te refieres a daño como cuando tú me plantaste?

Él apretó la mandíbula.

—No, no me refería a eso.

—¿Y entonces a qué te referías, sheriff?

—Maldita sea, Laurel, tengo nombre.

—¡Quizá si no actuaras con tanta prepotencia todo el tiempo, te llamara por tu nombre más a menudo!

Él frunció el ceño.

—¿Sabes lo peligroso que es estar aquí arriba? ¿A cuántos tejados te has subido en tu vida?

—A uno.

Y no le gustaba la sensación, pero estaba decidida a hacer lo que fuera necesario.

—A uno —repitió él molesto y se levantó.

Una de sus pies resbaló un trecho. Laurel ahogó un grito e, instintivamente, rodeó las piernas de él con los brazos. Él se escurrió con el otro pie. Maldijo en voz baja y se inclinó hacia delante para recuperar el equilibrio. Su cara quedó a pocos centímetros de la de ella. Ella seguía agarrándolo con todas sus fuerzas.

—Tienes suerte de no habernos tirado a los dos —la reprendió él y apoyó la frente en el hombro de ella durante un instante.

Laurel se dio cuenta de que lo tenía agarrado por la cadera y su rostro estaba a escasa distancia de sus genitales. Sintió el corazón desbocado en el pecho y trató de recuperar la calma.

—Solo intentaba ayudar.

Para no caerse cuando ella lo había agarrado, Shane había puesto el pie donde había podido justo en la plasta cubre goteras que ella había extendido antes.

Shane contempló el desaguisado y sacudió la cabeza.

—Lo siento —se disculpó ella de nuevo e intentó separarse de él.

Él gruñó.

—No te muevas, ¿de acuerdo?

Laurel hizo una mueca de disgusto. ¿Por qué estaba irritado con ella? Ella no le había pedido que subiera al tejado. De hecho, no le había pedido nada.

—Ahora que lo pienso, ¿tú qué estás haciendo aquí? Yo estaba perfectamente bien sola, sin necesidad de que aparecieras y te metieras conmigo.

Él la fulminó con la mirada y Laurel enmudeció.

—Stu ya ha arreglado tu coche. Te he traído la llave.

Laurel se dio cuenta de que tenía la mirada clavada en los labios de él.

—Pues… gracias.

Él se la quedó mirando unos instantes. Luego cerró los ojos y rio en voz baja.

—Laurel, cariño, me estás destrozando.

Ella se apresuró a soltarlo.

—¿A qué te refieres? —preguntó.

Él suspiró, terminó de soltarse de ella y se sentó en el tejado. Pero no explicó su comentario. Una de las perneras de su pantalón y sus botas estaban manchadas de la plasta negra.

Laurel tragó saliva. Se quitó los gruesos guantes de bricolaje, que cayeron sobre las tejas.

Y se quedaron así sentados, uno junto al otro, en silencio. Por fin Laurel logró aquietar los nervios de estar junto a él. Se sentía a gusto con el sol dándole en la espalda y Shane Golightly a su lado.

Pero la relajación no le duró mucho. Aunque pudiera confiar en Shane después de lo que había sucedido en el pasado, no podía confiar en sí misma.

—¿No deberías estar por ahí vigilando que se cumpla la ley? —preguntó ella.

Él la miró de reojo.

—Incluso en esta cuna del crimen, tengo tiempo para comer.

Un tiempo que él había preferido pasar en su tejado, reconoció Laurel.

—¿Es una indirecta para que te prepare un bocadillo?

Él esbozó una medio sonrisa.

—Uno debería obtener algo a cambio de su peligroso trabajo.

Ella resopló suavemente.

—¿Y qué hay de peligroso en Lucius y alrededores?

Él la miró durante un intenso momento y luego entrecerró los ojos. Laurel entendió la expresión de su mirada y se estremeció: él iba a besarla. Estaba escrito en tu rostro, en su fabuloso cuerpo. Él se inclinó lentamente hacia delante…

—¡Hola, Shane!

Laurel se irguió, tensa, y se dio cuenta de que ella también se había ido inclinando hacia Shane. Miró hacia el suelo aturdida y apenas percibió el coche de Beau ni el hombre moreno que estaba junto a él.

Shane pareció menos sorprendido por la interrupción.

—Hola, Stu —saludó con tranquilidad.

—¿Qué, estáis tomando el sol ahí arriba? —preguntó Stu divertido.

Sabía exactamente lo que había interrumpido… o casi interrumpido.

—Shane me estaba ayudando con las goteras —se apresuró a decir Laurel.

Se puso en pie. Su temblor de piernas no tenía nada que ver con estar en lo alto del tejado. Se sacudió los pantalones.

—Has traído el coche —añadió ella.

Stu se cruzó de brazos.

—Me imaginé que la llave que mi hermano te ha traído con tantas prisas sería más útil si tenías el coche al que pertenece.

—Iba a llevar a Laurel a recoger el coche —gruñó Shane y asió a Laurel del brazo—. Vamos, bajemos. Ten cuidado.

Laurel no podía prestar atención a nada más que al roce de la mano de él contra su seno. Dio un paso y se escurrió un poco, lo que por fin la hizo reaccionar. Intentó recoger los guantes y la pala de extender la plasta, pero se habían quedado pegados al tejado.

—Déjalos ahí —dijo él.

Ella lo miró.

—Pero no te rías —le advirtió ella al ver su expresión de diversión.

—Estás empezando a quemarte con el sol —comentó él.

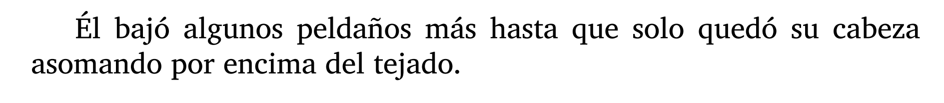
Agarró la lata del cubre goteras y dejó hueco para que Laurel llegara hasta la escalera. Ella se detuvo al borde del tejado. No le había gustado subir, y bajar parecía mucho peor.

—¿Vais a quedaros ahí todo el día? —preguntó Stu acercándose a la escalera y sujetándola por su base.

—Ignóralo —murmuró Shane—. Iré yo primero. Baja un peldaño cada vez y no mires abajo.

—Lo que me da pánico no es la escalera en sí, sino llegar hasta ella —confesó Laurel.

—Solo tienes que darte la vuelta y bajar un pie —dijo él haciendo lo que decía—. No es tan difícil.



Él bajó algunos peldaños más hasta que solo quedó su cabeza asomando por encima del tejado.

—Vamos, yo estoy aquí —le animó él y advirtió su expresión de pánico—. De acuerdo, hagámoslo de otra forma: siéntate, arrástrate hasta el borde y coloca tu pie en el peldaño superior. Luego respira hondo un par de veces y no mires hacia abajo.

—A lo mejor deberíamos llamar a los bomberos —comentó Stu con sorna.

—Cállate, Stu —le espetó su hermano.

Laurel no se ofendió, lo que Stu decía era cierto, estaba comportándose como un gato asustado. Se sentó en el tejado y se colocó en el borde con las piernas colgando. Shane la sujetó de las piernas.

—¿Estás preparada? No creo que quieras que todo el pueblo se ría de ti porque han tenido que venir a rescatarte los bomberos.

Ella puso los ojos en blanco.

—Eso me parecía —continuó él—. Vamos, date la vuelta hasta que estés mirando al tejado y coloca un pie en el peldaño superior.

Así casi tendría su trasero sobre el rostro de él, pensó Laurel. Pero no podía hacer otra cosa o no bajaría de allí en la vida. Se giró lentamente. Shane la sujetó por la cadera y luego por la cintura.

Laurel pensó lo irónico de la situación: él le daba seguridad para bajar la escalera y a la vez la hacía estremecerse por dentro.

—¿Estás bien? —le preguntó él casi al oído—. ¿Continuamos?

Laurel sentía todo el cuerpo de él contra su espalda y sus piernas, protegiéndolo. Asintió.

Peldaño a peldaño, llegaron al suelo.

—Por todos los santos, Stu, ¿por qué tardas tanto? —una impaciente voz femenina llegó desde el otro lado de la casa y sacó a Laurel de su ensimismamiento—. Que sepas que es la última vez que te acerco a tu casa. Te he dicho que estoy esperando un

certificado y… ¡oh!

La que había hablado era Freddie Finn. Se detuvo en seco al ver la escena. Miró a Shane, luego a Laurel y después a Stu.

—¿Hay algún problema?

Laurel sintió que se le encendían las mejillas. Seguro que Freddie Finn no tenía problemas para subir y bajar escaleras de mano.

—Ya no —contestó Laurel—. Me subí al tejado y luego no me atrevía a bajar.

La otra mujer cambió su expresión de suspicacia. Se acercó a Laurel y le tendió la mano.

—Seguramente no te acordarás de mí. Soy Freddie Finn.

—Sí que me acuerdo —respondió Laurel estrechándole la mano —. Tu padre estuvo aquí hace unos días. No dejaba de hablar de ti y de tu hermano, Gordon.

—Típico de él —comentó Freddie algo avergonzada—. Siento mucho lo de tu padre.

Laurel se sintió culpable. No se había acordado de su padre en todo el día.

—Gracias. Por cierto, me han dicho que vives en un granero reformado.

Freddie pareció tan contenta con el cambio de tema como Laurel.

—Sí, casi todo lo ha hecho mi padre. Deberías venir a verlo, tal vez te diera ideas de lo que podemos hacer en tu casa —dijo ella y miró a Shane—. Supongo que entonces no vas a comprar este terreno.

Se produjo un silencio tenso. Laurel miró a Shane.

—Muy buena, Freddie —murmuró Stu llevándose a la mujer—. Te llamaré para arreglar la instalación eléctrica de la cocina otro

día, Laurel.

—¿Se puede saber qué demonios te pasa? —oyó Laurel que preguntaba Freddie por el camino.

Un momento después oyó cerrarse las puertas de un coche y alejarse el ruido del motor.

Laurel se cruzó de brazos y taladró a Shane con la mirada. ¿Qué más sorpresas le esperaban?

—No es para tanto —se defendió él después de unos momentos.

—Querías comprar la casa de mi padre…

—Y sigo queriendo hacerlo.

Laurel no lo comprendía.

—¿Por qué? Tienes una casa preciosa, ¿para qué querrías la de mi padre? ¿Y por qué no me lo has dicho? Has tenido oportunidades de sobra.

—No te lo he dicho porque tú quieres quedarte aquí —respondió él con tranquilidad—. En todo este tiempo no habías vuelto al pueblo ni una vez, Laurel. ¿Cómo iba nadie a saber que querrías quedarte aquí, y en esta casa?

—De acuerdo, pero ¿por qué me lo has ocultado? ¿Acaso tenías miedo de que me volviera loca al conocer tus planes? —preguntó ella elevando la voz.

—¿Quieres dejar de apoyarte en eso para acusarme de todo lo que no te gusta de mí? No te lo había dicho porque no es importante. Tú quieres quedarte en esta casa y nadie va a lograr disuadirte de lo contrario. Por Dios, mira esto —dijo él y señaló la escalera y la plasta cubre goteras—. Estás decidida a reparar la casa por encima de todo.

—Alguien tiene que hacerlo —replicó ella entre dientes—. Incluso tú tendrías que reformarla si fuera tuya.

—El único esfuerzo que iba a dedicar en esta casa era en demolerla.

Ella sintió un nudo en la garganta.

—¿Querías comprar la casa solo para demolerla? ¿Por qué?

—Para que nadie volviera a sufrir en ella.

Sus palabras quedaron suspendidas en el caluroso aire de la tarde.

Laurel se abrazó el torso. Lo había oído decir eso antes, pero no sabía que era algo tan importante para él. ¿Habría entendido mal lo que él sentía hacia ella?

—Gracias por ayudarme con… la escalera —dijo después de un momento.

Se agachó a recoger la lata de cubre-goteras y al erguirse sintió que se mareaba.

—Ya te he robado mucho tiempo. Además, en unas horas tengo ensayo con el coro. Son bastante buenos, ¿sabes?, incluso Joey. Necesita aumentar su capacidad pulmonar, pero afina perfectamente —dijo ella e hizo ademán de entrar en la casa—. Además, quiero ir al banco antes del ensayo.

Shane exhaló.

—Maldición, Laurel —dijo y la sujetó de la muñeca—. Deja de huir de mí.

Ella enarcó las cejas.

—Yo no huyo de nada.

—¿Ni siquiera del hombre con el que te ibas a casar? ¿Ese del que le hablaste a tu abuela en el cementerio?

Laurel se soltó.

—Eso no es asunto tuyo. ¿No crees que estás llevando tu labor de sheriff demasiado lejos?

Él apretó la mandíbula.

—Créeme, Laurel, ojalá estuviera actuando como sheriff. Entonces sabría perfectamente cómo comportarme. Pero en lugar de eso…

Él se calló, sacudió la cabeza y maldijo en voz baja.

—¿En lugar de eso, qué? —le presionó ella.

Se miraron unos instantes con intensidad. Entonces él la sujetó por la nuca con la mano, en un gesto lleno de deseo, acercó su rostro al de ella y la besó. Laurel hizo ademán de retirarse, pero estaba atrapada por aquel beso.

Había olvidado lo bien que él besaba, lo bien que sabía.

Laurel dejó de pensar. Soltó la lata y apoyó su mano sobre el pecho de él. Su corazón latía poderoso en su pecho.

—Shane —susurró sobre los labios de él.

Él se separó ligeramente y apoyó su frente contra la de ella.

—En lugar de eso, no sé cómo debo comportarme.

Laurel estaba temblando. ¿Cómo había llegado a estar apoyada entre la pared de su casa y el fornido cuerpo de Shane?

—¿Quién es ese hombre con el que decidiste no casarte? —le preguntó él acariciándole el hombro, el brazo y entrelazando sus dedos con los de ella.

Laurel apoyó la cabeza en la pared y cerró los ojos. Pero la imagen de Shane estaba grabada en su mente.

—Un buen hombre —respondió ella.

—Pero has preferido venir aquí y quedarte en esta chabola.

—Esta chabola era la casa de mi padre —replicó ella, pero con menos rabia de la que hubiera deseado.

—¿Aún lo amas?

—Siempre amaré a Martin.

Él se apartó de ella y, aunque hacía calor, Laurel tembló de frío.

—Martin —repitió él.

—Martin Kellner.

Él enarcó las cejas.

—Recuerdo ese nombre… Era tu médico en Fernwood.

Laurel apretó los puños contra la pared.

—Era mi terapeuta —lo corrigió—. Y quítate esa expresión de la cara. Mientras me atendía no sucedió nada poco profesional. Martin nunca…

—Por supuesto que no. Seguro que ese hombre es un santo. ¿Qué hizo, convencerte de que era tu salvador, tu único camino a la felicidad? ¿Es él la razón por la que no has regresado a Lucius en todos estos años?

La bofetada de Laurel resonó poderosamente. El silencio posterior fue aún más tenso.

Laurel jadeaba perpleja. Vio la marca de su mano en la mejilla de él y sintió que le ardía la palma de la mano.

Sintió náuseas, estaba horrorizada. Ella nunca había golpeado a nadie.

—Lo siento —susurró sintiendo que se desmayaba—. No debería haberlo hecho.

«Lo siento, cariño. Mamá no debería haberlo hecho», resonó en su cerebro.

Shane la sujetó antes de que cayera desvanecida al suelo. La subió en brazos, entró con ella en la casa y la dejó con mucho cuidado en el sofá. Ella sudaba, pero no se movió.

Por lo menos respiraba.

Shane comprobó que la ropa no la apretaba en ningún lado y le acarició suavemente la mejilla.

—Laurel, nena, vamos. Despierta.

Ella seguía sin moverse, así que Shane llamó a Urgencias para que le enviaran una ambulancia. Luego fue a la cocina, mojó una toalla y se la pasó a ella por los brazos, la cara y el pecho. Le tomó el pulso: era rápido pero fuerte.

Ella estaba ardiendo y sudaba. Tenía todo el aspecto de ser una insolación.

Shane la agarró de las manos y se las besó.

—Vamos, nena, abre los ojos. Despierta.

Pero ella seguía sin moverse.

Shane oyó acercarse la sirena de la ambulancia hasta que se paró delante de la casa. Palmer Frame, el médico, entró en la habitación con el equipo de Emergencias y se colocó junto a Laurel. Shane contestó a todas sus preguntas mientras el médico iba haciéndole las pruebas pertinentes. Luego observó impotente mientras la subían a la camilla.

—Voy con ustedes —se apresuró a decir y se subió a la parte de atrás.

De camino al hospital, Laurel murmuró:

—No me pegues.

Shane se irguió e intercambió una mirada con Palmer Frame. Ella seguía con los ojos cerrados.

—Nadie va a pegarte, pequeña. Estás a salvo —le aseguró mientras tomaba su mano con mucho cuidado.

Y maldijo a Roger Runyan una vez más.

—Señorita, esto ha sido un aviso. Se ha deshidratado, y eso se

puede evitar la próxima vez. Siempre que esté al sol, debe beber mucha agua.

Laurel se sintió como una tonta mientras escuchaba el sermón del médico.

—Además debería usted ganar algo de peso —añadió el hombre —. Y debe acudir a su médico en unas semanas para comprobar su presión sanguínea, o si no vuelva aquí y se lo haremos nosotros. Su cuerpo tiene todos los síntomas de estrés extremo, Laurel. Será mejor que se cuide antes de que vaya a más.

Laurel frunció el ceño. Se había despertado en el hospital y la habían sometido a multitud de pruebas. Shane no se había apartado de su lado en ningún momento, salvo cuando el médico había insistido en que lo hiciera, y aun así había estado pendiente de todo lo que sucedía. Ella estaba casi segura de que él debía de estar transgrediendo alguna ley, pero no tenía fuerzas para insistir en que la dejara sola.

—¿Pueden darme mi ropa? —preguntó ella.

Se sentía incómoda con el camisón del hospital, sobre todo porque era muy fino y Shane no le quitaba los ojos de encima.

Seguro que él atribuía lo que le había sucedido a estar en casa de su padre, como si el edificio tuviera alguna maldición.

—La enfermera se la traerá enseguida —le aseguró el médico—. Después de rellenar algunos impresos, podrá usted irse a casa. Tiene que descansar y comer bien, ¿de acuerdo?

—Yo me aseguraré de que así sea —dijo Shane antes de que ella pudiera intervenir.

Laurel apretó los puños y se sintió enferma de nuevo. Entonces recordó que lo había abofeteado.

El hecho de que él la hubiera besado de forma increíble y luego hubiera malinterpretado su relación con Martin no eran razones para abofetear a nadie.

Laurel sintió que el corazón se le aceleraba. Cerró los ojos y se concentró en su respiración y en tranquilizarse. Lo último que

necesitaba en aquel momento era un ataque de pánico.

Al cabo de unos momentos de esfuerzo y concentración, recuperó la calma. Exhaló largamente y abrió los ojos. Shane la estaba observando atentamente.

Laurel elevó la barbilla con orgullo. No iba a avergonzarse de haber tenido un ataque de pánico, sobre todo cuando lo había controlado mucho mejor que la última vez. Entonces iba vestida de novia y había creído que se moría allí mismo.

La enfermera se presentó con los formularios, Laurel los firmó y guardó la información que le daban para llevarse a casa.

—Muy bien, sheriff, salga de la cabina, por favor —ordenó la enfermera y luego se giró hacia Laurel y sacó una bolsa de plástico de debajo de su cama—. Es un hombre muy guapo, pero tal vez usted desee un poco de intimidad para vestirse. Cuando se queden ustedes dos solos, si quiere volver a quitarse la ropa, ya es asunto suyo.

Laurel se sonrojó.

—No tenemos ese tipo de relación.

—No es eso lo que parece. El sheriff estaba preocupadísimo cuando la han traído a usted aquí. Hay muchas mujeres en Lucius que desearían estar en el lugar de usted. Avíseme si necesita ayuda.

Laurel sabía que Shane tenía muchas admiradoras. Atraía a las mujeres a manadas. Ella no había sido diferente a las demás.

Se vistió y, cuando salió de la cabina, Shane la condujo del brazo hacia la salida.

—Vamos a pasar por Luscious a por algo de comer —comentó él.

—Tengo comida en casa —protestó ella.

Al salir al exterior vio que el sol estaba poniéndose. No sabía que había transcurrido tanto tiempo. Si se daba prisa, llegaría a tiempo al ensayo del coro.

—Pues no parece que estés comiendo suficiente, por lo que ha dicho el médico —replicó él.

Llegaron al restaurante y Shane tocó la bocina. Al momento, salió una de las camareras con una bolsa de plástico y se la dio a Shane. Él había encargado la comida por teléfono unos momentos antes.

La colocó entre los dos asientos delanteros.

—Es pollo frito. Sé que te encanta.

—Creía que íbamos a comer en el restaurante.

—He pensado que podrías tomarte un par de días de descanso antes de enfrentarte a los chismorreos de todo el pueblo. Todo el mundo sabe que te has desmayado y has estado en el hospital. Se preguntarán por qué —dijo él y la miró de reojo.

—¿A qué te refieres?

—Querrán saber si estás embarazada.

Ella se ruborizó al sentir la mirada de él sobre su cuerpo. No podía estar embarazada porque no había tenido sexo con nadie. Aunque iba a casarse con Martin, ellos no habían tenido relaciones sexuales. El único hombre con el que se había acostado en toda su vida había sido Shane.

Llegaron a casa de Laurel. La puerta principal seguía abierta. Shane entró como si fuera su terreno y dejó la bolsa de pollo sobre la mesa del salón.

—Siéntate —le dijo a Laurel.

Ella no quería sentarse, pero se le estaba haciendo la boca agua con el olor del pollo. De repente se sintió desfallecer de hambre. Así que se sentó.

Él fue a la cocina y regresó con platos, cubiertos y bebida. Sacó la comida de la bolsa y la degustaron. Luego, Laurel observó a Shane mientras éste recogía todo y lo llevaba a la cocina. Cuando terminó, se sentó de nuevo en el sofá y la miró con determinación. Laurel sabía lo que iba a suceder, pero no sabía cómo defenderse

contra ello.

—No vas a dirigir el coro —afirmó él.

Ella se puso tensa.

—¿Te he dicho alguna vez lo poco que me gusta que me digan lo que debo hacer?

—Sobrevivirán si no van al festival este año. Tú no estás en condiciones de ir. Ni siquiera deberías quedarte aquí sola —dijo él y señaló la mesa, debajo de la cual había una sábana y una almohada apiladas—. Estás durmiendo en el suelo, ¿verdad?

Ella hizo una mueca de disgusto.

—A lo mejor guardo ahí la ropa de cama.

—Nunca se te ha dado bien mentir, *pajarito*. Y ahora, puedes ir haciendo la maleta o la haré yo mientras tú telefoneas a Evie y le dices que llame a los padres para cancelar el asunto del coro. Tú eliges.

—No voy a marcharme y no voy a decepcionar a esos chicos. ¡No vas a obligarme a cambiar de idea!

—Ojalá pudiera forzar las cosas para que esta casa desapareciera —le espetó Shane—. Entonces no vivirías en ella.

Shane lamentó sus palabras nada más decirlas. ¿Por qué perdía el control con tanta facilidad al lado de aquella mujer?

Ella se levantó y se colocó detrás del sofá poniendo distancia entre ellos dos. Tenía una expresión crispada, justo lo que el médico le había dicho que debía evitar. Y Shane era consciente de que él solo estaba empeorando las cosas. Intentó enfocarlo desde otra perspectiva.

—Laurel, ya has oído al médico, no puedes seguir con este ritmo. Por favor, haz la maleta y ve a Tiff's. Quizá si descansas lo suficiente podrás dirigir el coro en el festival —intentó convencerla.

Su teléfono móvil sonó, pero él lo ignoró.

—No puedo permitirme pagar una habitación en Tiff's —le confesó ella—. Voy a emplear mi dinero en reparar esta casa.

—Por todos los santos, Laurel, ¡yo te pagaré la habitación si eso es lo que te preocupa!

Su teléfono sonó de nuevo. Shane quiso apagarlo, pero le pudo el sentido del deber hacia las personas que lo habían elegido.

—Tú no lo entiendes —dijo ella con cansancio.

¿Qué él no lo entendía? ¡Era ella quien tenía la cabeza enterrada en el suelo como un avestruz! Shane contestó el teléfono.

—¿Qué pasa?

—Oye, tranquilo, no mates al mensajero —le advirtió Carla—. Ha habido un robo en El Barril de Oro. El gerente acaba de avisarnos, dice que ha llegado al local y se ha encontrado la caja abierta.

Shane pensó en mandar a Tony, uno de sus ayudantes, pero recordó que libraba ese día.

—De acuerdo, ahora voy —dijo él y guardó el teléfono.

Laurel no se había movido.

—Solo estoy intentando… —comenzó él.

—Protegerme, lo sé —le cortó ella y sonrió con amargura—. Todo el mundo tiene que proteger a Laurel porque ella no es capaz de cuidar de sí misma.

—Yo no he dicho eso.

Ella enarcó las cejas.

—Tu actitud lo dice a gritos, Shane.

A Shane lo molestó el comentario, sobre todo porque sabía que era cierto.

—Tal vez necesito protegerte ahora porque antes no lo hice.

—Entonces tampoco necesité que me protegieras.

«No me pegues», había murmurado ella en la ambulancia. Las palabras acudieron como flechas de fuego a la mente de Shane.

—Y además, éramos unos niños —añadió ella.

—Tú acababas de cumplir los dieciocho, yo era mayor que tú. E, independientemente de la edad que tuviéramos, no debería haberte dejado de la forma en que lo hice.

Ella frunció los labios.

—Eso fue hace mucho tiempo.

—Es cierto, pero ¿por qué tengo la sensación de que tú no lo has olvidado, igual que yo tampoco lo he hecho?

«Y tampoco me has perdonado», pensó él.

Capítulo 7

Si fuera por Shane, cerraría El Barril de Oro. Era un lugar agradable para tomarse una cerveza y echar una partida de billar, pero todas las semanas acontecía algún incidente que requería la presencia del sheriff.

Dejó a Laurel sola, aunque no tenía ningunas ganas, con la promesa de que cancelaría el ensayo del coro de esa tarde. Luego se acercó al bar, habló con el encargado y, al llegar a su oficina, telefoneó al dueño del local, Donny Hicks. Resultó que el ladrón era su encargado.

Cuando terminó con el asunto, regresó a casa de Laurel. No esperaba encontrar ningún otro coche allí y se sorprendió al ver el de Evie.

Shane entró en la casa sin llamar y se encontró a las dos mujeres en el sofá con una bolsa de chocolatinas y una terrina de helado entre ellas.

Laurel no pareció sorprenderse de verlo allí. Pero Evie sí reaccionó. Lo miró con las cejas enarcadas.

—¿No sabes llamar a la puerta, hermano querido?

—¿Qué estás haciendo aquí?

Ella hizo un gesto hacia la comida.

—Estamos deleitándonos con algunos dulces mientras comentamos lo que vamos a hacer el Cuatro de Julio —respondió su hermana pacientemente—. ¿Y tú qué haces aquí? Casi no necesito preguntarlo: todo el pueblo comenta que ya has marcado tu territorio.

—¿Cómo? —exclamó Laurel, irguiéndose en el sofá y ruborizándose—. Eso es ridículo.

—¿Tú crees? Yo no estoy tan segura, Laurel —dijo Evie con la vista clavada en su hermano—. He venido para asegurarme de que Laurel está bien después de haber pasado la tarde en el hospital. Y

para sobornarla a ver si me ayuda con mi puesto de comida en las fiestas del Cuatro de Julio.

—No —dijo él.

—Eso es algo que tiene que decidir ella —replicó Evie con calma —. Y ha dicho que sí.

—Ella necesita descansar.

—«Ella» necesita que la gente deje de hablar como si ella no estuviera delante —intervino Laurel y clavó la cuchara en el helado como si estuviera pensando en clavársela a alguien—. Y, como te ha dicho Evie, he aceptado ayudar con el picnic. Fin de la historia.

—Laurel necesita una habitación en Tiff's —comentó él.

Evie negó con la cabeza.

—No va a poder ser. Tengo todo ocupado durante las próximas tres semanas —respondió y le lanzó una mirada picara—. Pero en tu casa tienes habitaciones libres. Claro que, a menos que hayas comprado más muebles últimamente, solo tenías una cama, la de tu dormitorio.

Shane advirtió que Laurel se sonrojaba y lo molestó que su hermana la estuviera avergonzando.

Desde el día en que Laurel había estado en su casa, él no lograba dejar de imaginársela en su cama. No necesitaba que Evie alentara más su imaginación.

—¿Donde están tus hijos?

La pregunta funcionó como él esperaba. Evie se olvidó de su alegría.

—Hoy es la tarde en que están con Charlie, pero duermen conmigo. Lo cual me recuerda que debo marcharme. Uno de mis clientes está pensando en establecerse en Lucius, Laurel. Tiene tu edad, está soltero y es muy guapo. Cambia de opinión y ven el domingo a comer, os presentaré.

Shane ignoró la mirada que su hermana le lanzó. La idea de que

ella quisiera emparejar a Laurel con otro hombre le desagradaba enormemente.

—Invita también a Stu —dijo él—. Así Laurel tendrá dónde elegir.

—Stu está detrás de Freddie Finn —replicó Laurel.

—Nunca les funcionaría. No pueden intercambiar ni cinco palabras sin discutir.

—Si tú lo dices… —dijo Laurel poco convencida.

Recogía lo que quedaba de helado y de chocolatinas y se lo tendió a Evie.

—Evie, gracias por venir.

A Laurel la había sorprendido muy gratamente la visita de la mujer. Evie la había ayudado a telefonear a los padres de los chicos del coro. Había manifestado su preocupación porque Laurel fuera a fatigarse demasiado con el festival, igual que Shane, pero de una forma mucho más agradable.

—Te veré en el ensayo del coro mañana —dijo Evie y señaló la bolsa con los dulces—. Eso guárdalo en la nevera, nos lo terminaremos otro día. Poco a poco lograremos integrarte en la vida de Lucius.

Laurel reprimió la calidez que intentó instalarse en su interior. ¿Lograría alguna vez encontrar su lugar en Lucius de nuevo? Y si lo conseguía, ¿podría hacerlo durar?

Evie se marchó. De nuevo se quedaron solos Laurel y Shane. Ella fue a la cocina y guardó los dulces en la nevera.

—¿Le sucede algo a tu cama?

—¿Y tú nunca dejas de hacer preguntas? —murmuró ella—. No, mi cama está perfectamente.

—¿Entonces por qué no duermes en ella?

—No me gusta dormir en el piso de arriba. Y sí, ya sé que eso

me hace parecer tan loca como tú crees que estoy.

—¡Maldita sea, mujer, yo no creo que estés loca!

Laurel dio un respingo, más porque él había elevado la voz que por sus palabras. Shane se pasó la mano por el pelo. Inspiró profundamente y exhaló poco a poco.

—No tienes por qué temerme.

Laurel se sintió conmocionada.

—Yo no te temo —aseguró.

Él caminó un paso hacia ella y Laurel dio un paso atrás. Shane apretó la mandíbula.

Laurel sintió que le ardían las mejillas.

—No te tengo miedo —insistió.

No estaba dispuesta a admitir que cada vez que estaba a su lado todo su cuerpo se ponía alerta.

—Yo nunca te haría daño, Laurel. Es importante que lo sepas. No pego a mujeres.

Ella se abrazó el torso.

—Nunca he dicho que lo hicieras —dijo ella y recordó el bofetón que ella le había dado—. No sé qué me pasó antes. No debería haberte abofeteado.

—Me lo merecía.

Ella sintió que las lágrimas la quemaban en los ojos. Justo cuando menos las deseaba, luchaban por salir.

—Nadie se lo merece. Da igual cuál sea la provocación, la violencia física nunca es la respuesta.

Él sonrió levemente.

—¿Es eso lo que les dices a tus alumnos? Beau estaría orgulloso

de ti, es justo lo que dice él.

—Tu padre es un hombre maravilloso. Y está orgulloso de ti —dijo ella.

—Si me quedo aquí esta noche, ¿te ayudará eso a dormir mejor?

Ella se lo quedó mirando.

—¿Eso entra dentro de las tareas del sheriff?

—No, pero no tienes muchas más opciones, Laurel. Tienes que dormir. Yo me acostaré en el sofá —dijo él y se restregó la cara con las manos.

Laurel por fin fue capaz de ver más allá de sus propios sentimientos y percibir los de él. Shane estaba agotado, tenía ojeras y los ojos rojos. Era casi medianoche y ella sabía que él llevaba trabajando desde el amanecer; había visto su coche salir por la mañana.

—Trabajas demasiado —dijo ella de pronto.

Él la miró sorprendido.

—Intentar adivinar cómo funciona tu cabeza le llevaría a un hombre toda la vida, *pajarito*.

Ningún hombre había querido pasar toda su vida con ella. Ni siquiera Martin que, aunque le tenía mucho cariño, no había querido comprometerse de por vida al proponerle matrimonio. Habían firmado un acuerdo que contemplaba que se casarían, recorrerían el mundo, disfrutarían de la vida y, si en unos años el matrimonio no marchaba bien, se separarían por las buenas, seguirían siendo amigos. Si funcionaba, seguirían juntos. Pero él había contado con que podían fracasar.

No era la propuesta que ella soñaba, pero él lo había hecho con la mejor intención, ¿cierto? Martin era un buen hombre, pero ¿por qué ella no lograba amarlo? ¿Por qué a su lado su cuerpo no se ponía alerta ni ella deseaba cosas que nunca había deseado?

—El sofá tiene un muelle salido —dijo ella de pronto—. No creo que te guste dormir ahí. Yo solo lo conseguí la primera noche.

Shane contempló el sofá pensativo mientras apretaba la mandíbula.

—Entonces dormiré en el suelo.

—Arriba hay dos dormitorios… podrías usar uno —dijo ella tímidamente.

El hecho de que ella no pudiera conciliar el sueño en el piso superior no significaba que él no pudiera hacerlo. Ni siquiera se había atrevido todavía a entrar en la habitación de su padre.

Shane no tenía ningunas ganas de dormir en la cama de Roger Runyan, lo que deseaba era compartir la cama de Laurel, pero eso no iba a suceder. Al menos de momento.

Seguramente no sucedería nunca, después de cómo la había tratado hacía años. Pero eso no le impedía desear lo imposible.

Shane subió las escaleras y se giró hacia Laurel, que seguía en el salón.

—¿Alguna vez has deseado dar marcha atrás en el tiempo, Laurel, y tomar un camino diferente al que tomaste en su momento?

Ella se abrazó de nuevo y se quedó en silencio unos momentos.

—Eso suena raro viniendo de ti.

—¿Por qué?

Ella se encogió de hombros.

—No lo sé. Es algo que nunca hubieras dicho antes.

Shane sabía que «antes» se refería a antes de que él la abandonara miserablemente. Y antes de que la madre de ella muriera.

—¿Y ahora? —preguntó él.

—Ahora eres el sheriff.

—¿Y un sheriff no puede filosofar de vez en cuando, hacerse preguntas sobre la vida y el destino?

—El único sheriff que he conocido fue el sheriff Wicks, y las únicas preguntas que hacía eran sobre el accidente de mi madre. Ni siquiera recuerdo ese momento, tengo que fiarme de lo que me dicen los demás que sucedió —dijo ella y señaló el lugar donde estaba él—. Sucedió ahí, ¿sabes?, ella se cayó desde donde estás tú.

Era el final de la escalera, el rellano justo delante de la habitación de sus padres.

—Al menos eso es lo que dicen los informes y los periódicos de entonces —añadió ella.

Shane sabía que el sheriff Wicks la había presionado para que admitiera que ella había sido testigo del accidente. Ella no había tenido ningún abogado para ayudarla durante los largos interrogatorios de Wicks, solo la intervención de Beau había logrado poner fin a esas entrevistas.

Beau había advertido que ella se encontraba en estado de Shock y necesitaba tratamiento psicológico. Al mes siguiente, Laurel ingresaba en Fernwood. Salió un año más tarde, pero ya no regresó a Lucius. En el pueblo se rumoreaba que su padre no quería verla porque se sentía culpable.

—Cuando volvió a haber elecciones a sheriff, Wicks no salió elegido —le recordó él.

—¿Por qué no logró que mi padre fuera a la cárcel?

—Después de la muerte de tu madre, la gente necesitaba que alguien pagara por ello.

Ella bajó la vista al suelo y se sentó con cuidado en la vieja mecedora.

—Yo debería haber sido capaz de demostrar que él era inocente.

—No era tu responsabilidad. Nadie te culpó por no poder corroborar los cargos contra tu padre.

—Mi padre sí me culpó por ello. Si yo hubiera defendido que fue un accidente, él no hubiera tenido que soportar que todo el mundo sospechara de él durante el resto de su vida.

—Y por eso nunca regresaste a Lucius.

—Él no me quería aquí —afirmó ella con un hilo de voz—. Me lo dejó muy claro. Todos los años me decía lo mismo: «No vuelvas a casa nunca más, Laurel».

Ella echó la cabeza hacia atrás, como buscando consuelo en algo superior.

—Es una muestra muy clara de que me culpaba de su desgracia —añadió.

Shane bajó las escaleras y se agachó junto a Laurel. Ella estaba llorando.

—Entonces fue un estúpido —le dijo suavemente—, porque no supo apreciar a la única persona que aún creía en él.

—Y tú crees que la estúpida soy yo porque lo creí a él.

Shane deseó poder negarlo, poder creer que la fe de Laurel en su padre no estaba equivocada. Le acarició el cabello con la mano. Ella entrecerró los ojos y suspiró llena de dolor. A Shane se le encogió el corazón. Deseó abrazarla y borrar todo su sufrimiento. Pero sabía que eso era imposible.

Además, a él no se le daban bien las relaciones personales. Tiempo atrás, había fallado a Laurel. Y también había fallado a su prometida, y al hijo de ésta hacía menos tiempo. ¿Por qué iba a hacerlo mejor esa vez?

—Será mejor que te vayas a dormir —gruñó—. Necesitas descansar.

—¿Tú te quedas o te marchas?

—Me acomodaré en el sofá evitando el muelle salido.

Ella frunció ligeramente los labios.

—Eres más terco de lo que recordaba —murmuró y se acurrucó en el montón de sábanas y almohadas que estaba empleando como cama.

Él apagó la luz.

Quizá había sido su imaginación pero, a pesar de que ella afirmaba que quería que la dejara sola, le pareció ver alivio en su mirada cuando él había anunciado que se quedaba con ella.

Capítulo 8

—Esto es lo último que necesito en este momento —dijo Laurel mirando fijamente a Shane—. Tenemos que marcharnos ya o perderemos el vuelo de Billings a Spokane.

Era viernes por la mañana temprano. Los miembros del coro estaban en el autobús escolar junto con tres padres que los iban a acompañar. Llevaban una semana ensayando a destajo y todos estaban deseando llegar al festival.

Solo Shane se interponía en el camino de Laurel.

—Aún no estás fuerte para esto —dijo él por centésima vez.

Laurel estaba confusa. Desde que él dormía bajo el mismo techo que ella, Laurel había logrado volver a dormir bien, pero no quería admitirlo delante de él.

Él llegaba muy tarde cada noche y se marchaba antes de que ella se despertara, pero Laurel sabía que dormía allí. Y se sentía agradecida y confusa a la vez.

Pero en aquel momento solo estaba furiosa.

—No soy una niña pequeña —protestó—. Puedo manejar a un coro de veinte chicos incluso sin la ayuda de otros tres adultos. Pero tener esta conversación a la vista de todos no va a ayudarme a la hora de establecer mi autoridad ante ellos.

—No tienes mejor aspecto que el martes cuando te desmayaste —respondió él en el mismo tono furioso.

Beau se unió a ellos.

—No puedo creer que no hayas detenido este asunto del coro, padre —le reprochó Shane.

Beau enarcó las cejas y colocó su mano sobre el hombro de Laurel. Ella agradeció aquel gesto de apoyo.

Aún estaba conmocionada por la aparición de Shane esa

mañana, a toda velocidad en su todoterreno, como si estuviera persiguiendo a algún criminal.

—¿Y por qué iba a detenerlo? —preguntó el pastor con curiosidad—. El entusiasmo de Laurel por ayudar al coro es un regalo de Dios.

—Para el coro tal vez —replicó Shane—. Pero mírala a ella, está tan tensa que va a derrumbarse en cualquier momento.

Laurel sintió que las mejillas se le encendían de rabia y de humillación.

—¡Solo porque estés durmiendo en mi casa no significa que tengas derecho a decirme lo que puedo o no puedo hacer! —exclamó.

Dio la espalda a Shane y se metió en el autobús.

—Vámonos —le ordenó al conductor.

Se produjo un silencio expectante dentro del autobús. El conductor lo puso en marcha y se dirigieron a la salida del aparcamiento de la iglesia. Laurel apartó la vista cuando pasaron junto a Beau y su hijo.

Cuando por fin se metieron en la autopista camino del aeropuerto de Billings, Laurel se relajó.

Todo iba a salir bien, se dijo, aunque ella muriera en el intento. Tenía que demostrarle a Shane que podía hacerlo.

Pero las cosas no habían empezado bien y continuaron en esa tónica.

Cuando llegaron al aeropuerto, les anunciaron que su vuelo se retrasaba una hora. Además, Laurel descubrió que se había dejado la maleta en el coche, en Lucius. Había querido huir de Shane con tanta ansiedad que se había olvidado de su propia maleta. Menos mal que la música y la carpeta con los detalles del viaje la llevaba en el bolso de mano. Ya compraría un nuevo cepillo de dientes y algo de ropa.

De pronto vio a Joey Halloran intentando meterse dentro de la máquina de rayos X. Su padre, Tom, lo detuvo. Tom y su esposa Louise Halloran, eran dos de los adultos que acompañaban al coro. Pero la mayor parte de su atención tenían que dedicarla a evitar las trastadas de su hijo.

Laurel cayó en la cuenta de que hacía un buen rato que no veía a Louise. En el autobús no tenía buena cara, pero la mujer había insistido en que era un simple mareo por el viaje. Laurel mandó a Sophie, una de las niñas mayores, a comprobar si estaba en el aseo. Al cabo de un momento, la chica le hizo señas a Laurel de que acudiera junto a ella.

Laurel se giró hacia Alan, el hijo de Evie.

—Diles a todos que se sienten aquí. Quiero oíros cantar *It's Good* —dijo.

El chico la miró poco convencido, pero asintió.

Laurel sabía que cantar era una de las pocas cosas que lograrían que los chicos se estuvieran tranquilos. Esperó un momento hasta que comprobó que hacían lo que ella había dicho y se dirigió al aseo a buscar a Louise.

Se detuvo en seco al ver al hombre alto que se acercaba hacia ella. ¿Tan poca fe tenía Shane en ella, que la había seguido desde Lucius? Sintió ganas de patalear y vociferar, pero en lugar de eso decidió ignorar a Shane y entró en el aseo. Agradeció su ayuda a Sophie y le dijo que fuera a reunirse con los demás. Luego se acercó a Louise, que estaba sentada en el suelo junto al retrete.

—Lo siento, Laurel —murmuró la mujer—. No voy a poder ir.

Laurel agarró un montón de toallas de papel, las humedeció y le limpió el rostro con ellas.

—Estás ardiendo. Debe de ser una gripe o algún tipo de virus. Así no puedes viajar, está claro.

—Tom insistirá en llevarme de vuelta a casa.

Laurel ya lo había supuesto. Esa pareja nunca se separaba. Era

una costumbre muy dulce, pero en aquel momento suponía un problema. Si Tom y Louise se retiraban, no habría suficientes adultos para acompañar al coro al festival. Y las reglas al respecto eran tajantes.

—Shane Golightly está aquí —comentó Laurel—. Quizá él podría llevarte de vuelta a casa y Tom podría quedarse con nosotros.

Louise la miró llena de dudas.

—Tom solo iba porque yo le insistí —dijo la mujer, tomó aire y exhaló lentamente—. A Joey no le va a gustar el cambio de planes. Lleva toda la semana portándose bien para poder ir al viaje.

—¿Crees que puedes levantarte? —le preguntó Laurel.

—Te aseguro que Tom no va a entrar a sacarme de aquí —contestó Louise y se apoyó en Laurel para ponerse en pie.

Se lavó la cara y salieron del aseo.

—Escúchalos, están cantando —comentó la mujer—. Suenan como los ángeles.

En cuanto Tom vio a su esposa acudió presuroso a su lado. Laurel los dejó juntos y se acercó al coro. Hubiera querido creer que la música había logrado mantener el orden entre los chicos, pero su actitud se debía más bien a la presencia del sheriff.

Laurel llegó junto a él.

—No tenías por qué seguirnos desde Lucius —dijo intentando no sonar nerviosa, sin conseguirlo—. Pero ya que estás aquí, puedes hacer algo bueno. Necesitamos un adulto acompañante, y has sido elegido para el puesto.

Él pareció sorprenderse con la proposición. La miró con los ojos entrecerrados.

—¿Y cuándo ha sido la votación?

—En este momento, y solo hace falta un voto, el mío —respondió ella.

Miró hacia el matrimonio. Louise había entrado de nuevo al aseo. Tom tenía cara de preocupación.

—Louise está enferma y no puede venir, y Tom no se apartará de su lado. Así que necesito un adulto acompañante más para poder hacer el viaje —dijo, lo agarró del brazo y lo alejó del coro—. Si te niegas, estos chicos se perderán el festival. ¿Quieres que eso se quede en tu conciencia para siempre, Shane? Tienes ayudantes, puedes delegar en ellos unos días, ¿no? Ven con nosotros y además podrás recrearte en ese perverso placer que pareces encontrar en vigilarme día y noche.

Él la miró y luego miró al coro.

—Sería más fácil cancelar todo el asunto.

Ella se cruzó de brazos y lo miró con severidad.

—¿Crees que es mejor cancelarlo que darles a los chicos la oportunidad de experimentar un viaje como éste? Cuando yo tenía once años, fui al festival de Spokane. Nunca olvidaré la experiencia. Había decenas de coros. Competíamos, es cierto, pero había camaradería entre todos los participantes. Es una oportunidad que no tienen normalmente los chicos de Lucius —dijo ella y le apretó el brazo—. Por favor, hazlo… Al menos por Alan, tu sobrino, si es que no encuentras otras razones.

El coro había cantado tres veces el himno *It's Good* y habían decidido de común acuerdo cambiar de canción. La melodía del *Ave María* comenzaban a congregar a público alrededor de los cantores.

—No se me dan bien los niños.

Ella resopló.

—Míralos, Shane, son unos chicos maravillosos. Quizá has venido para vigilarme, pero estás aquí y te necesitamos.

Él la miró fijamente.

—No he venido para vigilarte —dijo al cabo de unos instantes—. Toma, supuse que la necesitarías.

Ella observó su maleta atónita.

—¿Has venido hasta aquí para traerme mi maleta?

Él la dejó junto a las demás del grupo.

—De nada.

Laurel se mordió el labio inferior.

Se creó un incómodo silencio entre los dos.

A Shane no le hacía gracia la idea de abandonar Lucius durante tres días. Pero no podía resistirse a los ruegos de ella.

—De acuerdo —dijo él y la vio sonreír ampliamente—. Pero quizá no consiga pasaje con tan poco tiempo.

—No lo sabremos hasta que no lo intentemos —dijo ella mientras tiraba de él hacia el mostrador de la línea aérea.

Él reprimió una sonrisa y la siguió.

—Sabía que todo saldría bien —dijo Laurel siete horas después.

El coro se había inscrito en el festival, habían asistido a una ceremonia de bienvenida y en ese momento estaban sentados en una pizzería cercana al hotel.

Shane contempló al grupo. Todos daban muestras de estar agotados. Había doce chicas y ocho chicos de edades entre once y catorce años y parecían muy unidos. De hecho, eran un grupo interesante, pensó. Y, aunque Laurel se había incorporado la última, estaba claro que era la que mandaba. Con su cuaderno de notas, la agenda con todo planificado y los papeles por si necesitaban asistencia médica, parecía sentirse de lo más a gusto.

Shane no sabía por qué le sorprendía tanto verla en acción. Sabía que ella era una mujer adulta, que se había hecho su lugar en la vida. Pero comprobarlo con sus propios ojos le resultaba sorprendente.

La pregunta era, ¿por qué lo sorprendía tanto?

Seguía sin saber la respuesta cuando Laurel urgió a todos a terminar de comer mientras ella pagaba la cuenta. Shane creía que, siendo veinte niños y cuatro adultos, sería un caos. Pero no fue así, ni tampoco lo fue el camino hasta el hotel.

Una vez en el vestíbulo, Laurel comenzó a repartir las llaves de las habitaciones a los adultos.

—Todas las habitaciones estás comunicadas —les recordó—. Podéis visitaros hasta las diez de la noche. A esa hora será mejor que cada uno esté en su habitación, u os las veréis conmigo.

Nadie se atrevió a protestar. Ni siquiera Shane.

Ella le rozó la mano cuando le entregó la llave.

—Estás en una suite de dos habitaciones —explicó ella—. Vas a tener a los ocho chicos a tu cargo. No es lo ideal, pero es lo que hay.

—Sobreviviré —dijo él irónicamente.

Ella sonrió tímidamente y se giró hacia el grupo.

—Muy bien, escuchadme todos. A las diez, apagaremos las luces. El desayuno es a las seis de la mañana —anunció e ignoró las protestas—. Tenemos que estar en el auditorio a las ocho. Si tengo que despertar a alguno de vosotros, os aseguro que lo lamentará. ¿De acuerdo? Muy bien, pues a los ascensores entonces. Buenas noches.

Los chicos parecían haber aprendido que cada uno tenía que ocuparse de sus cosas. Agarraron sus maletas y mochilas y se dirigieron en masa a los ascensores.

Shane se quedó junto a Laurel y esperó hasta que el resto del grupo se alejó.

—¿De qué forma voy a lamentarlo? Me refiero a si tienes que despertarme tú por la mañana.

Laurel se ruborizó.

—Me aseguraré de que te sientas al lado de Joey en todos los autobuses y aviones que tomemos hasta que regresemos a Lucius —contestó remilgadamente y luego agarró su maleta y se dirigió a los ascensores.

Shane soltó una carcajada y la siguió. Sin duda, lo lamentaría si se quedaba dormido.

Subieron a sus habitaciones en tandas. Shane dejó a los chicos explorar la suite y repartirse las camas. Algunas chicas pasaron a visitarlos y, poco antes de las diez, regresaron a su habitación. Entonces Shane comprobó que todos los chicos estaban listos para dormir. Dio las buenas noches a su sobrino y apagó las luces de los dos dormitorios. Hubo voces y risas durante un momento, pero enseguida cesaron.

Entonces Shane se peinó el pelo con las manos y se restregó la cara. Le había llevado su maleta a Laurel, pero él no tenía nada: ni ropa para cambiarse, ni máquina de afeitar, ni cepillo de dientes. Al menos por los dos últimos no tendría que preocuparse, el hotel los regalaba.

Se quitó la camisa y la dejó sobre una de las sillas del salón de la suite. Luego ahuecó las dos almohadas que había sacado de uno de los dormitorios y las colocó en un extremo del sofá. Se quitó las botas y se tumbó.

El sofá era mucho más cómodo que el de casa de Laurel. Shane suspiró y se acomodó.

De pronto, oyó que llamaban suavemente a la puerta. A la puerta que daba al pasillo.

Se levantó trabajosamente y miró por la mirilla. Era Laurel. Abrió la puerta inmediatamente.

—¿Qué problema hay?

Ella frunció los labios ligeramente.

—¿Por qué siempre tiene que haber un problema?

—Son más de las diez. ¿No se supone que tienes que estar

vigilando a tus chicas?

—Creen que estoy revisando el resto de las habitaciones —respondió ella sonrojándose y le tendió una bolsa de plástico—. Esto es para ti. He tenido que adivinar tu talla, pero espero que todo te esté bien. Si no, la tienda del hotel abre mañana a las diez, puedes cambiar lo que necesites.

Él metió la mano en la bolsa. Contenía ropa.

—¿Qué es?

Ella se tiró del lóbulo de la oreja y desvió la mirada.

—Dos pares de pantalones de chándal y algunas camisetas. No es mucho, pero seguramente será mejor que quedarte con la misma ropa todo el fin de semana.

—No deberías haberte gastado el dinero en mí.

—No lo he hecho. Ha salido del presupuesto del viaje, el mismo que ha pagado la cena —respondió ella.

Se humedeció los labios y lo miró. Fue una mirada rápida, pero suficiente para encenderlo de deseo.

—Te estoy muy agradecida, Shane —continuó ella—. Sé que era mucho pedir. Y no tenías por qué acceder a venir.

La profesora responsable y organizadora se había desvanecido. Solo quedaba una mujer de ojos castaños vestida con un pijama azul marino que le recordaba a Shane a la chica a la que le había hecho el amor en el granero.

Ella pareció leer sus pensamientos. Apretó la mandíbula.

—Debo regresar a mi habitación —dijo ella y se balanceó sobre sus pies pero no se movió del lugar.

Shane advirtió que estaba descalza. Maldición. Llevaba varias noches durmiendo bajo el mismo techo que ella, pero había logrado evitar verla en pijama o atuendos demasiado íntimos.

Él tenía treinta y cinco años, había visto pies femeninos

descalzos antes; había visto a Laurel descalza antes. ¿Por qué entonces en ese momento acudía a su mente la imagen de Laurel descalza lanzándose a sus brazos?

—Quería decirte que mañana no tienes por qué quedarte todo el día con el grupo. Una vez que estemos en el auditorio, puedes darte una vuelta o hacer lo que quieras.

—Lo sé, Jana y Katy van a ir de compras. Que las disfruten.

Jana y Katy eran las otras dos acompañantes del coro. Laurel sonrió levemente.

—Como prefieras. Solo quería que lo supieras. No tienes que estar todo el rato pendiente del coro. Los adultos acompañantes solo son imprescindibles en los desplazamientos y por las noches.

Shane se preguntó qué llevaría ella debajo de aquel pijama que parecía tan suave. Y le pareció que no mucho.

—Será mejor que termines tu ronda —comentó.

Tenía que hacer que se marchara de allí, o no podría evitar abrazarla.

—Tienes razón —dijo ella y se dio media vuelta—. No lo olvides, el desayuno es a las seis.

—No lo olvidaré.

Ella sonrió y en la mejilla le apareció un hoyuelo.

—Eso. Olvidar es mi don.

Él la agarró de la muñeca. Sintió que el pulso se le aceleraba.

—No, *pajarito*. Tú don es algo mucho más complicado.

Y, sin poder contenerse un instante más, la besó. Cuando se separaron, ella se tambaleó ligeramente.

—Vete ya —le dijo él.

Ella se humedeció los labios y dudó, y Shane creyó que iba a

estallar de deseo.

Entonces ella asintió, se dio media vuelta y se alejó hacia su habitación. Shane la observó abrir torpemente la puerta de su habitación y entrar en ella.

Shane inspiró hondo y exhaló lentamente. Y luego entró en su habitación y cerró la puerta.

Iba a ser un fin de semana muy largo.

Capítulo 9

—¿Por qué dijiste que no se te daban bien los niños?

Era domingo y estaban en el vuelo de vuelta a casa. Al principio del viaje, Shane había creído que los niños armaban mucho escándalo, pero descubrió que no había sido nada comparado con el que estaban montando en ese momento. Habían ganado el tercer puesto en el concurso, pero estaban tan felices como si hubieran quedado los primeros.

—¿Shane? —insistió Laurel.

Él se encogió de hombros. No quería recordar su experiencia de casi haberse convertido en padre en el pasado. Denise tenía un hijo de siete años que lo detestaba. A pesar de sus esfuerzos por cambiar las cosas, el rechazo había terminado siendo mutuo.

—No tengo mucho trato con ellos —respondió por fin—. Y cuando lo hago, es porque alguno tiene problemas con la ley.

—Los hijos de Evie te adoran.

Él se encogió de hombros.

—A Julie le gusta ir a mi casa porque puede deslizarse en calcetines por el suelo. Se llevan mejor con Stu. Él se parece más a nuestro padre, es más amigable.

Laurel sacudió la cabeza y resopló.

—No me vengas con ésas. Tú eres clavado a tu padre.

A él nunca se lo había parecido, ni siquiera cuando estaba preparándose para ser predicador.

—Beau tiene un don con las personas. Yo las intimido.

—¿Y eso te preocupa?

—La verdad es que no —respondió él y sonrió levemente—. Es muy útil cuando uno es sheriff.

Laurel asintió y se concentró en mirar por la ventanilla. El comandante anunció que comenzaban el descenso hacia Billings.

—Mi padre va a querer que seas la directora permanente del coro. Los has ayudado a ganar el tercer puesto.

Ella negó con la cabeza.

—Nancy Thayer tendrá mucho que decir al respecto cuando regrese de su luna de miel. Ella es la que ha trabajado todo el año con el coro. Yo solo me he asegurado de que cumplían los requisitos para competir.

—Nancy ha llevado al coro al festival durante tres años. Este es el primero que regresan con algún premio. Créeme, tanto los padres como los hijos van a querer que tú dirijas el coro.

—¡Pero yo no quiero nada de eso! —exclamó ella con vehemencia.

Shane sintió curiosidad ante su apasionamiento.

—¿Por qué no?

—Ni siquiera sé si voy a quedarme en Lucius cuando haya arreglado la casa de mi padre —respondió ella encogiéndose de hombros y miró de nuevo por la ventanilla.

El entierro de Roger Runyan había sido hacía apenas una semana, pero Shane se había acostumbrado rápidamente a la idea de que Laurel se quedaría en Lucius para siempre.

—El colegio en el que das clase en Colorado te espera, ¿no?

Ella murmuró algo, pero entre que habló hacia la ventanilla y el ruido de los motores, Shane no entendió lo que decía.

Laurel tenía el brazo sobre el reposabrazos que había entre los dos. Shane colocó su mano sobre la de ella y la vio casi dar un respingo al notar su contacto, pero no la retiró hasta que ella se giró hacia él.

—Ya no tengo ningún empleo allí —dijo ella—. Lo dejé porque

iba a casarme con Martin y a recorrer el mundo.

A Shane no le gustaba la idea de que ella hubiera estado tan cerca de casarse con otro hombre.

—Entonces no hay razón para que no te quedes en Lucius —comentó.

Ella no dijo nada, solo retiró la mano de debajo de la de él e hizo como que buscaba algo en su bolso de mano, que estaba debajo del asiento de delante. Luego se concentró de nuevo en la vista desde la ventanilla mientras iniciaban el aterrizaje.

Pero no veía nada, Shane absorbía toda su atención.

El día anterior, mientras el coro participaba en el festival, él no se había apartado de su lado. Se había puesto una ridícula camiseta de promoción de Spokane que ella le había comprado en la tienda del hotel, aunque en él no parecía nada ridícula por la forma en que resaltaba su poderoso torso.

Ella no sabía si se había quedado con ella porque temía que volviera a desmayarse de agotamiento, pero no le importaba. El hecho era que gracias a que había decidido acompañar al grupo, los chicos habían podido hacer el viaje. En cuanto llegaran a Lucius, todo volvería a la normalidad.

Aunque ella ya no sabía qué era la normalidad para ella.

El avión aterrizó, recogieron su equipaje y se metieron en el autobús rumbo a Lucius. Cuando llegaron al aparcamiento de la parroquia, la mayoría de los chicos estaban dormidos. Los padres les dieron la bienvenida, entre ellos Tom y Louise Halloran, que ya tenía mejor aspecto, y Evie. Shane, Jana y Kay ayudaron a cada cual a encontrar su maleta mientras Laurel se despedía del conductor del autobús.

El sol estaba poniéndose en el horizonte.

Evie se acercó entusiasmada a Laurel y la tomó de las manos.

—Alan me llamó desde el teléfono móvil de Joey. ¡Habéis logrado el tercer puesto! Cómo me hubiera gustado ir con vosotros. Dime que has hecho muchas fotos.

Laurel asintió y rio cuando la mujer le dio un fuerte abrazo. Fue el primero de una larga serie. Parecía que todas las madres querían felicitarla de aquella forma. Para cuando se marchó el último de los niños, Laurel se sentía exhausta.

Solo quedaban Shane y ella en el aparcamiento.

—Ya te lo he dicho —le dijo Shane ayudándola a meter la maleta en su coche—. Van a querer que seas la directora permanente del coro. Evie ya está movilizando a los demás padres. Y no se detendrá hasta conseguir lo que quiere.

Laurel se subió a su coche.

—Espero que sea incansable, va a necesitarlo.

Él se apoyó en la puerta antes de que ella la cerrara.

—Y hablando de descanso, ¿dónde vas a dormir esta noche?

«En casa de mi padre, y yo sola, tristemente», pensó ella y se ruborizó.

—En casa de mi padre —dijo en voz alta—. Pero no tienes que vigilarme esta noche, estaré bien. Has estado conmigo todo el fin de semana, seguro que te he demostrado que puedo arreglármelas sola, que soy competente.

—Esto no tiene nada que ver con ser competente.

—Lo dice un hombre que nunca ha estado en la consulta de un psiquiatra —dijo ella y se dio cuenta de que estaba agarrando el volante como su tabla de salvación.

Relajó las manos, cerró la puerta del coche y puso el motor en marcha.

—Buenas noches, Shane. Y gracias de nuevo por tu ayuda —añadió y se marchó antes de que él pudiera decir nada.

La sorprendió que él no la siguiera con su todoterreno. «Solo estoy sorprendida, no desilusionada», se repitió varias veces.

La casa estaba más limpia y ordenada que la primera vez que había entrado en ella, pero aun así le pareció agobiante. No quería quedarse allí, así que se cambió de ropa y fue al cementerio a visitar la tumba de su abuela. Luego compró algo de comer, regresó a casa y se preparó la cena. Cuando hubo recogido todo, se tumbó en la cama que se había preparado en el suelo del salón.

No necesitaba a Shane para poder dormir.

Pero, mientras esperaba a que le llegara el sueño, tuvo que reconocer que lo echaba de menos.

* * *

Después de haber estado fuera todo el fin de semana, Shane planeaba ponerse al día con el trabajo el lunes. Decidió comer en casa.

Se había propuesto no detenerse en la casa Runyan, pero al pasar por delante y ver el coche de Evie aparcado allí, sintió curiosidad.

Laurel estaba en el exterior de la casa rodeada de materiales para pintar la casa y hablaba con Evie. Tenía manchas de pintura en los brazos y llevaba una gorra de la tienda de bricolaje.

Shane aparcó su coche junto al de su hermana y observó unos instantes a las dos mujeres. Sabía que lo habían visto llegar y le agradó que Laurel mantuviera la sonrisa.

Era una mujer preciosa.

Shane miró la carpeta que había estado estudiando casi todo el día. Se conocía el archivo de Roger Runyan al dedillo porque lo había leído miles de veces, pero quería repasarlo de nuevo. Lo dejó sobre el asiento del copiloto, lo tapó con el sombrero y se bajó del coche.

Las mujeres lo saludaron.

—¿Ya te has cansado de pintarte los brazos? —preguntó él con una sonrisa.

Laurel se miró el cuerpo.

—Lo sé, estoy hecha una pena. Pero creo que el color vainilla va a ser un buen cambio respecto del blanco que hay ahora.

«¿Para qué perder tiempo y dinero en pintar una casa que debería demolerse?», pensó Shane. Pero no deseaba discutir con ella.

—Es un color agradable —dijo.

—Viniendo de él, es un gran cumplido —comentó Evie.

Comenzó a sonar un teléfono móvil y Evie sacó el aparato de su bolso.

—Disculpadme —dijo y se alejó para responder la llamada.

Shane observó a Laurel remover con esfuerzo la pintura dentro del enorme cubo. Tuvo que contenerse para no recordarle que la última vez que había realizado trabajo físico se había desmayado de agotamiento y deshidratación.

—¿Tienes pensado trabajar mucho hoy?

Ella se encogió de hombros.

—Tanto como pueda. Aún quedan varias horas de luz, así que… —contestó ella sin apartar la mirada de la pintura.

—¿Por qué has decidido empezar pintando el exterior?

—Tenía que comenzar por algún lado —respondió ella.

Dejó la varilla de remover e intentó levantar el cubo del suelo para verter la pintura en otro recipiente más pequeño. Él le apartó las manos y agarró el cubo.

—Seguro que lo tiras todo fuera —le dijo él y vertió limpiamente parte de la pintura en la cubeta.

—Eres un arrogante —murmuró ella, pero agradeció la ayuda—. Si tantas ganas tienes de aleccionarme sobre cómo se pinta, agarra

una brocha.

Había cierto desafío en su voz. Shane se preguntó si ella sería consciente de eso.

Entonces vio el brillo en los ojos de ella cuando agarró la cubeta y la llevó al porche.

Claro que ella era consciente. Sabía que él pensaba que estaba desperdiciando su energía y su dinero en rehabilitar la casa.

Evie se acercó a ellos.

—Era el arquitecto al que consulté para ampliar Tiff's —anunció—. Iba a bajar al pueblo mañana, pero al final se ha pasado hoy y está esperándome. Dice que solo tiene una hora antes de regresar a Billings. Shane, odio tener que pedírtelo, pero ¿puedes cuidar a mi prole un rato? Están dentro de casa de Laurel. Este hombre siempre está ocupadísimo y no quiero perder la oportunidad de hablar con él.

—Pueden quedarse aquí aunque Shane no pueda vigilarlos —ofreció Laurel—. La mano de obra siempre es bienvenida.

Trevor asomó la cara por la puerta principal. Había estado escuchando la conversación.

—Quiero pintar —dijo.

—Yo también —comentó Alan apareciendo detrás de su hermano pequeño.

—No sabes en lo que te estás metiendo —le advirtió Evie a Laurel.

—He sobrevivido al festival, ¿no? Podré también con esto.

Evie rio y asintió.

—De acuerdo. Alan, asegúrate de que tu hermano se porta bien. Y no te preocupes por Julie, seguramente no se acercará a la pintura, es algo demasiado pringoso para ella —dijo Evie entrando en su coche—. No tardaré mucho, lo prometo.

Se alejó saludando con la mano por la ventanilla.

Laurel miró a Alan.

—¿De verdad quieres pintar?

Él asintió.

—De acuerdo, pero vas a necesitar algo que te cubra la ropa, no creo que a tu madre le guste encontrarte tan manchado como yo cuando regrese —comentó Laurel.

Miró a Shane un instante y entró en la casa. Trevor los siguió, diciendo que él también quería algo para cubrirse la ropa.

Shane contempló la casa. ¿Cuántas veces había imaginado que la demolía? ¿Cuántas veces había deseado que llegara el día en que no quedara rastro del lugar donde Laurel había sufrido tanto?

Maldijo en voz baja, se subió a su coche y pisó el acelerador tan a fondo que salió desempedrando.

Laurel lo vio marcharse desde la ventana de su dormitorio. Parecía como si se lo llevaran los demonios. Se sintió enormemente desilusionada, pero se obligó a sonreír ante los dos chicos que la miraban expectantes.

Julie estaba en el sofá del salón hojeando una revista de bricolaje. Laurel no comprendía cómo podía interesarle, pero la dejó tranquila.

—Muy bien, caballero, aquí tienes —le dijo a Trevor dándole una de sus camisas viejas—. Y tú, Alan, necesitas algo más grande.

Tragó saliva y se dirigió hacia las escaleras. Los dos chicos la siguieron entusiasmados.

Laurel sintió que el corazón se le aceleraba al acercarse al dormitorio de sus padres. Casi sin aliento, giró el picaporte y abrió la puerta.

No salió ningún fantasma volando. Tampoco la asaltaron los recuerdos. Tan solo encontró una habitación deshabitada.

—Señorita Runyan, ¿está bien? —preguntó Alan devolviéndola a la realidad.

—Llámame Laurel —le dijo ella girándose hacia él.

Entró en la habitación y se dirigió al armario sin mirar hacia ningún otro lado. Sacó la primera camisa que encontró, se giró para salir y entonces se detuvo en seco: los chicos la habían seguido al dormitorio.

Trevor estaba sentado en la cama comprobando su firmeza y Alan estudiaba el aparador que había junto a la puerta.

—¡Tienes aún más fotos que mi madre! —exclamó el chico.

Laurel se apresuró a salir de la habitación sin fijarse nada más que en la gran cantidad de fotos a las que Alan se refería.

—Salgamos, la pintura nos espera.

Alan y Trevor se pusieron las camisas protectoras. Laurel se detuvo junto a Julie.

—¿Seguro que no quieres venir con nosotros? No hace falta que pintes.

—Gracias, prefiero quedarme aquí —contestó la niña tímidamente.

—Muy bien, pero si cambias de opinión, estamos fuera, ¿de acuerdo? —le dijo.

Luego salió y organizó el trabajo como si fuera una experimentada pintora de brocha gorda, cuando lo único que había pintado en su vida eran los trabajos manuales del colegio.

—¿Adonde ha ido el tío Shane? —preguntó Alan después de estar pintando durante un rato.

Laurel sacudió la cabeza, decidida a ignorar el vacío de su interior. Había sobrevivido a entrar y salir del dormitorio de sus padres. Podía sobrevivir al hecho de que Shane se hubiera marchado.

—No lo sé. Seguramente tenía cosas que hacer.

Terminaron de pintar la parte frontal de la casa antes de lo que ella creía. Se acercó al cubo de pintura para sacar más, pero todavía pesaba demasiado. Lamentó que Shane no estuviera cerca. «Más vale maña que fuerza», pensó mientras se dirigía a la cocina a por un cuenco.

Iba a salir de la casa cuando Julie se acercó a ella.

—¿Señorita Runyan?

Laurel se detuvo.

—Llámame Laurel.

—Pintar mancha.

Laurel se miró el cuerpo y la ropa.

—En mi caso, es cierto. Pero la ropa irá a la lavadora y yo a la ducha y quedaremos limpios. ¿Seguro que no quieres intentarlo? Te daré una camisa que te tapará desde el cuello hasta los pies. Incluso puedo darte unos guantes de plástico si no quieres mancharte las manos.

La niña dudó y al fin asintió.

Laurel sonrió.

—Enseguida vuelvo.

Subió las escaleras de nuevo y no se permitió dudar a las puertas del dormitorio de sus padres. Sacó otra camisa y se miró en el espejo del aparador. Estaba hecha un desastre, no le extrañaba que la niña creyera que pintar era una pringue.

Entonces se fijó en las fotos. Había docenas y docenas, cada una con su marco. Sintió que se le encogía el estómago. Todas eran fotos suyas: en la guardería, en el instituto, en cumpleaños y Navidades, con su abuela, en su graduación…

Se acercó un poco más.

¡Había una foto de su graduación en la universidad! A pesar de que tenía las manos sucias de pintura, agarró la foto. No había duda, era ella con sus compañeros de universidad antes de la ceremonia de fin de carrera. ¿Cómo demonios tenía su padre esa foto si él no había estado allí?

¿Y por qué la guardaba?

—¿Estás bien?

Laurel levantó la vista de la fotografía.

Shane la miraba desde la puerta del dormitorio. Llevaba una camiseta desgastada por el uso y unos vaqueros gastadísimos.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó ella.

—Julie me ha dicho que estabas aquí —respondió él—. Pero creo que es más importante qué haces tú aquí. Has entrado en la habitación.

Ella frunció los labios un instante.

—He venido a por camisas para que los niños se protegieran la ropa al pintar.

Él, que no perdía detalle, la miró cálidamente.

—¿Estás bien?

Laurel no estaba muy segura.

—Él tenía esto —dijo y le tendió la fotografía temblando.

Shane agarró la foto con una mano y con la otra asió la mano de Laurel.

—Es tu graduación… pero no la del instituto. ¿Es la de la carrera? —preguntó él y apretó su mano suavemente.

Laurel asintió. Sentía el apoyo de él y a la vez estaba a punto de echarse a llorar.

Él acarició la foto con el pulgar.

—Eras la estudiante más guapa que he visto nunca.

Era lo último que ella esperaba oírlo decir. Soltó una carcajada y acto seguido empezó a llorar.

—Pequeña, no llores.

Ella sacudió la cabeza, pero no podía dejar de llorar.

—¿Cómo consiguió esa fotografía? Él no estaba allí, ¡nunca estuvo allí!

Él la abrazó. Era fuerte y acogedor. Le acarició el cuello, los hombros, la espalda.

—Cariño… O bien sí que estuvo allí o mandó a alguien en su lugar. Y se preocupó de conservar la fotografía. Por lo que parece, conservó muchas fotos.

Ella se abrazó fuertemente a él, respiró hondo e intentó recomponerse.

—No logro comprenderlo —dijo y se enjugó las lágrimas—. Lo siento.

Él se apartó ligeramente. Acercó su mano a la mejilla de ella y Laurel creyó que perdía todo el control que había recuperado.

Él le hizo elevar el rostro y la miró a los ojos. Laurel tragó saliva.

—A veces las cosas no pueden comprenderse —murmuró él—, solo aceptarse.

Laurel sintió que se perdía en su mirada.

—Como la fe —susurró, apenas audible.

—Como la fe… o el amor.

Se contemplaron unos instantes y entonces él la besó en la frente y luego en las sienes. Laurel comenzó a temblar. Respiró hondo y pronunció su nombre.

Y entonces él la besó en los labios.

Las risitas los sacaron del hechizo de su beso.

Shane esperó a que Laurel se separara de él y la observó parpadear satisfecha.

—Tenemos público —comentó él.

Laurel se ruborizó y se separó de él. Recogió la camisa que se le había caído de las manos y miró a Julie que, junto con sus hermanos, observaba la escena atentamente y soltaba risitas.

—Aquí tienes —dijo Laurel ofreciéndole la camisa a la niña.

—Necesitamos más pintura —dijo Alan.

—Por supuesto —respondió Laurel dirigiéndose a las escaleras.

Él tardó un poco en unirse a ellos. Pero cuando lo hizo y se puso a pintar una casa que él creía que no se lo merecía, sintió algo en su interior que hacía mucho tiempo no sentía.

Se sintió feliz.

Capítulo 10

Evie telefoneó a Shane diciendo que se iba a retrasar. A él no le importó. Los niños estaban pasándoselo bien y Laurel tenía una sonrisa permanente en la cara.

También la había oído cantar para sí mientras pintaba. Ni siquiera en el festival había cantado una sola nota, así que a Shane le pareció una buena señal.

Le aseguró a Evie que los niños estaban bien y regresó a la parte trasera de la casa, donde estaba Laurel rodeada de los niños. La visión se le quedó grabada a Shane. Conocía a Laurel en su faceta de profesora, pero aquella estampa parecía… maternal.

¿Por qué le resultaba una visión tan atractiva? Cuando había estado comprometido con Denise, el hijo de ella solo había sido un obstáculo entre ellos dos.

—¿Qué te parece? —le preguntó ella a voces, señalando la pared recién pintada—. Aún quedan los aleros y las molduras, y creo que los voy a pintar de verde oscuro.

Él asintió pero apenas prestó atención a la casa.

—Creo que es la hora de una pizza. ¿A vosotros qué os parece, chicos?

Los niños asintieron. Alan estaba pintando la parte del sótano. Julie estaba limpiándose restos de pintura de las piernas con la manguera. Trevor se había aburrido de pintar la casa y estaba jugando con el barro.

Laurel pareció conmocionada.

—¡En qué estaré pensando! Debería haber preparado unos bocadillos.

—Cierto, señorita Runyan —dijo Shane con una mirada traviesa —. A mí me parece que usted quiere hacer pasar hambre a sus trabajadores.

Se acercó a ella por la espalda y la besó en la nuca. Laurel dio un respingo y los niños ahogaron unas risitas.

—Tienes pintura en la oreja —le dijo él al oído.

Ella lo miró por encima del hombro.

—Te crees superior porque no estás tan manchado como nosotros —dijo ella y sonrió maliciosamente—. Todavía…

Y sin darle tiempo a escapar, Laurel se giró y le pasó la brocha sobre la camisa.

—Vaya, Laurel te has metido en un lío —comentó Alan.

—Julie, dame la manguera —dijo Shane.

Laurel lo miró sorprendida, pero tenía los ojos brillantes y sonreía.

—No te atreverás…

—A lo mejor solo quiero beber un poco de agua.

—Ya, y yo soy la reina de Inglaterra.

Él agarró la manguera, se inclinó para beber y de pronto se irguió y dirigió la manguera hacia el rostro de Laurel. Ella gritó, rio y salió corriendo para intentar evitar el chorro de agua.

—¡Este no es modo de comportarse de un sheriff! —exclamó entre risas.

Los niños también reían y gritaban. Shane no sabía si querían proteger a Laurel o que los mojara a ellos también, así que decidió rociarles a ellos. Laurel se tiró entonces a sus piernas para intentar derribarlo pero, después de tambalearse ligeramente, Shane recuperó el equilibrio.

—Buen intento, *pajarito* —dijo él y la agarró y se la colocó sobre el hombro.

Ella movió las piernas intentando bajarse, pero él la sujetaba fuertemente. Los niños se reían tan fuerte que tuvieron que sentarse

en el suelo.

—Lo pagarás caro, Shane —le advirtió ella sin parar de reír cuando lo vio agarrar la manguera de nuevo—. Esto vas a lamentarlo.

¿Lamentar el verla reír?

—No lo creo —replicó él y dirigió la manguera hacia su estómago.

Ella rio y pataleó con tanta fuerza que los dos acabaron en el suelo y empapados de agua.

—¡A por ellos! —gritó Alan y se tiró encima de ellos.

Su hermano lo imitó. Shane rio y protegió a Laurel lo más que pudo del envite.

—Estás chiflado —dijo ella riendo.

—¿Vas a besarla de nuevo? —le preguntó Julie a Shane.

Él se encontró con la mirada de Laurel.

—Aún no.

Él tenía una mano sobre la cintura desnuda de ella. La acarició un instante y vio que las pupilas de ella se dilataban. Luego la soltó.

—El que termine de limpiarse primero elige la pizza —anunció.

Los niños salieron corriendo hacia el interior de la casa.

Shane agarró a Laurel de la mano, la ayudó a ponerse en pie y le dio un beso rápido en la boca.

—Será mejor que te asegures de que Trevor no gana la carrera —le dijo empujándola hacia la casa—. Es el único al que le gustan las anchoas.

Ella echó a andar y se giró hacia él con una sonrisa.

—Quizá me asegure de que sí gane —comentó—. A mí también

me gustan las anchoas.

Julie ganó la carrera y la pizza fue de *pepperoni* y champiñones.

Evie llegó cuando estaban terminando. Se llevó a los niños y la casa se quedó en silencio.

Laurel y Shane se quedaron solos.

Laurel se levantó y recogió rápidamente los platos y servilletas de papel. Luego se dio cuenta de que había sido demasiado rápida y que no sabía en qué ocuparse para disimular los nervios de estar a solas con él.

Entonces sonó el teléfono y ella dio un respingo. Vio que Shane sonreía de medio lado y quiso que se la tragara la tierra. Tenía treinta años, ¿por qué estaba tan nerviosa?

—¿Diga? —saludó al descolgar el teléfono.

—¿Señorita Runyan? Soy Marian Smythe, miembro de la junta de educación de Lucius. ¿Puedo hablar con usted un momento?

Laurel parpadeó sorprendida y miró a Shane.

—Claro, señora Smythe. ¿En qué puedo ayudarla?

—Creo que usted está al corriente de que necesitamos profesores. El reverendo Golightly nos ha mencionado su nombre. ¿Querría usted reunirse con la junta de educación esta semana? Queremos ofrecerle un puesto de maestra.

—Me encantaría reunirme con ustedes —contestó Laurel—. Pero aún no he decidido si voy a quedarme o no en el pueblo.

—La comprendo —respondió la señora Smythe—. El pastor nos lo había avisado, pero espero que seamos capaces de convencerla de que se quede con nosotros. ¿Le parece bien pasado mañana? A las diez en la biblioteca de la escuela primaria.

—Muy bien, hasta entonces —se despidió Laurel y se quedó mirando el teléfono pensativa.

Shane, que había salido al porche durante la conversación, se acercó a ella.

—Toma, tu correo estaba en la mecedora del porche.

Laurel echó una ojeada a los sobres. Dos eran para «el propietario de la casa» y otro para ella. Ese era de Martin. Laurel sintió el peso de la mirada de Shane sobre ella y dejó el correo a un lado.

—Seguramente te pedirá que vuelvas con él.

Laurel debería haber supuesto que Shane habría revisado su correo.

—No, él no haría eso. Comprendió perfectamente que yo no podía casarme con él.

—Entonces es estúpido.

—Primero dijiste que era un santo, ahora que es un estúpido. Pues para que lo sepas, ojalá yo… —comenzó ella, pero se detuvo.

—¿Ojalá tú qué? ¿Ojalá te hubieras casado con él?

Ella levantó las manos y las dejó caer a los costados.

—No, no pude… Bueno, no importa. No quiero hablar de eso.

—Ni leer de eso, evidentemente —dijo él señalando el sobre con la mirada.

—Eso es un cheque —dijo ella—. Me ha comprado el coche para su hijo, eso es todo.

—¿Has vendido tu coche? Sin embargo, dices que no sabes si vas a quedarte en Lucius…

—Todavía no lo he decidido.

—¿Y estás empleando tanto esfuerzo y dinero en reparar la casa, cuando aún no lo has decidido?

—Exactamente.

—¿De qué tienes miedo, Laurel? —preguntó él con tranquilidad, pacientemente.

Laurel estaba cansada de luchar con él. Frunció el ceño.

—No lo sé —contestó al fin—. Supongo que de demasiadas cosas.

—¿Y quedarte en esta casa va a ayudarte a superarlo?

Ella pensó en el dormitorio de sus padres, en las fotografías que, hasta esa tarde, no había sabido que existían.

—Si no me quedo aquí, nunca sabré la respuesta a esa pregunta.

El teléfono volvió a sonar y Laurel contestó, aunque no tenía ganas de hablar con nadie.

Era para Shane.

—Es Carla Chapman —le anunció Laurel tendiéndole el auricular.

Él se llevó la mano a la cintura, donde solía llevar su teléfono móvil. Pero después del episodio con el agua, se había cambiado de pantalones y se había olvidado de ponerse el cinturón con el teléfono.

Mientras él hablaba, Laurel recogió los juegos de mesa de cuando ella era pequeña; habían entretenido a los niños buena parte de la tarde.

—Tengo que ocuparme de un asunto —dijo él acercándose a ella después de colgar el teléfono—. No me llevará mucho tiempo.

Laurel no supo cómo interpretar sus palabras. ¿Habían traspasado alguna barrera después de besarse y acariciarse? Seguramente.

—De acuerdo —dijo.

Pareció que él quería decir algo más, pero no lo hizo. Salió y al

poco su coche desaparecía en la lejanía.

Laurel respiró hondo y subió los juguetes a su habitación.

Estaba agotada del trabajo del día. Se dio un baño caliente y se quitó los restos de pintura. El agua le hizo bien a los músculos, pero al relajarla se sintió más cansada.

No le apetecía dormir, así que se puso un vestido limpio, se recostó en la cama con uno de sus diarios y se tapó con la manta que le había tejido su abuela.

Querida abuela:

Hoy ha sido la graduación del instituto. ¡Hurra! Ahora podré ir a la universidad. Mamá dice que estoy loca por querer estudiar canto, dice que no es práctico. Como siempre, papá no ha comentado nada al respecto, pero al menos no me dice que estoy loca. Te quiero.

Cuando Shane regresó, horas más tarde, se encontró a Laurel dormida en su antigua cama y no quiso despertarla. Salió de la casa con cuidado y se aseguró de dejar bien cerrada la puerta.

Al día siguiente, Laurel llegó al garaje de Stu y se quedó perpleja al ver a la mujer de la recepción. Tenía el pelo púrpura brillante y una sombra de ojos verde eléctrica. Su ropa, ajustada y chillona, acompañaba el maquillaje. Era pequeña y debía de andar por los cincuenta años. Miró a Laurel con tanta sorpresa como ella a la mujer.

—¿Puedo ayudarte en algo? —le preguntó.

—Quería ver a Stu —contestó Laurel.

—Debes de ser Laurel. Me habían dicho que te pasarías por aquí pronto —dijo la mujer mirándola por encima de sus gafas—. Soy Riva. Llevo trabajando con Stu desde que él llevaba pantalones cortos. ¿Vas a salir con él?

—¿Con Stu? Solo somos amigos.

—Me refería al sheriff, corazón. ¿Vas a salir con él?

Laurel tosió para no ahogarse de la sorpresa.

—¿Está Stu por aquí? —repitió.

—Por supuesto que está por aquí, el garaje es suyo —contestó la mujer pacientemente—. Eres una chica muy guapa, ¿por qué no te gustan ni el sheriff ni Stu?

—Riva, no seas pesada —intervino Stu apareciendo tras una puerta—. Hola, Laurel. Shane dijo que te pasarías hoy. Tengo un coche perfecto para ti en la parte de atrás. Estaba comprobando que tiene todo en orden. Creo que te gustará, pero si no es así puedo ofrecerte otros coches.

Laurel agradeció poder liberarse de la mirada escrutadora de Riva y siguió a Stu al taller. Él la llevó hasta un coche rojo con el capó levantado.

—El motor es bueno —dijo él bajando el capó y abriendo la puerta del conductor—. Los neumáticos están recién puestos y le cambié los frenos el año pasado.

Laurel tenía la idea de comprar un coche, pero el hecho de estar examinando una posibilidad real la puso muy nerviosa.

—¿Por qué lo venden? —preguntó mientras se sentaba en el asiento del conductor.

El coche parecía nuevo.

Como Stu no le contestaba, Laurel lo miró: algo en el exterior absorbía su atención.

Laurel se giró. Una grúa se detuvo delante del taller y Freddie Finn descendió de ella.

Laurel miró de nuevo a Stu. El hombre estaba retorciendo su trapo de limpiarse las manos.

—Ve a ayudarla —le animó Laurel—. Yo me quedaré echando un vistazo al coche.

Quizá así lograra convencerse de que dar ese paso, ese signo de permanencia, no era un error.

—Freddie no aceptará mi ayuda, nunca lo hace —dijo él con una mueca de disgusto—. Es la mujer más testaruda que he conocido. Ella no tendría por qué estar remolcando coches de un lado a otro.

Laurel se contuvo para no sonreír.

—¿Y entonces a qué se dedicaría?

Él se encogió de hombros y se sonrojó.

—Ya no es tan joven. Si quisiera, debería casarse y tener hijos.

Laurel no pudo evitar sonreír.

—¿Tanto te gusta que cuando la ves piensas en casarte y tener hijos?

Él la miró horrorizado.

—¡Qué dices, no!

Laurel sonrió más ampliamente.

—Es justo la reacción que una mujer desearía ver en el hombre que le gusta.

—Yo no le gusto.

—¿Igual que ella no te gusta?

Él observó a Freddie pensativo. La mujer estaba bajando el coche averiado.

—Ella siempre sale con otros hombres —dijo él por fin.

—¿Le has pedido tú que salga contigo?

Él la miro afligido y Laurel supo que no se lo había pedido.

—Stu, tienes que dar algún paso —murmuró Laurel—. Después

de todo, tú tampoco eres tan joven.

—Sí, bueno. ¿Qué me dices del coche? —preguntó él cambiando de conversación—. ¿Te gusta?

Laurel asintió e ignoró los nervios que le encogían el estómago. Podía hacerlo, solo tenía que ir paso a paso.

—¿Puedo extender un cheque o tengo que pagar en efectivo? Ya tengo cuenta en un banco del pueblo.

—Puedes darme un cheque. Y cuando te lleves el coche, deja aquí el de mi padre, quiero echarle un vistazo al radiador.

—Hola, Laurel —saludó Freddie y le lanzó un juego de llaves a Stu—. El dueño se llama Reeves. Quiere que le reconstruyas el motor. Ha dicho que estabas esperando el coche.

—Así es, gracias —dijo él y se armó de valor—. La semana que viene es el Día de la Independencia.

—¿Y? —preguntó Freddie, poniéndose tensa.

Laurel concentró toda su atención en revisar el interior del coche. Tarareó una canción en voz baja para no atender a la conversación, pero era difícil no hacerlo porque los dos estaban junto al coche.

—Solo quería saber si ibas a ir —dijo Stu.

—¿Acaso crees que no puedo conseguir una cita?

—Yo no he dicho eso. Además, tú siempre tienes citas —contestó él molesto.

—¿Y eso me convierte en una golfa?

—¿He dicho yo algo de eso?

Freddie resopló.

—Desde luego que lo parecía. Pues prefiero tener muchas citas que ser una antisocial como tú. Seguro que ni apareces por la feria.

—Pues te equivocas, ¿verdad, Laurel?

Laurel se irguió en el asiento.

—¿Cómo dices?

—¿Tengo que creerme que tú vas a ir con Laurel? —preguntó Freddie con sarcasmo.

—¿Y por qué no? —replicó Stu.

Laurel quiso desaparecer. Percibió el destello de tristeza en los ojos de Freddie antes de que ella lo ocultara.

—Todo el pueblo sabe que ella es territorio de Shane. Pero espero que os lo paséis muy bien. Quizá nos veamos allí —dijo la mujer con una sonrisa crispada, y se marchó en su grúa.

—Lo siento —se disculpó Stu a Laurel—. No pretendía usarte de esa forma, pero ¿has visto cómo es esa mujer?

Laurel estaba anonadada, se le había olvidado lo que era vivir en un pueblo. ¿Ella era considerada territorio de Shane?

—Deberías aclarar las cosas con ella, Stu. No le ha gustado la idea de que llevaras a otra a la feria. Eso significa algo, ¿sabes?

—Sí, significa que ella cree que soy un antisocial —dijo él y se guardó las llaves en el bolsillo del mono—. Pon el cheque a nombre de Phil Boyle. Él ya ha firmado el traspaso de propiedad, así que puedes llevarte el coche ahora si quieres.

Laurel extendió el cheque y unos momentos más tarde tenía en sus manos las llaves y el documento de propiedad del coche. Se sentía entusiasmada y nerviosa al mismo tiempo.

—Nunca había comprado un coche de forma tan sencilla y rápida.

—Para eso estamos, señorita —dijo él sonriendo de medio lado.

Laurel se conmovió con su trato cercano y amable y le dio un abrazo.

—Gracias, Stu. Y no te des por vencido con Freddie, le gustas.

Él le dio unos golpecitos en el hombro.

—Comprenderás que no me lo crea, ¿verdad?

Ella rio y se separó de él. Stu se parecía tanto a Shane, pero en más amable…

Un estridente bocinazo alarmó a los dos. El todoterreno de Shane acababa de aparcar delante del taller. Shane los miraba desde el interior, con el sombrero calado hasta las cejas.

Stu apartó los brazos de Laurel.

—¿Qué mosca lo ha picado? —murmuró Stu y se acercó al vehículo.

Laurel lo siguió. No había visto a Shane desde la tarde anterior. Sabía que había pasado por su casa mientras ella estaba dormida porque le había dejado una pomada para los dolores musculares y había echado el pestillo de la puerta principal. Solo Shane haría algo así.

—Tengo que ir a Billings esta tarde —le anunció Shane a Laurel —. Regresaré tarde.

Ella no supo interpretar la expresión de sus ojos, pero intuyó que algo no iba bien.

—Conduce con cuidado.

—Pensé que a lo mejor querías acompañarme, pero ya veo que estás ocupada.

—¿Cómo dices?

Él miró a Stu.

—Asegúrate de que cene bien —le dijo a su hermano.

—No es una niña, hermanito. No necesita que nadie le diga cuándo tiene que comer.

Laurel se enfureció. No sabía qué sucedía entre los dos hermanos, pero se negaba a aceptar que fuera algo relacionado con ella. Agitó las llaves de su coche nuevo.

—Acabo de comprarme un coche —le dijo a Shane—. Y me gustaría irme a casa en él, si eres tan amable de apartar tu coche para que pueda salir.

Solo porque él se hubiera comportado maravillosamente en los últimos tiempos no significaba que fuera a durar eternamente. Después de todo, la última vez que habían estado juntos ella no había logrado mantener su interés mucho tiempo.

Laurel se subió al coche, encendió el motor y se marchó a toda velocidad.

Habían pasado doce años, pero ¿por qué iba eso a suponer alguna diferencia?

Capítulo 11

Laurel se despertó y casi se pegó con la cabeza en el borde la mesa del comedor.

Había pasado una semana desde que se había quedado dormida en la cama de su antiguo dormitorio. Siete noches en las que apenas había logrado dormir pensando por qué Shane Golightly la ponía tan nerviosa.

No había vuelto a verlo desde que había comprado el coche en el taller de Stu.

Pero eso a ella no le suponía un problema, se repetía. El hecho de que se acercara a la ventana cada vez que oía su coche no quería decir nada.

Él había dicho que iba a ir a Billings una tarde. ¿Qué era lo que lo había mantenido allí siete días?

Laurel se quedó sentada en la oscuridad, con el corazón desbocado.

La había despertado el ruido del motor y los frenos de un coche. Alguien bajaba y subía sin parar la cuesta en curva que había delante de su casa.

Laurel se acercó a la puerta de su casa y vio a un coche derrapando en círculos en la curva.

—Imbécil —maldijo en voz baja.

De pronto vio que otro coche se aproximaba. Se le aceleró el corazón y solo pudo contemplar horrorizada cómo los dos coches se dirigían el uno hacia el otro.

Se apresuró al teléfono antes incluso de oír el choque. Marcó el teléfono de emergencias y les dio todos los datos.

Todavía estaba hablando con el operador cuando oyó la sirena de una ambulancia. Colgó el teléfono, se puso los vaqueros encima de su pijama, unas deportivas salió corriendo de su casa.

Uno de los coches estaba de costado en mitad de la carretera. Laurel olió a gasolina desde el porche, pero lo que la puso en alerta fue el llanto de un niño.

Laurel se acercó corriendo y se encontró a Shane inclinado sobre una mujer tumbada en el suelo.

—Se encuentra en estado de shock. Trae una sábana —dijo él sin mirarla.

¿De dónde había salido él?, se preguntó Laurel, pero no había tiempo que perder. Entró en su casa, agarró una de las sábanas que le habían servido como cama y regresó corriendo.

Shane abrigó a la mujer con la sábana.

—La ambulancia llegará enseguida —dijo él con tranquilidad—. Tengo que ir a comprobar el otro coche.

Laurel se agachó junto a la mujer inconsciente y continuó abrigándola con la sábana.

—Ve, yo me quedo con ella.

El otro coche no parecía tener nada serio. Laurel vio que se abría la puerta del conductor y éste salía dando tumbos. Estaba borracho. Debería habérselo figurado, por la forma en que conducía.

La mujer herida gimió y Laurel colocó sus manos sobre los hombros de ella.

—No se preocupe, está a salvo. La ambulancia ya viene para acá.

—Mi hijo… —susurró ella.

—También está bien —le aseguró Laurel.

Acababa de ver a Shane con el pequeño en brazos.

La ambulancia llegó y Laurel se hizo a un lado para dejarlos trabajar. Deseó poder colaborar, pero no podía hacer nada.

Shane llegó junto a ella y le dio al niño.

—Toma. Palmer es el médico de Emergencias. Examinará al niño en cuanto pueda, pero lo único que yo le veo es un rasguño en un pie. Entretenlo hasta entonces.

Laurel no protestó. El pequeño había dejado de llorar y la miraba asustado. Debía de tener unos cuatro años, calculó ella.

Se encontró con la mirada de Shane, que era puro hielo. Era el único signo de que estaba furioso. Desgraciadamente, ella no sabía si ella tenía algo que ver con su irritación.

Abrazó al pequeño y le frotó la espalda. El niño solo vestía unos pantalones de pijama.

—Quiero ir con mamá —gimió el pequeño.

—Lo sé, cariño —dijo Laurel y se giró para que él no viera a su madre en el suelo—. Los médicos la están ayudando, así que tenemos que dejarlos trabajar. Yo me llamo Laurel y vivo en esa casa.

La señaló y se alegró de haber pintado el exterior antes que el interior. Ya no resultaba tan sombría como hacía una semana. Y era una vista mucho mejor que la carretera, con la ambulancia y los bomberos en plena actividad.

—¿Cómo te llamas? —preguntó ella.

—Nathaniel Peters III —respondió él con un escalofrío.

—Es un nombre impresionante —comentó Laurel y se sentó en el suelo.

Nathaniel se agarró fuertemente a su cuello y se sentó en su regazo.

—¿Te han llamado así por tu padre? —continuó ella.

—Sí, y por mi abuelo.

—Debes de ser alguien muy especial para que te llamen igual que ellos. ¿Cuántos años tienes?

Él hipó un par de veces.

—Cinco. Quiero ver a mi mamá.

—Pronto la verás, cariño. ¿Vas al colegio?

Laurel continuó hablando con él para mantenerlo ocupado y que no se alarmara con la situación de su madre.

Llegó uno de los ayudantes de Shane y señalizó la zona para evitar más accidentes. Shane le contó los detalles para elaborar el informe mientras no apartaba la mirada del conductor borracho. El hombre estaba sentado contra un pino. Cada vez que intentaba moverse, una mirada de Shane lo devolvía a su lugar.

Una vez que los bomberos se aseguraron de que el coche no iba a explotar por el escape de combustible, lo levantaron, provocando un estruendo que hizo gritar de nuevo al pequeño. Laurel deseó poder llevarlo a su casa, pero no quería alejarlo tanto de su madre. El pobre ya estaba suficientemente asustado.

Llegó otra grúa, que Laurel reconoció como la de Freddie Finn, y recogió el otro coche. Laurel siguió hablando con Nathaniel mientras observaba a Shane llevar al borracho al coche de su ayudante sin muchos miramientos.

Uno de los técnicos de Emergencias se acercó a Laurel y al niño. Era robusto, pero examinó al niño con delicadeza.

—Me alegro de comprobar que está usted bien —le dijo el hombre a Laurel—. Soy Palmer Frame. La atendí el día que se desmayó por deshidratación.

—¿Mi mamá va a morirse? —dijo Nathaniel, que había visto a su madre en la camilla.

—No —le aseguró Palmer terminando de vendarle el pie—. Pero necesita un cuidado extra porque sus piernas están heridas. Podrás verla por la mañana.

—Mi papá está de viaje.

—Lo sé, pequeño, tu mamá nos lo ha contado. Tú no te preocupes, nos ocuparemos de vosotros hasta que él llegue, ¿de

acuerdo? —le dijo el médico y señaló a Shane—. Mira, ¿ves a ese hombre de ahí? Es el sheriff Golightly.

El niño arrugó la nariz. Tenía las mejillas encendidas y el pelo despeinado.

—Me gusta su nombre —dijo.

—Es un buen sheriff —le aseguró Laurel.

—¿Y tú en qué trabajas? —le preguntó el niño.

—Soy profesora de colegio. Dentro de unos años, cuando estés en tercero, igual te doy clase yo.

—Pero mi colegio no está aquí.

Ella tampoco enseñaba allí. La junta de educación había intentado convencerla de que se quedara, le había ofrecido un buen empleo. Ella había dicho que se lo pensaría.

—Mi profesora es la señorita Henderson. Es muy guapa —dijo el pequeño y apoyó la mejilla en el hombro de Laurel—. Pero no tan guapa como mi mamá.

Laurel le acarició la espalda. Las lágrimas la quemaban en los ojos. Recordó cuando ella era pequeña y su madre era la más guapa del mundo.

Shane llegó junto a ellos y se emocionó ver a Laurel ocupándose del pequeño.

—¿Cómo estás, hombrecito? —saludó Shane.

—Usted es el sheriff Golightly —dijo el niño—. Quiero ver a mi mamá.

—Podrás verla por la mañana, ahora necesita dormir —le explicó.

Ojalá Denise llegara pronto. Su centro de crisis estaba en Billings y era el mejor del estado. Ellos se ocuparían del pequeño mientras su madre estaba en el hospital y su padre llegaba en unas horas.

—¿Y yo adónde voy a ir? —preguntó Nathaniel preocupado y miró a Laurel—. ¡Quiero ir a tu casa contigo!

—Ojalá pudieras —dijo ella acunándolo.

Le dio a entender a Shane que el pequeño necesitaba dormir. «Todos lo necesitamos», pensó Shane.

Él llevaba varios días buscando testigos del caso Runyan en Billings. Estaba regresando a su casa cuando había oído el accidente. La idea de que Laurel estuviera en peligro había hecho que se le encogiera el corazón y que llegara al lugar del accidente en un suspiro.

Un nuevo coche aparcó delante de la casa.

—Debe de ser Denise Masón. Dirige un centro de crisis en Billings —anunció Shane.

Se irguió y sintió como si las últimas horas hubieran sido años, por su intensidad.

—Hola —saludó Denise al llegar junto a él y lo besó en los labios—. Tenemos que dejar de vernos siempre en estas situaciones.

Shane reconoció que ella tenía mérito al hablarle con ironía, dado que habían estado a punto de casarse. Vio que Laurel los miraba con una expresión impenetrable, y él sintió que se sonrojaba. Maldición, era demasiado mayor para esos asuntos.

—Hola, soy Denise. Y tú debes de ser Nathaniel Peters III —saludó ella y sonrió al ver la sorpresa del niño—. He hablado con tu padre por teléfono hace un momento. Ha dejado un mensaje para ti, ¿quieres escucharlo?

El niño asintió y Denise le acercó el teléfono a la oreja. El mensaje hizo que el pequeño se relajara y comenzara a llorar de nuevo.

—No quiero irme de aquí —gimió.

Pero la ley requería que el niño estuviera tutelado por personas autorizadas.

Shane vio la tristeza en los ojos de Laurel cuando la separaron del niño.

Afortunadamente, el pequeño solo estaría unas horas separado de su familia. Luego se reuniría de nuevo con sus padres.

Laurel no había podido reunirse con sus padres. Acababa de cumplir los dieciocho cuando arrestaron a su padre y el estado se hizo cargo de ella. En aquella época no existían lugares como el centro de cuidados de Denise, y Laurel había tenido que superar su crisis emocional por sí sola.

Denise subió al niño en su coche y Laurel y Shane la observaron marcharse.

Shane advirtió que Laurel se enjugaba las lágrimas y sintió un vacío en su interior.

—Pronto amanecerá —comentó él—. Deberías regresar a la cama.

Ella lo miró.

—Estás sangrando.

Él se llevó la mano a la sien. El conductor borracho lo había golpeado al intentar meterlo en el coche del sheriff. A veces lamentaba no poder devolverles el golpe.

—No es nada.

Laurel lo miró con un remilgo propio de una maestra. Shane lo prefería al dolor con el que había contemplado la marcha de Nathaniel.

—Te has cortado, hay que limpiarlo.

—Ya lo haré yo luego. Tú regresa a la casa. No deberías haber salido.

Ella se llevó las manos a las caderas y lo miró desafiante.

—¿Por qué no me dices lo que te tiene molesto desde que nos viste a Stu y a mí en el taller?

—No me molesta nada —mintió él—. Si quieres intentarlo con Stu, eres libre de hacerlo.

—¿Cómo dices?

—Regresa a la cama, Laurel —repitió él y se dirigió hacia su coche.

Al oír el accidente, había subido la cuesta a toda velocidad, llevado por el pánico, como un estúpido. Y cuando había comprobado que Laurel estaba bien, había dirigido su furia hacia sí mismo. Él sabía que Charlie era un borracho y suponía un peligro, pero no había podido apartarlo de la circulación.

—Estoy harta de que me des órdenes. Además, yo no quiero nada con tu hermano. ¡Por Dios, que es tu hermano!

Eso no había detenido a Denise. Shane continuó caminando.

—Tienes que taparte ese corte —le gritó ella—. ¡Creo que tu sentido común se te está escapando por ahí!

Entonces él sí se detuvo, dio media vuelta y se acercó a ella.

—Lo que vi en el taller estaba muy claro —dijo él entre dientes —. Él estaba encima de ti.

—Yo lo había abrazado para agradecerle lo del coche. Tú eres el hombre que me gusta, el único al que beso. ¿Qué tipo de mujer te crees que soy?

—Ibas a casarte con otro hombre hace menos de un mes…

Ella se estremeció.

—Eso no significa que vaya de una cama en otra. Martin y yo nunca… —comenzó y dejó caer una mano junto a su costado—. Olvídalo. Si quieres desangrarte, allá tú. No sé por qué me molesto.

—¿Martin y tú nunca qué?

Ella sintió un nudo en la garganta. El cielo empezaba a clarear.

—Nunca tuvimos sexo —dijo ella por fin—. Tampoco estoy ni remotamente interesada en tu hermano. ¡Y no sé por qué te digo todo esto, cuando no es asunto tuyo!

—¿Ibas a casarte con Kellner sin haberte acostado nunca con él?

—Él es un caballero —le advirtió ella.

—Es un completo idiota —le espetó Shane.

Laurel abrió la boca pero no supo qué decir. Se dio media vuelta, se dirigió a su casa a grandes zancadas y cerró la puerta de un portazo.

Shane se planteó ir a buscarla, pero decidió no hacerlo. Con el humor que él tenía en ese momento, quién sabía lo que sería capaz de hacer.

Capítulo 12

Shane subió la colina y llegó a su casa. Su gato *Speck* se acercó a él, se restregó contra sus piernas cuando abrió la puerta y luego desapareció en el interior de la casa.

Shane se dio una ducha, pero eso no hizo mejorar su humor. Se puso unos pantalones de chándal viejos y regresó a la cocina. Aún quedaban algunas horas antes de que tuviera que entrar a trabajar. Pensó en dormir pero decidió no hacerlo y encendió la cafetera.

Estaba a punto de servirse el café cuando Laurel irrumpió en su cocina. Le lanzó una mirada de reproche y dejó sobre la encimera el maletín de primeros auxilios que él llevaba en el todoterreno.

—Sabía que no ibas a limpiarte el corte —dijo ella.

—Has sacado el maletín de mi coche —comentó él, temiendo que hubiera visto el archivo del caso de su padre.

—¿Y qué? —replicó ella y abrió el maletín—. Siéntate y déjame curártelo para poder marcharme de aquí cuanto antes.

—Puedo curarme mi propio corte —protestó él, pero se sentó en uno de los taburetes de la cocina—. Creía que estabas enfadada conmigo.

—Y lo estoy. Necesito un trapo limpio.

Él señaló un cajón. Laurel lo abrió, sacó el trapo y lo humedeció. Luego se giró hacia Shane y pareció dudar unos instantes. Como él se había sentado, estaban a la misma altura. Laurel paseó su mirada por su rostro y su pecho desnudo.

Shane enarcó una ceja, desafiándola a hacer algún comentario. Ella frunció los labios y le sujetó la cabeza con una mano mientras le limpiaba la sangre del corte con la otra.

Él dio un respingo.

—No protestes —lo reprendió ella mientras le limpiaba el corte.

—Has sido más delicada con Nathaniel.

—Nathaniel es un niño. Tú eres un hombre —contestó ella y le aplicó una pomada antibiótica.

—¡Eso escuece!

Laurel ignoró su protesta y le puso una tirita.

—Muy bien —dijo cuando terminó—. Y ahora, ¿vas a decirme qué es lo que te reconcome? Porque no me creo que tenga que ver con Stu y conmigo. ¿Qué ha sucedido esta semana? ¿Dónde has estado todo este tiempo?

El sol del amanecer comenzó a colarse por las ventanas y por el fino camisón de ella. Shane se recreó contemplando la silueta de ella.

—No me reconcome nada.

—Todo tu cuerpo está tenso, preparado para pelear. ¿Por qué? No voy a irme de aquí hasta que no me lo digas —replicó ella y se apoyó en un armario de la cocina.

—No hablo de temas de trabajo.

—Me parece muy bien. Pero al menos dime que lo que te pone nervioso no es esa ridícula suposición de que Stu y yo nos hemos liado.

Él exhaló ruidosamente.

—No es una suposición ridícula. Ha sucedido antes, con una mujer que me pertenecía.

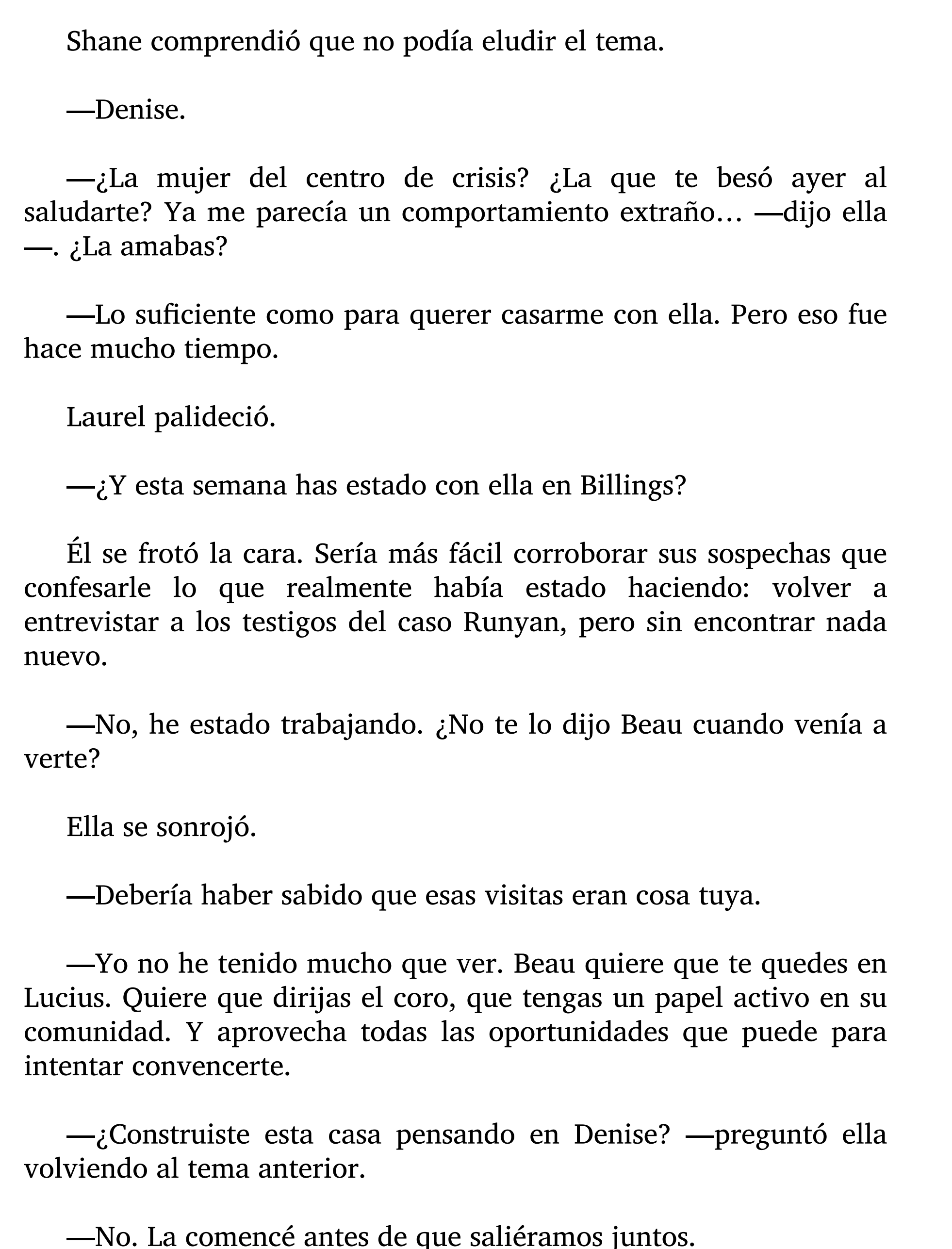
Ella lo miró boquiabierta.

—Yo no te pertenezco —afirmó ella.

—¿Ah, no? —preguntó él entre dientes.

Laurel se cruzó de brazos.

—¿Y quién era ella?



Shane comprendió que no podía eludir el tema.

—Denise.

—¿La mujer del centro de crisis? ¿La que te besó ayer al saludarte? Ya me parecía un comportamiento extraño… —dijo ella—. ¿La amabas?

—Lo suficiente como para querer casarme con ella. Pero eso fue hace mucho tiempo.

Laurel palideció.

—¿Y esta semana has estado con ella en Billings?

Él se frotó la cara. Sería más fácil corroborar sus sospechas que confesarle lo que realmente había estado haciendo: volver a entrevistar a los testigos del caso Runyan, pero sin encontrar nada nuevo.

—No, he estado trabajando. ¿No te lo dijo Beau cuando venía a verte?

Ella se sonrojó.

—Debería haber sabido que esas visitas eran cosa tuya.

—Yo no he tenido mucho que ver. Beau quiere que te quedes en Lucius. Quiere que dirijas el coro, que tengas un papel activo en su comunidad. Y aprovecha todas las oportunidades que puede para intentar convencerte.

—¿Construiste esta casa pensando en Denise? —preguntó ella volviendo al tema anterior.

—No. La comencé antes de que saliéramos juntos.

—¿Sigues enamorado de ella?

—¡Ni hablar!

—Vaya, eso ha sido muy rápido.

Shane sabía que acababa de meterse en un campo de minas.

—Ella tenía un hijo, Scott. El pequeño solo tenía siete años, pero ya era un matón. Yo me di cuenta y se lo comenté a Denise, pero ella no quiso verlo. A pesar de trabajar con niños problemáticos, no fue capaz de advertir el problema en su propio hijo. Me acusó de comportarme como un sheriff en mi vida personal. El chico me preocupaba y le propuse actividades para encaminarlo mejor, pero ella creyó que lo hacía solo como un deber profesional. Entonces ella empezó a salir con Stu. Supongo que creyó que él sería diferente. Y lo era, pero no estaba interesado en casarse. Así que ella terminó dolida por partida doble. Y su hijo está ahora cumpliendo un castigo de dos años en un centro de menores por robo.

—Lo siento por ella. Pero no parece que eso le haya impedido continuar con su vida. Llevaba un anillo de pedida de varios quilates —comentó Laurel—. Lo sé porque yo tenía uno muy parecido.

Shane frunció el ceño. No le gustaba recordar que ella había estado tan cerca de casarse con otro hombre.

—Estás comiendo mejor —dijo él de pronto.

Ella seguía estando delgada, pero al menos sus formas empezaban a redondearse un poco. Shane se preguntó si sus senos seguirían siendo tan sabrosos y si sus pezones seguirían teniendo el color de las fresas maduras.

—¿Es ésa una forma educada de decirme que estoy engordando?

—Me refiero a que estás más… guapa.

—Pues gracias, pero no intentes despistarme. ¿Por qué estás tan nervioso? ¿O es que siempre acudes como un misil cuando ocurre un accidente de coche?

—Los conductores borrachos me irritan sobremanera —dijo él mientras sacaba dos tazas y las llenaba de café—. Toma.

Ella lo miró comprensiva. Pero él quería que la mirara llena de deseo. Quería fundirse con ella y olvidarse del resto del mundo, de todo lo que no era capaz de cambiar por mucho que lo deseara.

Deseó poder hacer desaparecer a los borrachos y al resto de peligros para la sociedad.

Deseó poder dejar de ansiar a Laurel.

—Lo que ha sucedido no es culpa tuya, Shane —dijo ella y le tocó el brazo—. Tú no eras el conductor borracho.

—No, pero sí soy el responsable de asegurar que ese borracho no conduce ningún coche.

Ella se giró hacia él. Uno de sus senos rozó el brazo de él.

—¿Y cómo quieres hacerlo, vas a vigilar a todo el pueblo constantemente? Solo eres un hombre, Shane, no puedes…

—Esto sí que debería haberlo evitado. Era Charlie, el exmarido de Evie. Sé que es un alcohólico, siempre lo ha sido y no parece que vaya a cambiar.

Debería haber prevenido esta situación, Charlie debería estar en la cárcel.

—¿Por qué? Que yo sepa, ser alcohólico es una enfermedad, no un crimen. Que supieras lo que él podía hacer no te convierte en responsable de ello —aseguró Laurel—. Mi madre bebía. Lo escondía bien, pero tenía un problema. Yo lo descubrí de adolescente. Pero no por eso fui responsable de evitar que hiciera lo que hacía.

Era la primera vez que él escuchaba que Violet era una alcohólica. Se olvidó de Charlie por un instante.

—¿Y qué hacía?

Laurel sacudió la cabeza.

—El asunto es que tu trabajo consiste tanto en no abusar de tu autoridad como en ejercerla —dijo ella y le acarició la espalda—. ¿Tengo razón?

Shane apenas podía pensar con claridad. Las caricias de ella lo estaban encendiendo de pasión.

—¿Por qué no tuviste sexo con tu prometido?

Ella detuvo su mano.

—Estábamos hablando de ti.

Él la agarró de la muñeca y la atrajo hacia sí. Laurel lo miró sorprendida. Algunas cosas no podían ocultarse bajo un pantalón de chándal.

—El tema ha cambiado. Si quieres marcharte, ahora es el momento, Laurel.

Ella inspiró y sus senos rozaron el pecho de él.

—No quiero marcharme —susurró ella—. Y no quiero que me trates como a una niña.

Entonces él se inclinó sobre ella y la besó. Ella se apretó contra él y soltó un gemido. Él recorrió su espalda con las manos, luego su trasero y la acercó aún más a él. Ella también lo acarició por todo el cuerpo, encendiéndolo más de deseo.

Shane la agarró en brazos y la sentó en la encimera. El sol del amanecer hacía brillar su piel.

—Desabróchate el camisón —le dijo.

Si lo intentaba él, se lo arrancaría.

Ella acercó una mano al cuello de su camisón y desabrochó el primer botón. Shane se recreó viendo palpitar el pulso en su cuello.

Algo cayó al suelo. Ella se había quitado las deportivas. Siguió desabrochándose el camisón hasta llegar a la cintura de sus vaqueros.

Shane la acarició desde el cuello hasta el ombligo con un dedo. Ella se agarró a sus hombros y los masajeó. Él soltó el botón de sus pantalones.

Laurel cerró los ojos.

—Mírame —murmuró él—. Quiero que me veas.

Ella se humedeció los labios. Se sujetó con fuerza a sus hombros y le rodeó las caderas con las piernas.

—Siempre te veo a ti —dijo ella y se estremeció cuando él le bajó la cremallera.

—Quítate los pantalones —le ordenó él.

Laurel se puso en pie y se los quitó, quedándose solo con el camisón. Shane admiró sus piernas torneadas y las recorrió con la boca, subiendo desde los tobillos hasta los muslos. Ella se inclinó sobre él y lo besó en los labios. Shane continuó acariciándola con las manos. Sentía el corazón desbocado. Su deseo de poseerla era tan poderoso que no podría contenerse por mucho tiempo.

Le quitó el camisón de los hombros. Sus senos eran más perfectos de lo que él recordaba en sus fantasías. Sus pezones seguían siendo del color de las fresas maduras.

Y él estaba hambriento.

Se inclinó y capturó uno de los enhiestos pezones con la boca y el otro con los dedos. Laurel se estremeció y gritó su nombre. Él la besó y entrelazó su lengua con la de ella. Ella le abrazó las caderas con las piernas de nuevo y se agarró fuertemente a sus hombros.

Shane acarició sus senos, deslizó la mano por su torso y llegó hasta el centro más íntimo de ella, que estaba caliente y húmedo. Laurel echó la cabeza hacia atrás. Sus jadeos lo guiaban en sus caricias.

Los dos estaban a punto de explotar. Shane la sujetó por la nuca y la apretó contra sí mientras con la otra mano le quitaba el camisón completamente.

Laurel lo besó en el cuello y ahogó un grito de placer cuando él le introdujo los dedos en su interior, cuando se convirtieron en parte de ella. Lo abrazó fuertemente con las piernas mientras se retorcía de placer.

Ella deseaba más. Ansiosamente, tiró de los pantalones de él para bajárselos. Shane se alegró de haber incluido preservativos en el maletín de primeros auxilios y se puso uno. Entonces se acercó a

Laurel de nuevo y la levantó de la encimera.

Un gemido profundo y ancestral salió de sus pulmones cuando la penetró.

Ella hizo una mueca de dolor y lo abrazó más fuertemente.

Shane se detuvo.

—¿Te he hecho daño?

Ella negó con la cabeza y hundió su boca en el cuello de él.

—No pares.

Él la apoyó contra la pared. Salió un poco de ella y empujó de nuevo. Laurel ahogó un grito y le arañó la espalda. Shane adoptó un ritmo suave que ella acompañó pronunciando su nombre de la forma más excitante que él había oído nunca. Fue aumentando el ritmo, cada vez más cerca del clímax, hasta que ambos traspasaron el umbral y él se descargó dentro de ella.

—Necesito… sentarme —murmuró él cuando logró recuperar la conciencia.

Laurel estaba exhausta, así que se abrazó a él y se dejó transportar. Él aún seguía dentro de ella, su pulsión seguía provocándole un gozo ancestral.

Laurel lo observó, sentado en el suelo y con la espalda apoyada contra la pared, y apretó sus músculos interiores.

—No lo hagas, o terminaremos muriendo de placer —le advirtió él mientras le acariciaba la espalda, las piernas, el torso—. Aunque es la manera perfecta de morir.

Laurel se deleitó en la sensación de sus cuerpos unidos, sus almas unidas. Ninguno de los dos parecía querer moverse de allí.

—¿De veras que Stu tuvo una aventura con tu prometida? —preguntó ella de pronto.

—Solo después de que ella dijera que no iba a casarse conmigo.

—Stu solo es un amigo, lo sabes, ¿no?

Él le acarició los pezones con el pulgar.

—Más le vale.

Laurel se movió ligeramente e hizo una mueca de dolor. Le dolía todo el cuerpo, hacía mucho tiempo que no hacía esa clase de ejercicio.

—Estás dolorida, ¿verdad? —preguntó él—. ¿Cuándo fue la última vez que estuviste con alguien?

Laurel resopló.

—¿Eres celoso?

—Sí —respondió él en un susurro—. Tendré celos de cualquier hombre que se haya ganado tu atención. Sobre todo, este tipo de atención.

Ella tragó saliva.

—Entonces solo tienes que tener celos de ti mismo.

Él se la quedó mirando anonadado.

—¿No has estado con nadie más desde que estuviste conmigo? —repitió él.

Laurel, avergonzada, desvió la mirada.

—¿Por qué no, *pajarito*? —le preguntó él haciendo que lo mirara.

Ella deseó que se la tragara la tierra, deseó salir corriendo.

—¿Con cuántos hombres debería haber estado para que no me miraras como a un bicho raro?

Él frunció los labios.

—Con ninguno, Laurel, caray. Solo he comentado que no me hacía gracia imaginarte con otros hombres. Pero tendría que

aceptarlo, porque es tu vida, tienes todo el derecho a ello —dijo él y se puso en pie, levantándola a ella también—. Ven conmigo arriba.

El sol brillaba en el cielo, deshaciendo las sombras. Laurel se recreó contemplando a Shane, glorioso en su desnudez.

—¿No tienes que entrar a trabajar dentro de poco? —preguntó ella, que todas las mañanas veía pasar su coche para acudir al trabajo.

—Sí, pero tenemos tiempo —respondió él.

Se llevó una de las manos de ella a los labios y la besó mientras se dirigía a la escalera. No parecía preocuparlo que sus ropas se quedaran en la cocina.

—¿Tiempo para qué? —inquirió ella siguiéndolo.

—Ahora lo verás.

—Creo que ya he visto tus encantos en el piso de abajo —comentó ella conteniendo la risa.

—Mejor —afirmó él.

Atravesaron su dormitorio y entraron en el cuarto de baño, donde había una enorme bañera.

—Es un jacuzzi —anunció él y abrió el grifo para que empezara a llenarse—. Ponte cómoda, yo regreso enseguida.

La besó en la frente y salió de la habitación.

Laurel se contempló en el espejo. Tenía los labios rojos e hinchados, los senos un poco irritados por la barba de él y marcas de su brazo en la cintura.

Pero sobre todo, los ojos le brillaban más que nunca. Tenía el aspecto de una mujer satisfecha.

Posó la palma de su mano sobre su corazón. Hacer el amor no significaba estar enamorada, se recordó. Era una lección que había aprendido doce años antes.

Pero cuando Shane regresó con dos tazas de café recién hecho y se metió en la bañera junto a ella, Laurel se olvidó de todo.

Él se colocó detrás de ella y le hizo apoyar su espalda contra su pecho.

—Y ahora, relájate —dijo él y le besó en un hombro.

Ella notó una parte de él que no estaba nada relajada y sonrió. Agarró la mano de él, la besó y se la colocó en el pecho. Luego giró la cabeza hacia él y lo miró.

—He pensado que sí que me gustaría conocer más tus encantos.

—*Pajarito*, te aseguro que hay tiempo para eso. Seguro que quieres esperar un poco…

Ella deslizó una mano dentro del agua y la cerró sobre el sexo de él.

—Créeme, sheriff —murmuró—. Tengo mi propia opinión al respecto.

Él gimió y la detuvo.

—Ya veo. Bueno, pues ya que te pones así…

La hizo girarse de lado y la besó en la boca. Su mano acarició el muslo de ella.

El café, cuando por fin se acordaron de él, estaba helado.

Por primera vez desde que Shane era sheriff, telefoneó a Carla y le dijo que se tomaba el día libre, a menos que sucediera algo urgente. Ella le hizo muchas preguntas, pero él no contestó ninguna. Sabía que en cuanto colgara el teléfono ella comenzaría a averiguar por qué no iba a trabajar.

Shane observó a Laurel dormida en su cama. Era la única mujer que había estado allí.

Luego se acercó a la ventana y observó su casa. ¿Cuándo había

pasado a ser la casa de Laurel en lugar de la de su padre? Desde que ella la había pintado tenía mucho mejor aspecto. Pero seguía necesitando reformas estructurales para ser habitable.

—Estás muy serio.

La voz adormilada de ella lo sacó de sus pensamientos. Ella se había tumbado sobre un costado y se tapaba con la sábana. Shane deseó ser la sábana.

—Has hecho un buen trabajo pintando la casa.

Ella sonrió lentamente.

—Tú has tenido mucho que ver.

—¿Qué tal te fue la reunión con la junta de educación?

—Bien.

—¿Te han ofrecido un empleo?

Laurel asintió y se concentró en hacer pequeños dobleces a la sábana.

—¿Y qué les has dicho?

—Estoy considerando su oferta —respondió ella—. ¿Sabes? Me muero de hambre.

Él también, y no solo de comida. Pero le dio rabia que ella no quisiera quedarse en Lucius.

—Tengo pan, mantequilla de cacahuete y poco más —comentó él.

—Y luego me dices a mí que no como bien —replicó ella con sarcasmo.

Se metió en el cuarto de baño y al poco rato salió con la bata que Evie le había regalado a Shane por Navidad. Él no se la había puesto nunca, pero le gustaba cómo le quedaba a Laurel. Sobre todo porque le estaba muy grande y, a pesar de que se la había atado a la cintura, las solapas se abrían a cada instante dejado al descubierto

su piel.

—Podemos ir a Luscious —propuso él.

Sabía que, si se presentaban los dos juntos a comer, todo el pueblo lo comentaría. Sobre todo, teniendo en cuenta que él se había tomado el día libre por primera vez en su carrera.

—A lo mejor quiero cocinar. Sé hacerlo, ¿sabes? —le dijo ella.

Shane la oyó bajar las escaleras y volvió a mirar por la ventana.

—¡Shane! —exclamó ella al cabo de unos instantes—. ¡No tienes más que cerveza y unas manzanas!

—Tú eres la chef, a ver qué se te ocurre —contestó él.

La oyó reír y sonrió. Ella era lo que le faltaba a su casa.

Shane se puso unos vaqueros y bajó a la cocina.

Laurel estaba a punto de salir por la puerta principal, pero se había detenido a acariciar a *Speck*, que se frotaba contra sus piernas como si quisiera que se quedara.

Ella llevaba el botiquín de primeros auxilios debajo del brazo.

—¿Adónde vas? —le preguntó Shane.

—A mi casa, a por comida.

—¿En bata?

—No va a verme nadie, bajo y vuelvo a subir —dijo ella y se irguió—. Vuelvo enseguida.

Cuando ella salió de la casa, Shane fue a la cocina. Llevaba sin cambiar la basura lo menos diez días, aunque tampoco había comido en casa, pero decidió cambiarla. Salió a tirarla al cubo de basura y vio a Laurel tumbada boca abajo sobre el asiento del copiloto de su todoterreno.

—El botiquín a veces no encaja bien debajo del asiento —dijo él acercándose—. Vayamos a Luscious. Ya me demostrarás otro día lo

que sabes hacer en la cocina.

Daba igual los chismorreos que la gente comentara de ellos. Ya se acostumbrarían a verlos juntos a Laurel y a él, igual que ya se acostumbraría ella a que estuvieran juntos.

Shane la rodeó por la cintura. Laurel se puso rígida.

—El botiquín ha encajado perfectamente cuando he quitado esto —dijo, soltándose de su abrazo y girándose para mirarlo.

Sostenía el grueso archivo con la etiqueta Runyan.

—Estaba debajo del asiento —dijo ella en tono amenazador—. ¿Qué haces tú con este archivo?

Él apretó la mandíbula.

—Es propiedad del departamento del sheriff, y yo soy el sheriff.

Laurel sintió que se despertaba un dolor profundo en su interior.

—Es el caso de mi padre, un caso cerrado. ¿Por qué lo llevas contigo?

—He estado revisándolo.

—¿Desde cuándo?

Él dudó.

—Desde que regresamos de Spokane —contestó al fin—. Solo quería asegurarme de que Wicks no cometió ningún error.

Ella bajó la vista hacia la pesada carpeta.

—¿Al desestimar los cargos contra mi padre?

—No, al formularlos en primer lugar —la corrigió él con aspereza.

—¿Ya qué conclusión has llegado? —le preguntó ella intentando no esperanzarse.

Él la miró abatido.

—Las pruebas estaban ahí, los cargos tienen fundamento. Wicks tuvo razón al formularlos y se equivocó al retirarlos.

Laurel sintió que su esperanza se hacía añicos.

—¿Está mi declaración ahí?

Al verlo asentir, se sintió enferma.

—¿Qué dije?

Él abrió la carpeta, pasó algunas hojas y sacó el informe de su declaración. Ella lo asió.

—«No vi caer a mi madre» —leyó—. ¿Eso fue todo lo que dije?

No había defendido a su padre, no había hecho nada más que repetir que ella no había visto caer a su madre.

Shane recuperó la hoja y la metió de nuevo en la carpeta.

—Lo siento —dijo.

Ella miró a lo lejos pero no vio nada.

—No me extraña que no me quisiera cerca de él.

Él tomó el rostro de ella entre sus manos.

—No malgastes más energía en eso, Laurel. ¡El hombre no se lo merecía!

—¡Se merecía más de lo que le sucedió! No me importa lo que digan los papeles —dijo ella y golpeó la carpeta—. Yo sé que él era incapaz de hacerle daño. Fue un accidente.

—Eso es lo que quieres creer. Es tu corazón el que habla, no tu cabeza.

—De acuerdo, pero sé en mi corazón que él no hizo daño a mi madre, nunca. ¿Por qué no me crees?

Él lanzó la carpeta sobre el asiento.

—«No me pegues». Lo dijiste en la ambulancia la tarde que te deshidrataste. Pregúntaselo a Palmer Frame, él también lo oyó.

Laurel se abrazó el torso. Era un día cálido, ¿por qué entonces estaba temblando?

—Mi padre nunca me pegó —aseguró ella con lágrimas en los ojos—. Nunca golpeó a nadie.

—Cariño, quien debería avergonzarse era él, no tú.

—¡No fue él! Fue mi madre —exclamó ella—. Fue ella la que me pegó. Mi padre nunca me hizo daño.

Él la sujetó por los hombros y maldijo en voz baja, pero ella se sacudió sus manos.

—Y solo sucedió una vez. Ella estaba borracha —añadió Laurel sintiendo un profundo dolor en el pecho—. Luego estuvo llorando el resto del día.

—Entremos en casa.

Laurel estaba mareada, tenía el corazón desbocado y le costaba respirar. Empezó a sentir que el pánico se apoderaba de ella. «Ahora no, por favor», pensó. Se inclinó hacia delante y trató de concentrarse en la respiración y en sentir el cuerpo. Pero no lo conseguía. No podía dejar de temblar.

—No me crees… No estoy loca —murmuró, casi delirando.

—Laurel —dijo él y la subió al asiento—. No digas nada. Inspira… eso es. Ahora, apriétame las manos… muy bien. Vamos a hacerlo de nuevo, los dos juntos. Eso es.

La voz de él logró devolverle la calma. El pánico se disolvió y recuperó el control de sí misma. Se echó a llorar, agotada.

—Él no lo hizo, Shane.

El la miró preocupado y la abrazó.

—No tenemos que hablar de esto ahora —afirmó él.

Pero Laurel necesitaba hacerlo.

—La primera vez que vi que le pegaba fue al poco de morir mi abuela —comenzó ella—. Estaban discutiendo, como siempre. No sé sobre qué. Y entonces mi madre pegó a mi padre, tan fuerte que le tiró las gafas al suelo. Yo entré corriendo en su dormitorio y las recogí. Estaban rotas. Papá me castigó durante una semana, como si hubiera sido yo la que había hecho algo malo.

Laurel había logrado enfrentarse a la verdad después de muchas horas de psicoterapia. Pero eso no lograba que le doliera menos.

—Mi padre no era el maltratador, Shane. Él era el maltratado.

Shane la miró atónito.

—No hay ninguna prueba de ello, Laurel, no hay ningún informe del hospital sobre heridas suyas. Pero sí dos de tu madre, una muñeca rota y una herida que requirió puntos.

—Él no quería que nadie lo supiera —susurró ella—, ni siquiera yo. Pero a mí no podía ocultármelo. Él la excusaba, decía que la culpa era del alcohol… y eso era cierto. Cuando estaba sobria, mi madre era encantadora.

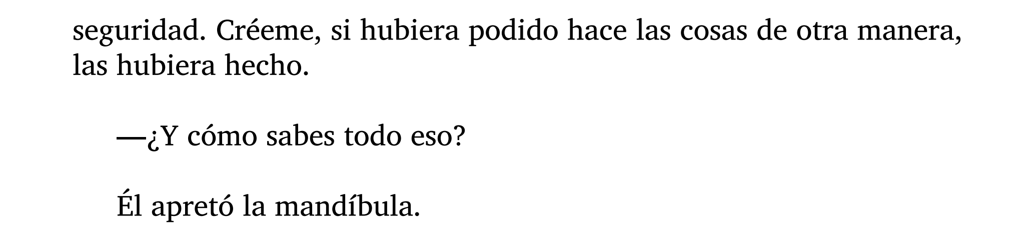
—¿Por qué no se lo contaste a nadie?

—Eran mis padres, ¿qué querías que hiciera? —replicó ella—. No me importa lo que digan estos papeles, Shane. Él no la mató.

—Lo que me has contado solo indica que él tenía motivos para hacerlo —dijo él con cautela—. Si el sheriff Wicks hubiera conocido la situación, los cargos podrían haberse atenuado. Roger podría haberse declarado inocente. Pero en lugar de eso, aceptó la acusación de asesinato.

—Quizá el sheriff Wicks conocía la verdad pero no le importaba. O quizá no quería que mi padre tuviera una reducción de cargos. Quién sabe lo que ese hombre quería.

—Lo que no quería desde luego era perder su carrera —aseguró Shane—. Ahora vive en Orlando y trabaja como guardia de



seguridad. Créeme, si hubiera podido hace las cosas de otra manera, las hubiera hecho.

—¿Y cómo sabes todo eso?

Él apretó la mandíbula.

—Porque me he pasado la semana buscándolo, a él y al resto de personas relacionadas con el caso.

Ella lo miró conmocionada.

—¿Y por qué no me lo has dicho?

—¿Crees que habría servido de algo? —replicó él y suspiró—. Tú no quieres saber la verdad. Quieres creer que tu padre no lo hizo, independientemente de lo que digan las pruebas.

Ella hizo una mueca de dolor. Sintió como si la hubiera abofeteado. Se enjugó las lágrimas.

—A lo mejor las pruebas justificarían mi fe en mi padre —dijo ella tensa—. No puedo hacerlo.

—¿Hacer el qué?

—Estar contigo.

Y esa vez no era como cuando había roto con Martin. Esa vez era como si el alma se le partiera en dos.

—¿Por qué? Ya no somos niños, Laurel, no voy a repetir la tontería que hice. No voy a volver a marcharme de tu lado. ¡Quiero estar contigo, maldita sea!

Ella dio un respingo.

—Tú crees que necesito que me protejas. ¿Cómo puedes querer estar conmigo si no crees lo que te digo? Ni siquiera confías en mí para decirme lo que has estado haciendo esta semana. Si yo no hubiera encontrado el archivo, ¿me lo hubieras contado?

—Seguramente no —admitió él—. Pero yo sí que creo en ti. El hecho de que no esté de acuerdo con tu opinión sobre lo que

sucedió no cambia eso. Creo que eres tú la que dudas de ti misma. Y por eso me acusas a mí de ello.

Ella lo miró perpleja.

—Te equivocas.

—¿De veras? Te han ofrecido un puesto de maestra en el pueblo y no quieres comprometerte con él; podrías tener una amiga en mi hermana, pero solo si ella toma la iniciativa; echas de menos cantar en la iglesia, pero no te atreves a ir más allá de lo que hiciste con el festival de Spokane… ¿A qué esperas, Laurel? Dejaste tu empleo en Colorado, pero aún no has decidido si te quedas aquí o no. ¿Vas a convertirte en dueña de tu vida, o a jugar a que la vives, sin comprometerte con nada porque quieres protegerte de los recuerdos de aquella noche? Deja de interponer el pasado en tu vida actual, lo único que te impide es vivir el presente.

Ella se bajó del asiento y apartó a Shane de su camino. Las lágrimas le bañaban los ojos.

—Deja de decirme lo que tengo que hacer, pensar o creer.

—¡Pero si no intento hacerlo! —exclamó él—. Solo quiero que te des cuenta de que el hecho de que no estemos de acuerdo en eso no tiene que interponerse entre nosotros.

Ella negó con la cabeza.

—Se ha interpuesto entre nosotros desde el día en que regresé a Lucius— afirmó ella tajante.

Y entonces, antes de derrumbarse por completo, Laurel se dio media vuelta y se marchó colina abajo, sintiendo como si fuera dejando trozos de sí misma por el camino.

Capítulo 13

Querida abuela:

Shane se marcha al seminario dentro de dos semanas. No puedo soportar la idea de que se vaya. Lo amo, abuela, lo amo muchísimo. Es divertido y guapo. Y me trata como a una adulta. Cree de verdad que yo podría ser cantante profesional. Me encantaría serlo. Me ha prometido que nos veríamos hoy cuando hubiera terminado de comer con su familia. Le he cocinado una tarta de manzana como tú me enseñaste. Y esta tarde voy a acostarme con él. Él todavía no lo sabe, pero no puedo soportar la idea de que se vaya y no haber… ya sabes. Espero que no te avergüences de mí, abuela. Te quiero.

—¿Puedo entrar?

Laurel dio un respingo, no solo por la interrupción, sino porque además se trataba de Beau Golightly.

Laurel escondió el diario debajo de una caja llena de adornos y fue a abrir la puerta.

—Por supuesto que sí —saludó ella haciéndose a un lado.

El predicador observó las múltiples cajas amontonadas a un lado del salón.

—Parece que te mudas —murmuró.

Pero ella todavía no había sido capaz de tomar esa decisión.

—He juntado algunas cosas para donarlas a una ONG. El lunes vienen a por ellas.

—Siempre es agradable contribuir a una buena causa —comentó él—. ¿No ibas a ayudar a Evie esta tarde en su puesto de comida en la feria?

Laurel se sintió aún más deprimida que antes.

—No quería encontrarme con Shane —admitió.

Llevaba dos días con los nervios de punta, esperando que él apareciera en cualquier momento. No sabía si se sentía mejor o peor porque él no lo había hecho.

—¿Habéis discutido?

Ella envolvió la base de una lámpara en papel de periódico y la metió en una de las cajas.

—¿Usted cree lo que todo el mundo pensaba de mi padre? —preguntó ella de pronto.

—Creo que era un hombre muy introvertido y que te quería —respondió él después de unos instantes—. Pero lo que los demás piensen no importa, pequeña. Lo importante es lo que tú creas.

—Shane no me cree. Dice que prefiero hacerme ilusiones pensando que la muerte de mi madre fue un accidente.

Beau suspiró y miró hacia la escalera.

—Fue un accidente, Laurel. Un trágico accidente.

Laurel sintió que algo en su interior se relajaba. Era como si llevara toda la vida esperando escuchar a alguien las palabras que ella sentía que eran ciertas.

—Entonces, ¿mi padre habló con usted?

—No —respondió él—. Deja de darle vueltas, Laurel. Tu padre creyó, de forma acertada o no, que el no dejarte venir a Lucius te ayudaría a dejar atrás el pasado.

—Pues se equivocó —susurró Laurel—. Parece que no soy capaz de hacerlo.

—Deberías volver a venir a la iglesia los domingos —dijo él en tono de reprimenda—. Los mayores desastres que provocamos en nuestras vidas se producen cuando creemos que somos nosotros los que la controlamos.

Laurel sonrió levemente.

—Shane y tú lograréis que lo vuestro funcione si los dos lo deseáis lo suficiente —añadió él—. Mientras tanto, tú y yo somos seguramente los únicos habitantes de Lucius que no estamos en la feria. Tu abuela nos regañaría si estuviera aquí.

Laurel negó con la cabeza.

—Tendría que arreglarme, no puedo ir con este aspecto.

—Pues entonces ve a arreglarte, te espero —dijo él y se sentó en el sofá—. Vamos, sabes que quieres ir.

Ella ya no estaba segura de nada, pero subió las escaleras y se lavó la cara, se peinó y se puso un vestido rojo que pegaba mucho con el patriotismo del día.

La fiesta del Cuatro de Julio se celebraba en el parque del pueblo. Laurel y Beau aparcaron el coche y atravesaron la multitud y las atracciones de feria hasta llegar a la zona de los puestos de comida.

—Sabía que vendrías —saludó Laurel a Evie en cuanto la vio y le tendió un delantal—. Toma, no creo que quieras mancharte el vestido de chili.

—Siento haber llegado tarde —se disculpó Laurel poniéndose el delantal.

—No te preocupes, lo importante es que ahora estás aquí.

Evie era un torbellino de actividad. Atendía a los clientes y saludaba a los paseantes. Laurel se dejó invadir por su entusiasmo y se entregó de lleno a atender el puesto.

—Stu te estaba buscando. Supongo que quiere pasearte delante de Freddie —comentó Evie cuando la actividad descendió un poco.

—No hay nada entre nosotros —se apresuró a aclarar Laurel.

—Oh, cariño, ya lo sé —respondió Evie—. Atención, el agente del orden se acerca.

Laurel sintió que se le quedaba la boca seca.

—Por favor, no lo mires así, su ego ya es suficientemente grande —dijo Evie entre dientes—. ¡Hola, Shane! Tengo un trozo de tarta de melocotón justamente para ti.

—Quizá luego. Hola, Laurel.

Ella lo miró y se quedó impresionada. Nunca lo había visto con el uniforme de sheriff, estaba imponente. Pero él no se detuvo tanto en contemplarla a ella.

—Estad atentas si viene Billy Whittaker, ¿de acuerdo? Parece que ha bebido más de la cuenta y tiene ganas de bronca, como cada año —dijo y se marchó.

—Vamos, respira —le dijo Evie a Laurel—. Solo se pone el uniforme para acontecimientos como éste, donde viene gente de fuera, para recordarles que respeten la ley. Claro que hay personas, como mi exmarido, que no respetan la ley estén donde estén. Charlie ha tenido suerte de que no muriera nadie la otra noche. No sé qué le pasó, no solía ser tan temerario.

—El alcohol cambia a las personas —comentó Laurel sombría.

Vio a Stu acercarse hacia ellas. Pasó junto a Freddie Finn y su cita y se los quedó mirando descaradamente.

—¿Quieres un poco de chili? Está a punto de terminarse —saludó Evie a Stu cuando llegó al tenderete.

Él negó con la cabeza.

—¿Puedo robarte a Laurel unos minutos?

—De hecho, puedes llevártela el resto de la noche. Ya casi no me queda nada que vender.

—¿Habéis visto al tipo que está con Freddie? No le quita las manos de encima —protestó Stu.

—Las apariencias engañan —dijo Laurel, a quien no le parecía que la estuviera manoseando.

—Quítate el delantal, vamos a bailar —la urgió él.

—No te preocupes por mí, cariño, puedo manejarme aquí, pronto cerraré —le dijo Evie a Laurel—. ¡Y pasadlo bien!

Laurel vio por el rabillo del ojo que Freddie los miraba. No sabía si aquélla era la mejor manera de que Stu llamara la atención de la mujer, pero no dijo nada.

Él estaba muy serio, a pesar de que estaba bailando.

—No vas a lograr engañar a nadie —dijo Laurel conteniendo una sonrisa—. ¿Por qué no te acercas a ella y le pides que baile contigo?

—No. La única vez que lo hice, se rio en mi cara y dijo que quería conservar los dedos de los pies.

—¿Y eso cuándo fue?

—En quinto grado —respondió él sombrío.

Ella se lo quedó mirando y luego soltó una alegre carcajada.

Shane la observó desde la distancia. Ella estaba bailando con su hermano, y no solo eso, sino que parecía estar pasándoselo en grande.

Shane odiaba sentir celos de su hermano. Nunca le había sucedido, ni siquiera cuando Stu había estado saliendo con Denise.

—¿Te vas a quedar aquí abatido toda la noche, o vas a ir a hablar con ella? —le preguntó su padre apareciendo de pronto a su lado.

—Estoy de servicio.

Beau resopló suavemente.

—Mentir es pecado, hijo. Pero amar a una mujer no lo es.

Shane dio un respingo y se giró hacia su padre, que lo miraba divertido.

—¿Quién ha dicho nada de amor? Yo no estoy enamorado de nadie —mintió—. Denise dijo que yo era incapaz de amar.

—Denise no era la mujer de tu vida. Y me parece una buena mujer, pero no era para ti.

—Si crees que Laurel sí es la mujer de mi vida, te equivocas —replicó Shane—. Ella no quiere estar conmigo.

—¿Crees que Holly y yo no nos dimos cuenta de lo que sucedió entre vosotros el verano que murió su madre?

—Eso fue hace mucho tiempo.

—Cierto. Entonces, ¿cómo explicas lo que está sucediendo ahora? Todo el pueblo comenta la atención especial que le dedicas a tu vecina. Dicen que hasta fuiste a Spokane porque ella te lo pidió.

—Quizá quería ayudarla porque me siento mal por lo que hizo su padre.

—No pudo demostrarse que Roger Runyan fuera culpable, no lo olvides.

—Acabas de hablar como ella. No quiere aceptar lo que sucedió. He revisado el caso, he hablado con todas las personas relacionadas con él, incluido Wicks. Él no debería haber sobreseído el caso, pero lo hizo, y eso supuso el final de su carrera. Pero después de todos estos años sigue manteniendo lo mismo.

—Wicks salía con Violet antes de que ella se casara con Roger —comentó Beau de pronto—. Supongo que él no te lo habrá contado.

No lo había hecho.

—Pues es una pena que escogiera a Runyan —murmuró Shane—. Quizá entonces siguiera viva.

Quizá no se hubiera convertido en una alcohólica y no le hubiera hecho daño a Laurel.

—Eso es algo que nunca sabremos, ¿no crees, hijo? —dijo Beau y se le iluminó la cara.

Hadley, la hermana pequeña de Shane, se acercaba a ellos del brazo de su marido. Estaba radiante.

—Me alegro de ver a tu hermana tan feliz —le dijo Beau a Shane —. Me preocupaba que no lograran entenderse. El mundo de los Rutherford es completamente distinto al de Lucius.

—Ellos se aman. Si quieren que funcione su historia, harán que funcione.

Beau sonrió y lo miró con satisfacción.

—Es una de las cosas más inteligentes que has dicho últimamente, hijo —dijo y se marchó a saludar a la pareja.

Su padre era demasiado optimista.

Para que pudiera siquiera haber una historia, antes tenía que haber dos personas que se amaran mutuamente.

Laurel no lograba concentrarse. La música estaba demasiado alta, había demasiada gente. Y no lograba dejar de mirar a la figura solitaria junto a los árboles.

Shane parecía muy solo.

—Lo siento, hace tiempo que no bailaba —se excusó Laurel por centésima vez después de pisar una vez más a Stu.

—¿Me permite?

Un hombre, que ella reconoció como la pareja de Freddie, quería bailar con ella. Laurel soltó la mano de Stu inmediatamente.

—Vea buscar a Freddie —lo animó en voz baja.

Resultó que el hombre era un primo segundo de Freddie al que ella había convencido para que se hiciera pasar por su cita. Pero la situación era tan obvia que el hombre había decidido intervenir.

Laurel miró hacia donde estaba Shane, pero había desaparecido. Sintió de pronto que no tenía más fuerzas para seguir con farsas y, cuando terminó la canción, se despidió de su pareja de baile.

La nueva canción era lenta y la acompañó en su ascenso hacia donde estaban los árboles.

—La primera vez que bailamos juntos fue un cuatro de julio.

Un escalofrío recorrió la espalda de Laurel al oír a Shane y el corazón le dio un vuelco.

—La única vez que bailamos juntos fue un Cuatro de Julio —replicó ella.

No se giró para mirar a Shane. Ya era suficientemente duro no recordar toda aquella noche con detalle como para que él se lo echara en cara.

—Tengo que irme —dijo ella.

—¿No te quedas a ver los fuegos artificiales?

—Tengo muchas cosas que hacer en casa.

—No pueden ser cosas tan importantes que tengas que marcharte justo ahora…

—¡No quiero quedarme! —exclamó ella por encima de la música y el tumulto.

—De acuerdo —concedió él.

Laurel echó a andar con desconfianza. Shane se había dado por vencido demasiado rápido.

Como se temía, él la siguió.

Laurel de detuvo y le hizo frente.

—¿No tienes nada más que hacer que seguirme? Seguro que puedes poner alguna multa a los que están mal aparcados.

—Sé que mi padre te ha traído en su coche. Necesitas que alguien te lleve a tu casa.

—Hace una noche estupenda y puedo caminar, gracias.

—Es tarde, no voy a permitir que vayas andando sola.

Ella se dio media vuelta y reanudó su camino. Atravesó el recinto de la feria y llegó al aparcamiento. Shane la siguió.

Laurel pasó por delante de la parroquia, de Tiff's y de Luscious. Iba jadeando y las sandalias le estaban haciendo ampollas, pero no estaba dispuesta a detener su marcha. Se quitó las sandalias y continuó andando descalza.

Shane no se apartaba de ella.

De pronto sonó un estallido. Los fuegos artificiales habían comenzado.

—Cuando llegues a tu casa vas a tener los pies en carne viva, y todo por lo testaruda que eres.

—¿Y me lo dices tú, don Testarudo? Yo no te he pedido que me siguieras como si fueras mi perro guardián.

—¿Sabes siquiera adonde te diriges?

Laurel intuyó que no le preguntaba por una dirección geográfica.

—Donde sea, pero lejos de ti.

—¿Tanto temes lo que puedes encontrar si dejas de huir y te quedas?

—¿Quedarme para qué? ¿Para vivir en un pueblo donde la gente todavía piensa que mi padre cometió un asesinato? Solo porque él soportara los rumores no significa que yo desee hacerlo.

—Los únicos rumores en este pueblo sobre ti tienen que ver con si tú y yo estamos juntos. ¿Alguien te ha hecho sentir que no eras bien recibida? ¿Has dejado que alguien se acercara a ti lo suficiente para saberlo?

Ella sintió la garganta seca.

—He dejado que tú te me acercaras —replicó ella.

—Y me has echado de tu lado a la mínima. Si he revisado el caso ha sido porque quería demostrar que tú tenías razón, no que la tenía yo. Estoy harto de que las diferencias de opinión arruinen mis relaciones. Tú lo usaste como una excusa para terminar las cosas entre nosotros.

—¡De todas formas, te hubieras marchado!

Él se la quedó mirando.

—¿Por qué, porque cometí ese error hace mucho tiempo? Si pudiera cambiar algo de mi vida, Laurel, sería ese momento. Si me hubiera quedado contigo un poco más, antes de llevarte a tu casa…

—Después te habrías marchado igual.

Él no lo negó.

—Pero al menos no habrías entrado en tu casa justo en aquel momento. Es cierto, yo me marché. Tenía veintitrés años y me asusté enormemente contigo. Pero ahora he vivido más cosas y voy a quedarme aquí. ¿Y tú?

Ella no fue capaz de responder.

—Así que vas a irte —señaló él sombrío—. ¿Adónde? ¿Y qué vas a hacer?

—¿Y eso que te importa?

—¡Me importa porque quiero que empieces a vivir tu vida en lugar de huir de ella!

Se oyeron varios estallidos y el cielo se llenó de luces verdes y doradas.

—Quizá huir es lo único que se me da bien —dijo ella con voz ronca—. Huí de mi padre cuando más me necesitaba.

—Eso es una tontería.

—Tampoco logré seguir adelante con mi boda.

—Gracias a Dios.

—¡Y no quiero hacerte a ti lo mismo! ¿Y si estoy contigo y vuelve a darme un ataque de pánico? No podría soportar salir huyendo de ti de esa forma, Shane.

Los fuegos artificiales iluminaron el cielo. Shane se acercó a ella.

—¿Y por eso has decidido huir de mí de esta otra forma? Laurel, te amo desde que eras una adolescente. No puedo cambiar el pasado ni obligarte a quedarte donde no quieres —dijo él y apretó la mandíbula—. Pero sí puedo pedirte que lo hagas. Quieres que yo confíe en lo que tú crees. Bueno, yo también quiero que confíes en mí.

Las lágrimas cegaron a Laurel.

—Tengo miedo… ¿Y si soy como ella?

Él la subió en brazos hasta el porche y la sentó en el balancín. Se agachó junto a ella y tomó su rostro entre sus manos.

—Tú no eres tu madre —le aseguró él.

—Pero te abofeteé el otro día.

—Si alguien llega a decirme a mí lo que yo te dije a ti, hubiera querido partirle la cara —dijo él y la besó en la frente y en las sienes.

Aquella dulzura hizo que Laurel llorara aún más.

—Tú deberías estar casado, tener la casa llena de niños… No sé si yo podría hacerlo, Shane.

—Te he visto con niños —le recordó él suavemente—. Y no tengo dudas sobre lo que eres capaz de hacer. Igual que tampoco dudo sobre lo que nunca harías.

La besó en los labios. Ella se estremeció. Le dolía el corazón.

—Te amo, Laurel. Quiero que seas mi esposa. Quiero que nuestros hijos dejen sus juguetes desperdigados por toda la casa, que pongan la música demasiado alta, que intenten saltarse el toque de queda… Quiero contemplar muchos fuegos artificiales del Cuatro

de Julio junto a ti, compartir muchas Navidades, asistir a las comidas de los domingos con el resto de los Golightly… Y quiero hacer todo eso contigo —dijo él y se puso en pie.

Laurel no hizo ademán de mantenerlo junto a ella.

—Pero no quiero nada de eso hasta que no dejes atrás tu pasado y comiences a vivir el presente. Deja de culparte por no recordar un incidente horrible que no deberías haber contemplado. No era responsabilidad tuya recordar lo que sucedió. Tienes que dejarlo marchar, Laurel. Me enfrentaría a cualquier cosa por ti, pero no puedo pelearme con tus fantasmas. Tú eres la única que puede hacerlo.

Ella se mordió el labio inferior.

—Has logrado muchas cosas en tu vida desde aquella noche, Laurel: estudiaste una carrera, te convertiste en maestra… Te has creado una vida de la que puedes estar orgullosa. Yo no dudo de ti. Eres tú quien tiene que dejar de dudar de sí misma. Ten fe en ti.

La rampa de madera vibró bajo sus pasos. Shane se giró y miró a Laurel como esperando alguna respuesta, alguna prueba de que ella era capaz de confiar en sí misma.

Laurel intentó hablar, pero no pudo hacerlo.

Después de un largo momento, él se dio la vuelta.

En el cielo, un mosaico de fuegos artificiales inundaba todo de ruido y color.

Laurel se quedó sentada observando cómo Shane se alejaba caminando.

Igual que los destellos de los fuegos desaparecían en la noche, ella sintió que la luz de su interior se apagaba.

Capítulo 14

—¿Te has enterado de las últimas noticias? —saludó Evie entrando en casa de Laurel—. Toma, te traigo tarta de melocotón. Ha sobrado mucha de ayer, así que se la estoy regalando a todo el que puedo.

—Gracias… La tarta de melocotón es mi favorita —respondió Laurel apabullada por tanta energía.

—Y bien, ¿te has enterado? —repitió Evie.

Laurel negó con la cabeza. Tenía una terrible jaqueca y todavía llevaba la misma ropa del día anterior. No se había sentido con fuerzas para nada.

—Freddie y Stu se fugaron anoche para casarse —anunció Evie con una sonrisa—. Él me ha telefoneado esta mañana desde Reno. Se han unido oficialmente, por fin.

Evie se sentó en el sofá.

—Caray, tu sofá tiene un muelle salido —comentó la mujer con una mueca de dolor—. ¿Y Shane y tú hasta cuándo vais a seguir con vuestra farsa? Espero que no seáis tan testarudos como Freddie y Stu han sido todos estos años. Estoy deseando ver a mi hermano con la mujer que desea.

Desde luego, Evie no se andaba con rodeos.

—No es tan fácil —dijo Laurel.

—Tampoco es tan complicado —replicó Evie y se dirigió a la cocina—. ¿Sabes que ahora mismo en Lucius hay escasez de alojamientos hoteleros? Aparte de Tiff's, Lucius Inn y algunas casas que se pueden alquilar por períodos cortos, no hay mucho más.

La mujer se apoyó en la encimera de la cocina y siguió hablando sin prestar atención a la confusión de Laurel.

—Con unos cuantos árboles fuera y una valla para tapar la vista de la carretera, esto sería ideal —dijo y miró a Laurel de reojo—.

Claro, que haría falta una buena inversión para ponerlo en marcha.

—¿De qué estás hablando, Evie?

—De ti y de mí. Te propongo un negocio: que convirtamos este lugar en una casa rural. Yo me ocuparía de gestionarlo, igual que hago en Tiff's. Podríamos repartirnos los beneficios a medias y luego yo cobrar un sueldo por dirigir el lugar, o establecer otro trato. De cualquier forma, tanto tú como yo como la casa, saldríamos ganando.

—¿Shane te ha dicho que me lo propusieras?

—¡Qué va! ¿Por qué iba a hacerlo? Recuerda que él quería comprarla para demolerla.

Laurel sacudió la cabeza lentamente.

—No lo entiendo.

Evie sacó una hoja de papel con números de su bolsillo.

—Mi arquitecto me ha dicho que no puedo ampliar Tiff's, así que he estado mirando otras propiedades para montar otro hotel. Y tu casa es la mejor opción con diferencia. Aquí tienes algunos cálculos que he hecho: gastos, ingresos… Échales un vistazo, piénsatelo y llámame —dijo Evie mientras se dirigía hacia la salida—. Disfruta de la tarta. Y ven a la iglesia mañana, el coro te echa de menos.

Y tan repentinamente como había llegado, Evie se marchó.

Laurel miró el papel, pero sin verlo. ¿Podría convertir aquella casa en un lugar de vacaciones? En lugar de aliviarla, la idea le provocó un vacío en su interior.

Sonó el teléfono.

—¿Laurel? Hola, soy Marian Smythe, de la junta de educación.

—Señora Smythe, ¿cómo está usted?

—Preocupada. ¿Ha pensado en nuestra oferta?

Laurel se masajeó una sien.

—Lo siento, señora Smythe. Sé que la junta quiere cubrir el puesto cuanto antes. Si tienen otro candidato, lo entenderé.

—Ojalá fuera así —admitió la mujer—. ¿Podemos hacer algo para convencerla de que acepte?

—Agradezco mucho la confianza de la junta, pero me temo que todavía no estoy preparada para comprometerme con ustedes.

¿Que no estaba preparada? Lo que estaba era aterrorizada. Justo de lo que Shane la había acusado.

—¿Puedo pensármelo unos días más? —preguntó Laurel.

La mujer aceptó, pero Laurel sabía que no se había quedado muy contenta con la llamada.

Agarró la hoja que le había dado Evie.

Era curioso, había llegado a Lucius creyendo que no tendría nada más que la destartalada casa de su padre, y en lugar de eso le llovían ofertas de trabajo y oportunidades que nunca se habría imaginado.

Pero nada de eso le importaba.

Subió las escaleras y se detuvo al llegar arriba.

—¿Por qué no puedo recordar, abuela?

Pero no obtuvo respuesta. Observó las escaleras, el salón lleno de cajas… Y se dio cuenta de que el hogar que ella deseaba estaba en la colina detrás de aquella casa.

Fue a su dormitorio y metió su ropa en una maleta y los diarios en una mochila. Luego salió de la casa y la miró con lágrimas en los ojos.

Cargó todo en el coche y se marchó.

Por primera vez en mucho tiempo, sabía adónde iba.

—Vas a hacerlo muy bien —le dijo Beau a Laurel.

Ella se alisó el vestido nerviosa.

—¿Y si él no viene?

Beau sonrió.

—Evie hará que venga. Pero si no es así, tendrás que intentarlo otro día.

La organista estaba tocando el preludio del oficio.

—Espero no hacer el ridículo. No he cantado… desde el día en que mi madre murió.

Beau se detuvo delante de ella con la Biblia en la mano.

—¿Crees que es importante si haces o no el ridículo?

Ella negó con la cabeza.

—Quiero que él sepa que voy a quedarme.

—De acuerdo, entonces será mejor que te unas al resto del coro —dijo él abriendo la puerta de la sala.

Laurel dudó.

—Gracias por todo. Por estar pendiente de mí cuando mi madre murió. Y por abrirme la puerta ayer cuando acudí a pedirle ayuda.

Él sonrió.

—Ojalá hubiera podido hacer algo más por ti en aquel entonces, pequeña.

—Eso pertenece al pasado —dijo ella elevando la barbilla—. Lo importante es el ahora. Nos vemos en la iglesia.

Asió el libro de himnos y se unió al resto del coro.

Respiró hondo.

Y comenzó la celebración.

Shane se revolvió en el asiento. Aquel banco era tan cómodo como los del calabozo.

Miró a su hermana. Todavía no sabía cómo se había dejado convencer por ella para acudir a la iglesia. Sobre todo cuando la visión de Laurel marchándose en coche le había dejado tal vacío en su interior.

—¿No puedes estarte quieto? Eres peor que mis hijos —lo reprendió Evie en voz baja.

A Shane le dolía todo el cuerpo. Llevaba varias noches sin dormir porque el solo hecho de mirar a su cama le recordaba los momentos que había compartido con Laurel.

El coro cantó el primer himno, igual que siempre, y cuando terminaron, Beau comenzó a hablar desde el púlpito.

Quedaban cuarenta y siete minutos hasta que aquello terminara, pensó Shane sombrío. Casi cincuenta minutos antes de poder salir de allí y seguir buscando a Laurel.

—Gracias por venir —dijo Beau—. Sentaos, por favor. Hoy hace una bonita mañana de domingo. Normalmente suelo contaros las noticias de la comunidad al final del oficio, pero hoy tengo algo importante que anunciaros.

Shane se perdió en sus pensamientos. ¿Qué podía haber hecho diferente? Había intentado protegerla y ella lo había apartado de sí; había intentado dejarla a su ritmo y ella se había marchado. Era igual que con Denise, solo que en lugar de interponerse entre ellos un niño de siete años, se interponía un recuerdo de hacía doce años.

Pero al cancelar su compromiso con Denise no había sentido como si una parte de él muriera.

Su hermana lo pellizcó.

—Presta atención —le susurró.

Él apretó la mandíbula. No quería estar allí, quería estar fuera buscando a Laurel. La había ahogado con sus exigencias.

Pero no iba a permitir que pasaran otros doce años para tener otra oportunidad de vivir con la mujer a la que amaba. Se puso en pie.

—Tengo cosas que hacer.

No era la primera vez que tenía que abandonar la celebración a la mitad. Pero siempre era porque el deber lo requería.

Esa vez, era su corazón quien lo requería. Seguro que Dios lo comprendería.

Salió al pasillo y miró hacia el altar. Y entonces se detuvo en seco.

Ella llevaba un vestido amarillo y tenía el pelo recogido en una cola de caballo. Lo miraba con intensidad. Tenía un libro de himnos abierto en las manos.

La organista tocó una nota para darle el tono. Y entonces Laurel comenzó a cantar de forma más pura y más bella que nunca. Cuando terminó, quedó en el aire un respetuoso silencio.

Beau se acercó a Laurel.

—Todos sabemos lo bien que le fue al coro infantil en el festival de Spokane. No hubiera sido posible sin esta adorable joven. Así que supongo que estaréis de acuerdo en que sea la nueva directora del coro, ¿no?

Alguien aplaudió y el resto de asistentes se unieron.

Laurel tenía la mirada fija en Shane.

—Me quedo —dijo en voz baja, pero él la oyó por encima del alboroto.

No le importó estar en medio de la iglesia. Se acercó al altar y tomó las manos de ella entre las suyas.

—Creía que te habías marchado —dijo, con voz ronca de la emoción—. Te vi irte en tu coche.

—Solo me marché de una casa —dijo ella con los ojos llenos de lágrimas—, porque quiero un hogar, contigo… si tú me aceptas.

La gente había dejado de aplaudir y escuchaba atenta.

—Te amo, Shane. Siempre te he amado —continuó ella—. Y siempre te amaré. Lo siento mucho si creíste que no confiaba en ti. Tenías razón: era en mí en quien temía confiar.

—¿Y ahora?

Ella reunió todo su valor. Pero no le resultó tan difícil abrirle su corazón. Sobre todo cuando él la miraba con tanto amor.

Laurel se olvidó de que estaban en la iglesia delante de casi todo el pueblo. Solo existían ella y Shane, el hombre al que amaba desde que era una niña. Y el hombre al que amaría el resto de su vida.

Colocó una mano sobre el pecho de él.

—Prefiero estar contigo y arriesgarme a equivocarme y a tener miedo, que quedarme sola y no saber nunca lo que es la auténtica felicidad. Quiero los juguetes por el suelo de la casa, y los intentos de saltarse el toque de queda. Quiero vivirlo todo contigo. Porque tú eres mi hogar. Te amo, Shane.

Él se inclinó sobre ella y la besó. Se oyeron murmullos entre la gente.

—Que estamos en la iglesia —dijo ella separándose ligeramente de él.

—Es el mejor lugar para besar a mi esposa —replicó él y la besó de nuevo.

Los asistentes estallaron en gritos de júbilo y felicitaciones.

Laurel supo que recordaría ese momento el resto de su vida.

Epílogo

—¿Todavía estás trabajando? Creí que habías terminado de corregir los exámenes antes de comer —comentó Shane con curiosidad acercándose a Laurel.

Ella estaba sentada en el porche, con la manta hecha por su abuela resguardándola del frío de octubre. Levantó la vista del diario que tenía en el regazo.

—Y así es —dijo y señaló la casa recién reformada por Jack Finn —. Evie va a ponerse muy contenta de que la casa esté terminada tan rápido. Dice que tiene lista de espera para las reservas. He estado esta tarde allí dentro, la casa ha quedado magnífica. Evie tiene mucho talento.

—Esa es mi hermana, la reina de los hoteles.

—Ella y Tony van a terminar juntos, ya lo verás.

—No lo creo.

—Eso fue lo que dijiste de Freddie y Stu, y mira lo que sucedió —le recordó ella con una sonrisa—.

Para ser un agente del orden, a veces no te enteras de lo que pasa.

—Lo único que me interesa es lo que pasa entre nosotros —dijo él y se acercó a ella y la besó en el cuello.

Laurel cerró los ojos y se apoyó en él. Notó que él metía sus manos debajo de su grueso jersey.

—Vaya, vaya, no llevas sujetador… —comentó él con voz ronca de deseo—. Ven dentro o les daremos un espectáculo a los obreros de ahí abajo.

Ella rio suavemente.

—No pueden vernos, están muy lejos.

—¿Quién habría dicho que una profesora de tercer grado y directora de coro sería tan descarada? —preguntó él mordisqueándole el lóbulo de la oreja.

No podía apartar sus manos de ella. Desde que se habían casado, dos semanas después de la memorable mañana de domingo, cada día la amaba más.

Ella rio y apoyó su cabeza sobre él.

—Esta tarde, cuando estaba contemplando la nueva escalera, lo he recordado —murmuró ella.

Él dejó de acariciarla y la miró con atención.

—Estaba recorriendo la casa, admirando los cambios —continuó ella—. Y entonces, cuando estaba al pie de la nueva escalera, el recuerdo ha acudido a mi mente. Ella sí se cayó. Cuando llegué a casa aquella tarde, ellos dos estaban discutiendo. Ella llevaba zapatos de tacón. Papá salió de su dormitorio y, cuando me vio, se detuvo en seco. Mi madre se había lanzado sobre él y lo sobrepasó.

—Laurel, cariño —dijo él y le acarició el cabello.

—Mi padre trató de sujetarla y casi se cayó él también por intentarlo —terminó ella—. Sí que fue un accidente.

—¿Estás bien? ¿Cómo no me lo has contado antes?

—Me alegro de haber despejado las dudas. Pero tú ya me has ayudado a dejar el pasado atrás. Quizá por eso logré recordarlo, porque sabía que ya no me haría daño —dijo Laurel y se giró hacia él—. Además, ahora tengo algo mucho más importante en lo que concentrarme: el aquí y ahora, contigo. Y contigo también, el resto de mi vida.

Shane la abrazó.

—Entonces entremos —dijo ayudándola a levantarse.

—Espera, lee esto, será solo un momento —dijo ella sonriendo y tendiéndole el diario.

Él la miró hambriento de deseo.

—¿Ahora?

—Ahora —dijo ella y entró en la casa. Sabía que no tendría que esperar mucho.

Instantes después, Shane entró en la casa a grandes zancadas.

—¿Lo dices en serio? —preguntó.

—Absolutamente —dijo ella y lo besó en los labios—. Te amo, Shane Golightly.

Él la abrazó fuertemente.

—Yo también te amo, Laurel Golightly.

Querida abuela:

Vamos a tener un bebé.

Te quiero. Laurel.

Fin